




**¿POR QUÉ
DECIMOS ADIÓS
CUANDO PASAN
LOS TRENES?**

Camilo Venegas



**¿POR QUÉ
DECIMOS ADIÓS
CUANDO PASAN
LOS TRENES?**

Camilo Venegas

CAPITAL BOOKS
COLECCIÓN NARRATIVAS

**COLECCIÓN NARRATIVAS
CAPITAL BOOKS**

**TÍTULO:
¿POR QUÉ DECIMOS ADIÓS CUANDO
PASAN LOS TRENES?**

**© 2011, CAMILO VENEGAS YERO
© DE LA PRESENTE EDICIÓN:
2011, CAPITAL BOOKS**

Diseño de la colección: Juango Dávalos
Diseño de la cubierta: Basic (basado
en una idea de Camilo Venegas y Mario Dávalos)
Ilustración de cubierta: Basic (farol de reglamento
de los Ferrocarriles Unidos de La Habana que
perteneció a Aurelio Yero, abuelo del autor).
Fotografía del autor: Máximo Hernández

Edición: Alejandro Aguilar
Corrección: Lérica Yero

ISBN: 978-9945-471-27-4
Impreso en República Dominicana –
Printed in Dominican Republic

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede
ser reproducida, ni en todo ni en parte, sin el permiso
previo del autor o la editorial.

ÍNDICE

- 3 - Los ferroviarios de mi familia
- 13 - Google Earth
- 15 - Años
- 22 - Apuntes para el escenógrafo
- 26 - La nube negra
- 28 - Un día sin nombre
- 30 - Pascual Tartavull
- 32 - 27 minutos de atraso
- 39 - Una lección en el Pullman
- 41 - Otra lección en el Pullman
- 43 - Néstor y Oriol desnudos en la nieve
- 51 - Las moscas
- 53 - Anoche pasó un tren que no se veía
- 54 - El zoológico de cristal
- 56 - 1975
- 60 - Aviso a los viajeros
- 61 - Adivina adivinador
- 63 - Bar Arelita
- 66 - El olor de la zafra
- 70 - Recorte de prensa
- 74 - Azúcar
- 86 - Isabela de Sagua
- 88 - Siete tanques de 55 galones llenos de agua
- 103 - Pico y pala
- 106 - Trac trac, trac trac
- 108 - Irlanda está después del puente
- 151 - Sugar Cane Fields Forever
- 153 - Cuando pasan los trenes
- 154 - La palabra fin se escribe con tiza

Ocurren cosas, pero se repiten una y otra vez.

CARSON MCCULLERS



**PARA MI HIJA
ANA ROSARIO,
QUE NACIÓ
CUANDO AQUEL
MUNDO SE
EMPEZÓ A MORIR**

Gracias a Diana Sarlabous,
por enseñarme el camino de regreso,
y a Mario Dávalos,
que hizo posible el resto.



LOS FERROVIARIOS DE MI FAMILIA

AURELIO YERO ALONSO (1908-1987)

Mi abuelo. Jefe de Estación en Cienfuegos Carga, Palmira, Cherepa, Arriete, Congojas, Rodas, Perseverancia, Hormiguero, Camarones, Cruces, Ranchuelo, Camajuaní, Caibarién, Concha (Isabela de Sagua), San Andrés, San Fernando, Cumanayagua, Santo Domingo, San Juan de los Yeras, Potrerillo y Mataguá.

ATLÁNTIDA MOSTEIRO GÓNGORA (1914-1995)

Mi abuela. Auxiliar de Estación en San Andrés, San Juan y Camarones.

ROBERTO YERO ALONSO (1918-1983)

Mi tío abuelo. Mensajero del mixto de Cumanayagua.

CARIDAD YERO MOSTEIRO (1933-2009).

Mi tía. Jefe de Estación en Cienfuegos Carga, Cienfuegos Viajeros, Terminal Marítima, Carreño, Perseverancia, Real Campiña y Yaguaramas.

ARGELIA YERO MOSTEIRO (1935-1991)

Mi tía. Auxiliar de Estación en San Andrés y Turquino. Jefe de Estación en San Juan de los Yeras y Jorobada.

LÉRIDA YERO MOSTEIRO (1937)

Mi madre. Contadora en Cienfuegos Carga. Jefe de Expreso en Cienfuegos Viajeros.

ALDO YERO MOSTEIRO (1941)

Mi tío. Jefe de Estación en Placetás, San Diego, Sierra Morena, Potrerillo, Jorobada y Mataguá. Despachador de Trenes en Sagua la Grande y Santa Clara.

RAFAEL SERRALVO (1931-1995)

Esposo de mi tía Cary. Jefe de Estación en Hormiguero, Camarones y Perseverancia. Jefe de Patio en Cienfuegos Carga.

ELOY BOSCH (1936)

Esposo de mi tía Titita. Jefe de Estación en Ranchuelo, San Juan de los Yeras, Jorobada, Potrerillo y Mataguá.

ALEJANDRO SERRALVO YERO (1958)

Mi primo. Taller de locomotoras de Cienfuegos.

LÁZARA BOSCH YERO (1965)

Mi prima. Contadora en Cienfuegos Carga.

ALAHÍM YERO CURDI (1968)

Mi primo. Jefe de Estación en Camarones, Candelaria y Esperanza Norte. Jefe de Despachadores en Santa Clara.





GOOGLE EARTH

El único punto fijo de partida es el presente. En algún sitio leí que esa frase es de Manuel Moreno Friginals. Mi único punto fijo de partida son los 22° 18' 41,80" de latitud Norte y los 80° 18' 45,32" de longitud Oeste. Esas son las coordenadas exactas donde empieza el andén de la estación de ferrocarril del Paradero de Camarones. En ese sitio oí, vi o sospeché todas las historias que aquí aparecen.

Con el puntero intermitente del cursor recorro todo el pueblo y es así que, de alguna manera, vuelvo a él y establezco la actualidad, esa necesaria vigencia que reclamaba Moreno. La vista aérea de Google Earth no me permite descender lo suficiente. El satélite no alcanza a captar a nadie, pero su definición logra establecer una realidad que va desde el primer día de 1959 hasta eso que llamamos hoy por hoy.

Si me dirijo hacia el sur, doy con las ruinas del ingenio Hormiguero (que se llamó Espartaco después de su intervención por el gobierno revolucionario). Un poco más abajo, están Portugalete

(Elpidio Gómez) y Soledad (Pepito Tey). Si regreso por encima de la línea del ferrocarril, con apenas pequeños desvíos, puedo llegar hasta San Agustín (Ramón Balboa), Andreíta (Mal Tiempo), Caracas (Ciudad Caracas), San Francisco (Martha Abreu), Santa Catalina (Carlos Caraballo), Santa María (Efraín Alfonso), Santa Rosa (10 de Octubre) y Pastora (Osvaldo Herrera).

El peso del azúcar en Cuba puede calcularse, antes que nada, por una recopilación interminable de cifras y tabulaciones. En una rudimentaria calculadora, Moreno Fragnals sacó las cuentas más que claras de *El ingenio* (el libro que establece los logaritmos culturales de la plantación en el Caribe). Él mismo recordó, en uno de sus últimos artículos, una frase publicada en *La Revue Economique* de París en 1902: "...el azúcar es la única mercancía moderna presa en sus cifras".

Como en matemáticas siempre he sido menos que un cero a la izquierda, cuento aquí las palabras que hallé entre tantos por cientos y diferenciales. Nací en una porción de tierra rodeada de cañaverales por todas partes. Aún hoy, que la veo inmóvil y a través de una pantalla líquida, puedo oler sus mieles, sus sudores y su vapor. Por eso mi único punto fijo de partida es este, donde los golpes de mis dedos contra las letras del teclado suenan como un machete.

Aunque la memoria no es de fiar, creo que estos recuerdos siguen intactos. El Paradero de Camarones está debajo de mí, un movimiento circular con el mouse me basta para volver a recorrerlo. Allí, donde, todo es absolutamente previsible, lo único que no puede asegurarse es cuándo pasará el próximo tren de azúcar. El resto de las cosas, incluyendo al presente, es pura inmovilidad: un píxel que se borra si la imagen se aleja.



AÑOS

Una mañana se bajó del tren que venía de Santo Domingo un señor con una guayabera de hilo, un pantalón de dril cien y unos zapatos de dos tonos. Tenía el pelo aplastado por la brillantina y una mota enorme que le empezaba en la mitad de la frente y se le hundía en la espalda.

Una vez que el tren fue retrocediendo para internarse en el ramal Cumanayagua, el señor caminó hasta una punta del andén y sin mirar a ninguna parte regresó a la otra. Llevaba consigo una antigua maleta de viajante de medicina y un paraguas deshecho.

La frente le sudaba y hacía un raro gesto al apoyar el pie derecho, como si le molestara algo dentro del zapato. Pero estuvo caminando sin parar, de un extremo al otro, hasta que Aurelio lo detuvo balanceando los brazos en el aire, con la misma señal que les hace a los maquinistas cuando los trenes tienen que detenerse.

—¿Busca usted algo?

—No.

—¿Éste era el lugar para donde venía?

—No sé.

—¿Quiere algo?

—No.

—Yo me llamo Aurelio, soy el jefe de estación.

—Yo vendo almanaques.

—¡Ah!

—¡Anjá!

—¿Del año que viene?

—No, de todos los años. Tengo desde 1914 hasta la fecha.

—Mi esposa, Atlántida, nació en 1914.

—Pues aquí traigo todos sus días contados, uno detrás del otro.

—No hace falta, ella los recuerda... tiene una memoria de elefante.

—Los almanaques de antes eran muy cómodos, tenían el santoral, las fases de la luna, señalamientos bíblicos y encima de eso uno podía arrancarle los días que pasaban, sólo se quedaba con el tiempo que le iba faltando. Era una cuestión de matemáticas.

—Ahora son más cómodos, se puede ver el año entero y sacar cuentas.

—¡No hay cuentas que hacer! Mire, éste, es un almanaque de 1926. Era de mi abuelo, le faltan los días que él vivió. El 20 de mayo lo mató un trueno, por eso el almanaque empieza el 21.

—Y si fue de su abuelo ¿por qué no lo guarda?

—Ya lo hemos guardado bastante, primero mi padre y ahora yo. Si lo vendo en cincuenta centavos estará bien, estoy seguro de que mi abuelo dio menos por él.

—¿Cuánto vale el de 1914?

—Era muy barato, pero si su esposa nació ese año le saldrá más caro. Es una cuestión de matemáticas.

—¡Ah!

—¡Ajá!

El teléfono de la oficina sonó y Aurelio se apresuró a responder. El hombre de la guayabera de hilo reanudó su marcha de una punta a la otra del andén. Alguien pasó a caballo por la línea y el recién llegado, sin mirarlo y sin detenerse, le dijo que vendía almanaques. Pero el jinete no lo entendió o no lo tomó en cuenta, porque hizo un chasquido para que la bestia apurase el trote.

Aurelio primero habló con la estación de hormiguero, luego con la de Cruces y después entre las tres hablaron con el despachador de Santa Clara para hacerle la vía a un tren de miel de purga. Cuando terminó de escribir la orden de vía, la enrolló como si fuera un pergamino, la ató con un hilo que pasó a través de los extremos de un arco de madera y salió al andén para interponerse otra vez en el camino del vendedor de almanaques.

—Deme uno del año que viene.

—Para el año que viene falta mucho, hoy estamos a seis de enero.

—No importa, seguro que este año se va volando. Deme uno del que viene.

—Hay de dos tipos, unos tienen a un Jesucristo extrañísimo, colgado de una horqueta, y otros el paisaje de un pueblo con guajiros, caballos y creo que hasta gallos finos.

—Deme ese.

—¿El de los guajiros?

—Sí.

—Son dos pesos.

—Aquí los tiene.

Cuando Aurelio terminó de pagarle entró de nuevo a la estación y el vendedor de almanaques miró por primera vez a un lugar fijo. Por la línea se acercaba el hombre que pasó a caballo. Detrás de él avanzaba una multitud que mantenía el mismo paso de la bestia. Todos hablaban a un mismo tiempo y era muy difícil entender siquiera una palabra. El jinete detuvo al caballo, cruzó un pie por encima de la montura y se quitó el sombrero para que los que le seguían hicieran silencio.

—Es ese que está ahí—dijo y escupió sobre un monte de romerillos.

Todos se abalanzaron sobre el vendedor de almanaques, los primeros compraron los del año en curso, después, los vencidos hasta llegar al de 1914 y por último el de 1926.

—Este almanaque no tiene el tiempo de zafra —dijo Bencho Llerena mirando por encima de los espejuelos.

—Sólo le faltan cuatro meses, yo le hago una rebajita.

—¿Y para qué sirve un almanaque que sólo tiene el tiempo muerto?

—¡Hombre! Para saber cuándo empieza y cuando se acaba, lo que está fuera de él es la molienda.

—¡Madre del verbo!

—¡Ajá!

—¿Y cuántos meses me vienen quedando ahí?

—Bueno, si faltan cuatro, por lógica tienen que quedarle ocho.

—¡Tantos!

—El año tiene doce meses, ¿no?

—Oye eso Cebollón, dice el vendedor de almanaques que el año tiene doce meses.

—Por gusto —respondió Cebollón con uno de 1945 en la mano—, nada más debería tener los de la zafra.

—¡Eso mismo digo yo!

—Nunca oí decir que los años fueran tan largos —dijo Lito Quinto revisando un almanaque que decía “Happy New Year 1918!” en letras doradas.

—Es que no da tiempo, caballeros. Si fuera así, se empataba una zafra con la otra.

—Oye Bencho —dijo Cebollón—, yo le voy a decir a Dolores, mi hermana, que revise la parte de arriba de los periódicos, allí ponen la fecha siempre, cuando pase un año yo mismo te aviso.

—¡Madre del verbo!

—Oiga, vendedor —dijo Lito Quinto—, ¿usted está seguro de eso que está diciendo?

—Es una cuestión de matemáticas.

—Bueno, pero es que una cosa son las cuentas y otra es el tiempo.

—Al final son la misma cosa, suma o resta.

—Pero el tiempo no vira para atrás.

—¿No hay zafra todo los años?

—¡Coño, eso es verdad!

—¿Qué dijo, Lito, qué dijo?

—Nada, Bencho, que el tiempo lo mismo le da pa'lante que pa'trás.

—Por eso—dijo sorprendido Cebollón—, a mi hermana Dolores le pasan cosas que según ella ya le pasaron.

—Bueno, Bencho, si es verdad lo que él dice, cómpraselo.

—Sí, Bencho, sí, cómpraselo, si no, tu casa va a ser la única sin almanaque.

—No te preocupes, yo le digo a mi hermana Dolores que le vaya diciendo a tu mujer los días de tiempo muerto.

—Bueno, si es así, démelo.

—Son cincuenta centavos.

—Cuarenta.

—Cuarenta y cinco.

—Negocio cerrado.

Cuando Bencho le pagó al vendedor, todos a la vez dieron la espalda y se fueron a casa de Florián el Zapatero a pedirle clavos, puntillas, grampas o cualquier cosa que sirviera para colgar el almanaque. Algunos lo pusieron en la sala, a la izquierda de la Última Cena del Señor con los Apóstoles, que también eran doce, como los doce meses o las docenas de aguacates. Otros en la cabecera de la cama, junto al Corazón de Jesús. Pero la gran mayoría prefirió colgarlos encima del radio, para ir enmendando las fechas. Cada cual sacó los días de atraso o de adelanto de su almanaque y se aprendió la cuenta de memoria, para no tener problemas cuando saliera del pueblo y alguien le hablara de una semana en particular o de un día preciso.

—¡Caballero, al almanaque de este año no hay que hacerle nada! —Dijo Masacote asombrado—. No tiene ni un jueves de adelanto ni un martes de atraso. Cuando el locutor dice el día de la semana y el mes, corresponde con lo que está escrito, no hay diferencia alguna.

Angelina, la madre de Gustavo el maestro, abrió una escuelita en el patio de la bodega de Chena para enseñar el orden de los días y el nombre de los meses. A muchos les encanta aprenderse el truco de cerrar el puño y contar el año con los nudillos: los meses que caen arriba, tienen 31 días y los que caen abajo tienen 30, o menos, si se trata del mes que nadie quiere pronunciar. Porque si se habla de febrero hay que decir la explicación de los años bisiestos y esa sí que nadie se la sabe. Todos se quedan pálidos cuando tienen que responderle a Angelina la razón de que una vez cada cuatro años, se repite un fenómeno que no volverá a ocurrir hasta

dentro de 1460 días. Por eso es que Edelmira Cabrera no envejece, porque nació un 29 de febrero, en lo que ella cumple un año, el resto del pueblo cumple cuatro.

—Aprenderse la cuestión de los años bisiestos es casi imposible —dijo Mariquita—, y si a eso se le suma la mala suerte que dan...

El vendedor de almanaques contó el dinero que había hecho, separó las monedas de cuarenta centavos de las de veinte, y empezó a caminar otra vez de una punta del andén a la otra. Pero cuando se oyó pitar al tren de miel de purga se detuvo, se mojó en saliva la punta de los dedos y rectificó el recorrido de su mota hasta el final, dentro del cuello de la guayabera.

—¿Ese tren para aquí?

—No, es de carga —le respondió Aurelio.

—¿Y para dónde va?

—Para Isabela de Sagua.

—Me voy en él.

—No, no puede, tiene que esperar que salga de Cumanayagua el mismo tren en el que usted vino.

—¿Y a qué hora sería eso?

—Todavía falta bastante, aún no ha pedido vía.

—Entonces no puedo esperarlo, a mí no me alcanza el tiempo.

—¡Ah!

—¡Ajá!

—Apártese, que le tengo que dar la vía al paso.

El maquinista saludó a Aurelio con un pitazo corto y el fogonero pasó el brazo entre las dos astas del arco para llevarse el cordel con la vía. Un olor repugnante a miel de purga avanzaba a la par del tren y hacía que las vacas, los caballos y los puercos restregaran el hocico contra la hierba. Cada vez que pasaba un tren de miel de purga, las moscas del pueblo se juntaban y formaban una nube espesa que revoloteaban alrededor de los tanques anaranjados. Cada vez que se acerca el tren que va para Isabela de Sagua, el cielo zumba de una manera insoportable.

Cuando estaba pasando el caboose, el vendedor de almanaques se acercó lentamente, estiró el brazo, se agarró del último estribo y se fue flotando en la cola del tren. Con la mano que

le quedaba libre, sujetaba la maleta de viajante de medicina y el paraguas deshecho. De lejos, mientras ondeaba como una bandera, el vendedor de almanaques parecía hacer un gesto que Aurelio interpretó como una señal de adiós y le respondió con un breve manotazo.

En el apartadero apareció otro desconocido. Al parecer se lanzó del tren que acaba de pasar. También tiene puesta una guayabera de hilo, un pantalón de dril cien y unos zapatos de dos tonos. El pelo aplastado por la brillantina, sostiene una mota imbatible, idéntica a la del vendedor de almanaques.

El señor caminó por el apartadero hasta una punta del andén y sin mirar a ninguna parte regresó hasta la otra. Llevaba consigo una antigua maleta de viajante de medicina y un paraguas deshecho. La frente le sudaba y estuvo caminando sin parar, de un extremo al otro, hasta que Aurelio lo detuvo balanceando los brazos en el aire, con la misma señal que se les hace a los maquinistas.

—¿Busca usted algo?

—No.

—¿Éste era el lugar para donde venía?

—No sé.

—¿Quiere algo?

—No.

—Yo me llamo Aurelio, soy el Jefe de Estación.

—Yo vendo periódicos viejos.





APUNTES PARA EL ESCENÓGRAFO

El escenario debe ser mucho menos realista
de lo que supone esta descripción.

TENNESSEE WILLIAMS

El escenario es una vieja estación construida por los Ferrocarriles Unidos de La Habana en 1914. A su alrededor no hay ni siquiera un detalle que no pueda verse en cualquier vieja estación de las tantas que aún persisten a lo largo de toda la Isla. Si se miran desde un aeroplano, las líneas de ferrocarril y los caminos parecerían heridas abiertas en una uniforme combinación de verdes intensos y sol irresistible. Los interminables campos de caña y las aisladas torres de los ingenios azucareros se suceden una y otra vez.

La estación está pintada de gris con las puertas en azul y los frisos en amarillo. En una de las puntas del andén podrá leerse el nombre abreviado del pueblo: Camarones. El edificio tiene la inexplicable forma de un castillo, pero sus merlones y almenas no consiguen disimular la parte más elevada de un techo de zinc a cuatro aguas.

A un lado de la ventana de cuatro hojas de la oficina, que sobresale del resto del edificio, se conserva aún el gancho de la campana con la que se anunciaba la salida de los trenes. La campana

desapareció hace mucho tiempo —existe la hipótesis de que fue robada para una iglesia de papier maché que desfiló por las Parrandas de Remedios—, pero su sonido podrá reproducirse cuando se quiera conseguir un ambiente melancólico, imprevisto.

Para los fondos es suficiente con un hermoso cielo de verano. En esta región, aún en lo más gris de noviembre o febrero, siempre es un hecho el sopor de julio y agosto. La estación tiene dos andenes, que al unirse forman lo que en geometría se conoce como un triángulo rectángulo. En un andén, el de la fachada, se detienen los trenes que circulan entre Cienfuegos y Santa Clara. En el otro, sólo los que se internan o salen por el ramal Cumanayagua (el ramal fue demolido a finales de la década del noventa; en las historias donde ya no existe, la línea debe sustituirse por un hierbazal y dos vagones —una plancha y un caboose— que permanecen varados allí).

Las luces exteriores de la Estación son bombillas de cien bujías protegidas por pantallas de metal. Su luz cenital es muy parecida a la de ciertos cuadros de Edward Hopper. En general, la obra del pintor norteamericano puede ayudar mucho en la iluminación. En el Paradero de Camarones, incluso en el mismo punto del mediodía, la luz crea sombras exageradas que siempre se juntan para establecer nuevas penumbras.

El interior de la estación está pintado de blanco, azul cobalto y de un amarillo parecido al del heno. De las paredes cuelgan itinerarios y avisos. En la oficina hay un viejo reloj de inmensos números romanos, un boletín, una caja fuerte, teléfonos de manigueta, faroles, arcos de vías y banderolas verdes, blancas y rojas. En el salón de espera hay dos bancos inmensos, uno frente al otro, de manera que todos los que se sientan en ellos están obligados a mirarse a los ojos o a bajar la vista. En el cuarto de expreso hay dos carretillas (una grande y una pequeña), una romana, muebles, latas de películas y bultos que pueden ser despachados en el próximo tren.

La casa de vivienda no se ha pintado hace mucho tiempo y eso debe notarse. Todas las habitaciones fueron blancas con una cenefa azul oscuro de poco más de medio metro, pero sobre ellas

hay ahora una manto de humo que han aportado el bagacillo de las cañas quemadas y el polvo que le sacan a las piedras los trenes que pasan.

El techo por dentro es de un tabloncillo muy cuidado, pero colmado de telarañas. Es obvio que su altura no permite que se desholline con regularidad. En muchas paredes hay apuntes hechos a lápiz, por lo regular medidas de corte y costura que no pertenecen a ninguno de los que habitan la casa ahora (los hizo la señora Morales, esposa del anterior jefe de Estación). Si se requieren las medidas exactas de algún personaje, puede que esté en las paredes de una de las habitaciones.

La humedad de las filtraciones y las goteras ha provocado grandes manchas y descascarados en las paredes, sobre todo en el último cuarto, en la cocina y en el pasillo que une las dos mitades de la casa. Cada habitación tiene una altísima ventana de dos hojas y dos postigos. Las ventanas podrían desvanecerse antes de llegar al techo, permitiendo que la sombra de los trenes que pasan se proyecte en él, lo cual simularía el efecto de un cinematógrafo.

Una magnífica balaustrada protege el interior de la casa, por lo que las ventanas siempre permanecen abiertas al andén. Cuando los personajes aparezcan por las puertas y las ventanas, como maniqués o figuras rígidas, inanimadas, el espectador debe parecer un voyerista que se entromete en lo privado de esos seres.

Los muebles no se diferencian en gran cosa de los de cualquier casa cubana de los años cincuenta (en casi todas han permanecido los mismos desde entonces), los adornos tampoco (un Buda de falsa porcelana, un elefante de espaldas a la puerta de la calle, una pareja de cisnes colgando de la pared, figuritas de biscuit, un Sagrado Corazón de Jesús y retratos de la familia en bodas y cumpleaños).

Salvo un piano vertical color bambú (que ahora yace desafinado y deshecho por el comején), la mesa, las sillas, el gabinete, el aparador, las mesitas de noche, las coquetas, los sillones, el sofá y los butacones son de un humilde eclecticismo y a duras penas han logrado resistir el peso de tantos años. En la cocina la luz es muy poca debido a que su ventana es mucho más pequeña que las otras.

Sólo hace falta llamar la atención sobre la enorme campana de la chimenea y sobre un viejísimo radio Westinghouse que hay encima de una mesa sin pintar. Todas las luces del interior son incandescentes y de mucha más intensidad que las requeridas por las dimensiones de los espacios. Si se mira desde lejos, la Estación puede parecerse a la casa excesivamente iluminada por dentro que Edvard Munch puso al final de su cuadro Stormen.

Las luces tienen unas pantallas nacaradas que son originales de la casa, salvo en la sala, donde hay una vieja lámpara de cobre que cuelga de lo más alto del techo y se mece cuando el aire sopla con demasiada insistencia. En cada una de ellas, cuando están encendidas, permanecen revoloteando mariposas nocturnas y toda clase de insectos.

El Paradero de Camarones debe dar la impresión de estar muerto, deshabitado y conviene que los personajes permanezcan inmóviles, sin mirar a ninguna parte, el mayor tiempo posible. Dos carreteras y cuatro callejones dividen caprichosamente su geografía, sin permitir que una de sus porciones se asemeje a la otra. Dos tiendas, un bar, una barbería, un cuartel, escuela, una farmacia y un cine es todo el espacio que tienen para moverse los personajes cuando no están en sus casas o dentro de un cañaveral.

Si con estos apuntes no se consigue reconstruir el lugar, con un hermoso cielo de verano es más que suficiente. Tampoco debería desdeñarse el sonido de la campana. Lo demás puede resolverse con el ruido de los trenes y sus abruptos pitazos que taladran al silencio de pronto, ahogando cualquier voz o cualquier canción.

Hay Luna llena siempre.





LA NUBE NEGRA

Nadie ha podido entender esa nube que le cae encima al pueblo por las tardes. Unos creen que es el humo de la zafra y otros dicen que es la noche, pero como no hay manera de verlos por separado, de dividirlos, la duda crece y poco a poco lo va oscureciendo todo.

La mayoría de las historias que se cuentan del Paradero de Camarones suceden en esta época. Por eso muchos han llegado a pensar que el pueblo no existe el resto del año. Antiguamente los años eran más cortos aún, porque los ingenios esperaban por los días más fríos de febrero para empezar a moler. Pero después que pasó la zafra del 70, a partir de la última quincena de diciembre el cielo se llena de bagacillo y las mujeres vestidas de blanco procuran caminar a favor del viento.

La noche de zafra es demasiado larga y aquí, que se oyen sus rumores por todas partes, es más larga que en ninguna otra parte. La oscuridad entra por el andén con los pitazos que dejan sobre

el campo los ingenios y si uno no se asoma, parecería que es una locomotora de vapor lo que está pasando.

Cuando la parte más densa del cielo se aplasta sobre la tierra, Felo López sale a encender las luces de los cambiavías de la línea principal y del ramal Cumanayagua. En una mano lleva un farol araña y en la otra una lata de aceite carbón llena de estopa. Felo López está doblado como una herradura y camina con mucho trabajo, de travesaño en travesaño, para no lidiar con las piedras.

Él nunca se ve, sólo se oyen sus tropiezos y los ladridos de Sombra. Las luces de los cambiavías limitan al Paradero de Camarones y hacen un triángulo a su alrededor a partir de tres puntos: EL Paso a Nivel, el Crucero de Ciprián y la Vía Estrecha.

Desde cualquier parte pueden verse esas marcas verdes y rojas. A partir de ellas se dejan de oír los ocho campanazos del cine Justo y los rugidos del león que siempre aparece al principio de cada película.

Cuando amanece, Felo López y su perro hacen el mismo recorrido, entonces el viejo apaga las luces y limpia los cristales. A esa hora ya se ven, pero la gente se ha ido acostumbrando a que sólo se oigan tropiezos y ladridos. A partir de ese momento es difícil señalar dónde empieza y dónde se acaba el Paradero de Camarones, hay que esperar a que vuelvan la nube negra y el olor a caña quemada, para que el triángulo de marcas verdes y rojas lo limiten otra vez.



UN DÍA SIN NOMBRE

Ayer no tuvo nombre. Desde que Atlántida tiene la enfermedad de la mala memoria sólo se acuerda del Día de los Fieles Difuntos. Pero, según ella misma, antiguamente todos los santos tenían un día y había uno que era para todos a la vez. Marcados con cruces de lápiz de tinta, los días de aquellos años pasaban con una lentitud inimaginable. Tenían muchísimas horas, sobre todo por las tardes, que daban tiempo a dormir una siesta, a leer un periódico entero y a colar dos veces café.

—En esta casa siempre tuvimos un motivo para tener una vela encendida —dijo Atlántida con la vista fija en ese lugar que ella mira cuando no mira a ninguna parte—. Antes los días tenían su santo escrito debajo del número.

Pero eso se acabó. Como se acabaron las guayaberas de Lino Irlandés, las salchichas Escudo, las especias McCormick, el arroz Uncle Ben's, la pasta Gravi, el refresco Orange Crush, el circo Santos y Artigas, el bacalao de Noruega, el café Bustello, el vino Mosteiro, la emulsión de Scott y la fiesta de La Candelaria.

Ahora en los almanaques los días sólo tienen una cifra, sin más ornamentos ni evocaciones. 1 de enero, 1 de mayo, 26 de julio y 10 de octubre vienen en rojo; el resto en negro. No hace falta que se les pongan nada más, ni siquiera las fases de la Luna.

Mi abuela jura y perjura que tantos y tantos días se le han olvidado. Cientos de celebraciones se le han ido de la cabeza y para decirlo se pasa las manos por la frente, como si quisiera asir los pocos recuerdos que le quedan. Pero lo cierto que es que la memoria ahora sólo le alcanza para las cosas de Aurelio y para adivinar el nombre de los danzones que pasan en la radio.

—Ese es “Isora Club”. Oye, “Rapsodia en azul”. Ahí va “Central Constancia”. Ese otro es “Pickin Chicken”. Ahora “El bombín de Barreto”. Ah, “Unión Cienfueguera”. ¿Éste no es “Pueblo Nuevo”? Oye eso, “Los 11 jóvenes de la antorcha”. Hace más de diez años que no ponían “El sargento Monar”. Oye eso, viejo, oye eso, ¿te acuerdas de “Corta la caña”? ¡Al fin, “El cadete constitucional”!

En las estaciones de San Fernando, San Andrés y San Juan siempre hubo velas encendidas. Pero cuando vinieron a vivir a la de Camarones ya la revolución había triunfado y no trajeron ni los candelabros. Por suerte Fidel les intervino los días a los santos. No puedo pensar en la casa llena de humo y en nosotros caminando a ciegas, tropezando con los ojos de esos beatos, que lo ven todo y que van detrás de uno a todas partes con sus túnicas blancas y sus barbas llenas de polvo.

Menos mal que ayer no tuvo nombre, que fue un día como otro cualquiera. Por eso pasaron las mismas cosas que suceden siempre; llueva, truene o relampaguee.





PASCUAL TARTAVULL

Pascual Tartavull es un negro de seis pies que fue maquinista del central Espartaco 40 años y doce días. Él los lleva uno por uno en su cabeza y a cada rato se los recuerda a Chicho Iznaga, que perdió la cuenta del tiempo que pasó colgado del último vagón, protegiendo la cola del tren que buscaba las cañas de Manaquitas.

Por las tardes, sin que nadie lo vea, Tartavull se va al final del patio del ingenio y se sube en las ruinas de su locomotora. Su asiento aún está intacto, pero el cundiamor ya empezó a trepar por la máquina y casi no se ve nada a su alrededor.

La 1326 tenía fama de ser la locomotora que más fuerza tenía en Espartaco. Tartavull siempre estuvo arriba de ella con la estopa y el lubricante. Sus bronces aún hoy, hundidos en la maleza, relumbran. Cuando Tartavull se sube en las ruinas de su locomotora revisa que todo esté en orden. Él sabe que nunca más volverá a moverse, pero al menos no quiere que se la roben a pedazos, como pasó con la 1328 y la 1329.

La 1326 llegó a Cuba en 1895 y fue a buscar el último tren de caña el 28 de enero de 2002. 40 años y doce días después que Tartavull se subió en ella por primera vez. El 16 de enero de 1962, Benny Moré todavía estaba vivo, aún vendían Bacardí en la tienda del pueblo y por la cabeza de nadie podía pasar que el ingenio Hormiguero, nada más y nada menos que el ingenio Hormiguero, se convertiría en un amasijo de hierros inservibles.

El hombre y la máquina están solos en medio de la tarde. Por la escotilla de la caldera se oye un silencio que molesta. Por última vez el negro se pone de pie y revisa el interior de la estrecha cabina donde sudó la gota gorda zafra tras zafra.

—Bueno, nos vamos —le dijo el hombre a la máquina y jaló de la cuerda del silbato. Sólo él escuchó aquel estremecedor pitazo que se repitió una vez más, para confirmar que el tren se pondría en movimiento.

Encorvado, producto de una hernia discal y la artrosis, Pascual Tartavull avanza a toda velocidad, moviendo los brazos como un molino, quitándose de encima el cundiamor y las zarzas que dentro de poco no le dejarán llegar hasta su locomotora.





27 MINUTOS DE ATRASO

—Ese tren es lo único que sirve en este país.

Eso había pensado hace una semana, mientras veía alejarse el destello rojo del indicador de cola. Las hierbas empapadas de rocío le dan por la cintura y no puede impedir que la mandíbula le tiemble. A esta hora, en que no es de noche ni de día, la neblina convierte a San Francisco en una nevera.

En el bolsillo más pequeño del pantalón tiene un reloj de leontina. Lo compró hace ya veinte años en la quincalla de Cruces. Greciet siempre quiso tener un reloj de leontina, por eso cuando lo vio en la vidriera de la quincalla no lo pensó dos veces. Es un Poljot de cuerda y tiene un esturión en la esfera. Lo del esturión lo supo de casualidad, leyendo una revista Sputnik que se encontró ese mismo día.

—Nereida, deme un reloj ruso de esos que tienen la cadenita —le dijo a la dependienta de la quincalla. Él hubiera querido decir “leontina”, pero le dio vergüenza y por eso prefirió la palabra “cadenita”.

—¿Un reloj de cuál? —preguntó la mujer sin dejar de limarse las uñas.

—De aquellos que están por allá afuera... los que se enganchan del pantalón con una cadenita.

—Ah exclamó la mujer sin mirarlo—. Oye, pero ahí hay unos de pulsera que valen casi lo mismo.

—No, no —insistió Greciat—, yo prefiero de los otros, de los de cadenita.

—Bueno, mijo, el que por su gusto muere...

Ahora, sacándose el reloj del bolsillo, pensó en aquella mañana de 1983. Recordó perfectamente a la Nereida de aquel entonces. Una mulata corpulenta con un tocado de poliéster en la cabeza y un cigarro suave prendido de la comisura de sus labios. La última vez que se encontraron, de pasada, sin saludarse, ella estaba flaquísima y sin dientes. “Miren a esta mujer —pensó cuando la vio—. Parece que le pasó un tren por encima”.

—Hay de tres tipos —le dijo ella sin quitarse el cigarro de la boca, echando el humo al mismo tiempo que las palabras.

—Déjeme verlos.

—Es casi lo mismo, muchacho —aseguró ella—. ¿Tú quieres que yo te lo escoja?

—No, no —suplicó Greciat—. Déjeme verlos.

—Alabao —protestó Nereida—, tanto lío por un reloj de viejo.

Eso era exactamente lo que él quería, recuperar de alguna manera el reloj de leontina que su abuelo, Esteban Greciat, jamás se quitó de encima.

—¿Qué hora es? —Le preguntaba a su abuelo, tratando de alcanzar la gruesa cadena de plata.

—Juega con todo menos con este reloj —le decía don Esteban—, recuerda que fue un regalo de doña Martha.

—¿Qué hora es? —insistía él.

—Las once menos un minuto —respondía su abuelo sacándose el reloj del bolsillo del chaleco y accionando la perilla que levantaba la tapa de oro—. Sólo faltan 45 segundos para que pite el ingenio.

Antes de que el antiguo auxiliar de la administración del ingenio San Francisco acabara de guardar aquel mecanismo suizo en el zurcido chaleco, el atronador silbato del central atravesaba la mañana en todas las direcciones.

—Aún nos queda eso —decía entonces don Esteban—, aún nos queda eso.

—Hay de cosmonautas, de osos y de pescados —dijo Nereida echándole el humo del cigarro encima.

Ninguno de los tres le gustó. Eran plateados y pesaban muy poco. El del cosmonauta tenía la esfera roja, la del oso era azul y la del pez del mismo color del metal. Escogió el último.

—¿Te gusta ese?

—Sí, dame este.

—¿Qué será ese bicho?

—Parece un tiburón.

—Oye eso, yo me imaginaba a los tiburones de otra forma. Es que como dicen que se comen tanta gente...

Son las 5:45. A esta hora el tren debe estar parando en Angelita. Greciat se desveló con unos ruidos que oyó en su patio y por eso no se despertó a tiempo. Acababa de levantarse cuando sintió al tren pasar. Le pareció raro que no parara. En el itinerario San Francisco aparece como parada facultativa. Eso quiere decir que si el conductor no ha girado ningún boletín para allí y el maquinista no avista viajeros a un lado de la línea, el tren sigue de largo. Regularmente nadie espera al 513 en San Francisco, pero el viejo Carrasco siempre llega en él a buscar leche.

—Buen día, Carrasco.

—Buen día, Greciat.

Así se saludan todas las madrugadas, echando el humo de sus alientos sobre la tupida neblina. Carrasco con dos cantinas en las manos. Greciat, halando a los dos bueyes, haciéndolos bajar la pendiente de piedras de la línea.

—Qué raro que Carrasco no viniera hoy —pensó a las 5:48, mientras avanzaba hacia la antigua caseta de la estación.

Encerrado en aquel quiosco de metal corroído, a salvo de los matarifes clandestinos, dormían Eiffel y Esturión, los dos bueyes

de Greciat. Los compró hace dos años, con lo que pudo pedir por las ruinas del Ford 49 de su abuelo. Con ellos mantiene sus once cordeles de tierra.

En tiempo de agua siembra arroz; en la seca, frijoles y boniato. El buey negro se llama Esturión por el pez de su reloj de leontina. El buey blanco se llama Eiffel por la placa que tiene la caseta, que alguna vez fue la estación de San Francisco.

“Gustave Eiffel. París-1889”. Eso se lee en el cartel de bronce remachado contra la pared de hierro. Greciat le oyó decir a su abuelo que la caseta había sido diseñada por el tal Eiffel.

—¡Si doña Marta viera su caseta! —Decía don Esteban antes de toser en seco, como si tuviera los pulmones vacíos—. Ahí se vendieron los boletos en la puerta del palacio de Trocadero, una de las veintidós entradas que tenía la Exposición de París. Doña Marta la compró al contado en el acto. Alguien le dijo que Martí había pasado por ahí y ella no lo pensó dos veces.

Por lo regular, cuando Greciat está abriendo el candado que se robó de un cambiavías, recordaba a su abuelo contando una y mil veces la historia.

—Doña Marta llegó al central con aquella armazón de hierro, un alambique de bronce rojo y una máquina de cilindro para moler cacao...

Doña Marta ahora es Marta Abreu, el nombre de una calle, de algunas escuelas, de un central en ruinas y de un parque donde hay una pequeña estatua que le recuerda: “Santa Clara, 1845 -París, 1909. Luchadora por la independencia de Cuba y benefactora de los pobres”. Dice una tarja debajo de la mujer de mármol.

Cuando clausuraron el central Martha Abreu y empezaron a dismantelar su maquinaria, Greciat le pidió permiso a Piedra, el del sindicato, para guardar los bueyes en la caseta abandonada.

—Métele mano, compadre —dijo Piedra dándoles unas palmaditas en el hombro—. La gente del museo de Cruces vinieron por aquí hace tiempo preguntando por esa caseta. Ellos decían que había que restaurarla, que era patrimonio. Pero, a ver, dime tú, Greciat, ¿quién va a gastar una mano de pintura en esa pedazo de hierro podrido en el medio de un cañaverál?

—Entonces... ¿puedo trancar los bueyes ahí por las noches?

—Métele mano, compadre —dijo Piedra y volvió a darle palmaditas en el hombro a Greciat—, métele mano.

—Qué raro que Carrasco no viniera hoy —pensó otra vez, a las 5:51, mientras abría la chirriante puerta de curvas y remaches. Los bueyes ya estaban de pie, uno junto al otro, rumiando la paja con miel de purga que habían comido durante la noche.

—Esturión, Eiffel —llamó Greciat—, vamos, salgan pa' fuera.

Los bueyes obedecieron de inmediato. Muy despacio, moviendo las mismas patas a la vez, la yunta avanzó como si ya estuviera enyugada. Una vez afuera, Esturión trató de desviarse para alcanzar un monte de hierba de Guinea.

—¡Esturión, quieto, quieto, Esturión! —gritó Greciat levantando los dos brazos—. Este cabrón es más resbaloso que un peje —dijo en voz alta, como si hablara con alguien.

“El esturión gigante ruso abunda en el Volga, el Danubio y otros grandes ríos que desembocan en los mares Caspio y Negro —leyó en la revista soviética que se compró el mismo día que el reloj de leontina—. Ese pez es un verdadero fósil viviente, sus restos se han encontrado en rocas que datan del eoceno. Su cuerpo es alargado, con aspecto escualiforme y suele tener varios escudos óseos”. Greciat buscó en el Larousse de su abuelo qué quería decir “escualiforme”.

—Por eso los muy condenados se parecen a los tiburones —dijo aquella vez—. No te hagas el tiburón —dijo ahora, hablándole al buey—. Esturión, tú te llamas Esturión.

Las hierbas empapadas de rocío le dan por la cintura y no puede impedir que la mandíbula le tiemble. No es de noche ni de día, la neblina no permite que se vea la cercana torre del central. El reloj de leontina acaba de alcanzar las seis en punto. Avanzó entre las hierbas como si caminara por dentro del agua.

Atada por los narigones, la yunta de bueyes le seguía los pasos. Entre la caseta y la línea principal hay unos veinte metros, pero la altura de la maleza la convierte en una distancia incalculable. Greciat oyó un pitazo en dirección a Cruces y se

detuvo confundido. Luego oyó dos mucho más allá de Angelita y pareció tranquilizarse.

—El tren debe estar ya entre Santa María y Ranchuelo —dijo en voz alta.

Antes por esa línea, que va desde Cienfuegos hasta Santa Clara, pasaba un tren cada veinte minutos. Pero con la clausura de los centrales azucareros y la paralización de las industrias en Cienfuegos, sólo pasan los de viajeros. Uno al amanecer hacia Santa Clara y otro al oscurecer hacia Cienfuegos. El resto del día el silencio lo es todo en una de las vías que más movimiento de mercancías tuvo en el país.

—Qué raro que Carrasco no viniera hoy —pensó por última vez, a las 6:07, mientras guardaba el reloj en el bolsillo más pequeño del pantalón.

Anoche un tren de escombros, formado con vagones inservibles y locomotoras descontinuadas, pernoctó en Cruces. Cómo el 513 circulaba con 27 minutos de atraso, recibió una orden de vía hasta Ranchuelo. Eso fue todo. De ahí que Greiciat se confundiera con la dirección de aquellos pitazos y dijera “¡Me cago en Dios, coño!”, cuando vio la enorme luz de la máquina avanzar hacia él.

No quiso soltar a los bueyes. Ellos eran todo lo que quedaba del Ford 48 de su abuelo y lo único que él tenía en este mundo. Eiffel tiró hacia un lado y Esturión hacia el otro, pero la cadena atada a los narigones les impidió separarse.

El destello rojo del indicador de cola se detuvo a unos pocos metros. Fue una de las últimas cosas que vio antes de voltear el rostro. Trató de tocarse la frente pero ninguno de los dos brazos le respondió. Alguien llegó hasta él. Sintió el sonido de los pasos en las piedras. Un horrible olor a carne quemada no lo dejaba respirar. Carrasco y el guardafrenos fueron los primeros en llegar a su cuerpo deshecho.

—¡Aquí hay un hombre y por lo menos una res! —gritó el guardafrenos y se alejó corriendo.

Por las ventanillas, tratando de ver más allá de la neblina, los viajeros empezaron a sacar sus cuerpos. Como todas las mañanas, Carrasco y Graciat quedaron frente a frente. Carrasco con dos cantinas de leche entre las manos, llorando. Graciat sin brazos y sin piernas, expirando. Ninguno de los dos pudo decir “buen día”.





UNA LECCIÓN EN EL PULLMAN

El viejo La Fayé nunca en su vida había oído el nombre de Manuel Moreno Frajinals. Al cabo de treinta años como maestro puntista se acaba de enterar de que ese tal Frajinals era el hombre que más sabía de azúcar en Cuba y que escribió un libro llamado *El ingenio*.

Todavía faltan tres horas para que llegue el mediodía y ya todo está ardiendo. El viejo La Fayé lo único que tiene en el estómago es un pedazo de pan que sobró de ayer y un vaso de refresco de naranja agria. “No había más ná”, piensa mientras el cítrico se ensaña con su úlcera.

El aula fue construida dentro del coche Pullman, el antiguo vagón de los dueños del ingenio. Ya no queda nada de todo el lujo que hubo en su interior. Ni las lámparas de araña, ni la vajilla del alquimista alemán Friedrich Böttger, ni los muebles de maderas preciosas. Lo único que permanece es el armazón oxidado, revestido por dentro con tablas de bagazo y adornado por fuera con un cartel de letras góticas: Cursos de Superación para Trabajadores Azucareros.

En la zafra de 2002 fueron clausurados 84 ingenios en toda Cuba. Los obreros y los trabajadores agrícolas de esas industrias fueron enviados a estudiar.

“Por primera vez se pone en práctica el concepto del estudio como empleo, y seguramente uno de los más importantes empleos. Un contingente de varios miles de trabajadores azucareros, excedentes, podemos decir, como consecuencia de la reestructuración de la industria azucarera, se inicia en un ambicioso y grandioso programa de superación”, dijo Fidel Castro en el acto inaugural del curso.

Mientras el calor y el ácido de la naranja agria desvanecían el cuerpo del viejo La Fayé, el maestro comentaba el capítulo “Trabajo y sociedad” de *El ingenio*.

—Como pueden ver —dijo el maestro mirando por una de las ventanillas del vagón, como si deseara que aquel hierro varado se pusiera en marcha—, las raciones diarias para los negros esclavos del ferrocarril Habana-Güines eran de ocho onzas de tasajo, ocho plátanos y dieciocho onzas de harina de maíz...

—Oiga, maestro —dijo el viejo La Fayé quitándose el sudor de encima con las dos manos—, ahora mismo, por ocho onzas de tasajo, yo solito chapeo la línea de aquí a Palmira y después me dejo dar cien latigazos.





OTRA LECCIÓN EN EL PULLMAN

La clase de Marxismo es la última. A esta hora ya el sol ha bajado bastante y no hace tanto calor dentro de este hierro viejo. Hoy no vino casi nadie. Hay una gripe en el pueblo que está acabando. Las primeras mesas están vacías y en la última, la mujer de Michelene se está toqueteando con el oriental que vino de Balboa. Esos dos van a acabar esta tarde en el cañaveral.

Hoy sí que yo no he entendido nada. Debe ser el hambre o el dolor de cabeza que tengo desde ayer, pero no sé ni de qué trata la clase. Y para colmo de males el maestro no para de hablar ni un segundo. Su vocecita me tiene mareada. Yo no sé qué yo le vi a ese hombrequito. Nada, pensé que era otra cosa. Por suerte salí de él y si te he visto no me acuerdo. La verdad es que una pierde la cabeza por cualquier cosa. Dime tú, si Gravilla se entera nos mata. Todavía hoy por hoy yo no sé de dónde yo saqué valor para irme por ahí con esa cosa.

Y dale con Marx y Engels. Coño, que no se calla. Ahora dice que un ejemplo similar sucedió en la conversión de los sembrados ingleses a finales del siglo XV y principios del XVI. ¿Qué quiere decir eso? ¿De qué está hablando este tipo? Oigan, oigan, que ahora va a leer: “La expropiación socialista será la última de la Historia, porque no se hará en beneficio de una clase, sino de todas y adquiere así una forma definitiva”.

No sé por qué, pero cuando ese hombre dijo eso, hasta la mujer de Michelene y el oriental ese que vino de Balboa dejaron de toquetearse. Todos nos pusimos a mirar para afuera como unos bobos, para allá, para donde están los hierros viejos y las ruinas de la torre del central.

Les juro por mi madre, fue una casualidad que todavía no me explico.





NÉSTOR Y ORIOL DESNUDOS EN LA NIEVE

En algún momento los personajes recitan un texto de **VIRGILIO PIÑERA**, luego, cantan una canción de **H. PARKER** y **S. PHILIPS**

I.

El olor de los pantanos es más fuerte que el de la caña. ¿O será que la caña aquí no tiene el mismo olor que en Cuba? Néstor escribió la frase así, tal como le vino a la cabeza. Luego soltó la libreta y se echó hacia atrás para olfatear aquel sonido, mitad hojas secas, mitad maquinaria, que venía desde la fábrica.

II.

Hace 26 años que Néstor vive en un pueblo de la Florida. Es un lugar muy reducido, donde los humedales apenas dejan espacio para un central azucarero, algunas casas y las vías férreas. La estructura del central no se parece en nada a las de Cuba y el sonido de los trenes tiene muy poca similitud con el que pasaba por Cumanayagua. Pero cuando Néstor está nostálgico, se sienta aquí y respira.

Para él la nostalgia es un sentimiento repulsivo y la evita lo más que puede. Gracias a esa fuerza de voluntad, ya no come

frijoles negros, no oye al Trío Matamoros y se empina un shiraz australiano cuando tiene deseos de emborracharse. En la medida de lo posible, evita a Cuba y a lo cubano.

Pero la caña es otra cosa. La caña no es nostalgia, es dolor. La caña es las manos llenas de ampollas, la caña es el frío de enero metido en los huesos, la caña es caminar descalzo por encima de los troncos afilados, la caña es un ventilador haciendo que por fin nevara en Camagüey.

Néstor siempre quiso ser poeta y de niño escribía versos más sencillos aún que los de Martí. Sus rimas eran el regocijo de la familia los domingos por la tarde. Su padre entonces no estaba preocupado porque se “metiera a maricón” y los recitaba él mismo, en voz alta, parado encima de un taburete.

Pero a la familia dejaron de gustarle los versos de Néstor cuando empezó a leer a Rimbaud, a Baudelaire y a Yeats. Entonces prefirieron pedirle que se hiciera médico o ingeniero y que dejara de juntarse con Oriol, el muchacho amanerado que se disfrazaba de griego y hacía payasadas.

III.

Un día de mayo, después de un aguacero, el padre de Néstor lo sorprendió hablando con Oriol en uno de los vagones abandonados que había en la estación. Cuando Néstor llegó a su casa, le habían quemado todos los libros y todos los escritos. No quedó nada, ni siquiera las historietas de *Tamakún el Vengador Errante*.

Néstor fue hasta el fondo del patio y trató de salvar algo, pero los papeles se deshacían en cuanto los tocaba. Todos habían ardidido, desde Homero hasta Donne, desde Witman hasta Casal. Quiso llorar, pero prefirió cagarse en Dios y saltar por la cerca del patio. Corrió durante horas. Cuando por fin se detuvo estaba en medio de un cañaveral, perdido.

IV.

Seis meses después, él y Oriol fueron apresados. La presentación en el cine del pueblo de un sketch con escenas de *Electra Garrigó*, fue considerada como un acto contrarrevolucionario. No

los enjuiciaron, tampoco se les dijo nada. Fueron embarcados en los vagones abandonados que había en la estación. Aunque no se habló del destino, todos sabían que partían rumbo a Camagüey.

Encerrados en una de aquellas jaulas de caña que se movían a menos de 20 kilómetros por hora, junto a decenas de jóvenes asustados y sucios, Néstor y Oriol representaron por última vez su Electra Garrigó. Sin poderse juntar, sujetándose como podían de los hombros y los brazos de los demás, no dejaron de recitar mientras atravesaban la región central de la isla.

Hacía un frío tremendo y a través de los barrotes del vagón sólo se veía la llanura infinita. Oriol recitaba por enésima vez el monólogo de Electra cuando un negro enorme, armado con una escopeta vieja, lo mandó a callar. El negro estaba encaramado en lo más alto del vagón y, de vez en cuando, orinaba sobre todos los que estaban abajo. El frío da unas ganas de mear del carajo, decía cada vez que se desabrochaba la portañuela.

V.

Estuvieron parados en la estación de Zaza del Medio por más de tres horas. Aunque era de madrugada, en el andén había decenas de pasajeros. Miren pa' eso, parecen vacas. Dijo un viejo que fumaba un puñado de picadura envuelta en papel periódico. Eso les pasa por maricones y por vagos. Dijo un soldado que bebía pequeños sorbos de su cantimplora. A mí todo esto me da mucho miedo. Dijo una muchacha que apretó a su hijo de meses contra su pecho.

Otro tren llegó de Sancti Spíritus con más jaulas llenas de jóvenes asustados y sucios. Las dos locomotoras se acoplaron y empezaron a moverse otra vez. No castigaréis a Electra. Tampoco vais a recompensarla. Gritó Oriol en dirección a los que estaban en el andén, mientras se alejaba a muy poca velocidad.

Sois de tan grandiosa apatía que puede Electra segar una vida sin el temor de un reproche. Solamente lo tomaríais como el ruido sordo de un fruto que cae, de un fruto que cae en medio de vosotros, frutos que giran estallando en la violácea dilatación del olvido. Gritó Néstor, justo antes de que el Negro empezara a orinarlo.

VI.

Néstor se ha propuesto olvidar todos los días y las noches que pasó en la UMAP. Pero no olvida la cara del negro enorme cuando el tren se detuvo. Bienvenidos a la Unidad Militar de Ayuda a la Producción. Dijo mientras se colgaba la escopeta vieja en la espalda. Sólo recuerda eso y el día en que caminó con Oriol desnudo por la nieve.

VII.

Néstor en Miami trabajó de mesero en un restaurante, de portero en un condominio, de lijador en una fábrica de muebles y de vendedor de terrenos en un cementerio. Luego se encontró con un amigo que le recomendó el empleo perfecto: cuidar viejos.

Así fue que llegó a este pueblo donde el olor de los pantanos es más fuerte que el de la caña. La señora Carson vivió en Cuba en los años cincuenta y desde entonces tiene debilidad por los cubanos. Su marido trabajo en el central Hormiguero y ella pronuncia aquellos nombres con una perfección asombrosa.

¿Camarones? ¿Palmira? ¿Cherepa? ¿Candelaria? Pregunta la señora Carson. No, no, Cumanayagua, Cumanayagua, recuerde que siempre le he dicho que soy de Cumanayagua. Néstor detesta oír esos nombres y mucho más repetirlos. Pero la señora Carson se entretiene pronunciándolos y él está obligado a seguirle la corriente.

VIII.

¿O será que la caña aquí no tiene el mismo olor que en Cuba? Néstor escribió la frase así, tal como le vino a la cabeza. Luego soltó la libreta y se echó hacia atrás para olfatear aquel sonido, mitad hojas secas, mitad maquinaria, que venía desde la fábrica.

Un tren de cañas se aproxima. Avanza haciendo equilibrio entre los humedales. Una bandada de patos de la Florida alza el vuelo y entonces Néstor recuerda que así le decían a él y a Oriol en la UMAP. Los patos, los patos de la Florida.

IX.

El negro enorme de la escopeta vieja los sorprendió durmiendo al final del campo de caña y se los llevó presos. En la oficina del Capitán los obligaron a desnudarse. No les hicieron nada. El capitán ni siquiera los volvió a mirar después que se quitaron la ropa. Pero permanecieron así todo el tiempo.

El Capitán les preguntó que hacían antes de ser incorporados a la Unidad Militar de Ayuda a la Producción. Yo soy poeta. Dijo Néstor. Yo soy actor. Dijo Oriol. Ustedes han llegado a reflexionar sobre eso, ¿verdad? Inquirió el Capitán. ¿Sobre qué?, mi Capitán. Preguntó el negro enorme. No es con usted, compañero, es con este par de patos. Dijo el Capitán y abrió un periódico.

Cuba ahora no necesita ni poetas ni actores, Cuba necesita gente que se faje a cortar caña. Ahora ustedes son débiles y lo que hacen no sirve para nada. Ustedes ahora son más inútiles que un arbolito de Navidad; pero cuando salgan de aquí, si es que salen, serán hombres hechos y derechos. Aquí los vamos a convertir en gente. Eso dijo el Capitán y siguió pasando las páginas del periódico, como si buscara algo.

El negro enorme pidió permiso para retirarse y el capitán le dijo que se fuera y que no perdiera de vista a los otros patos que estaban cortando caña. Míralo aquí, míralo aquí, esto es lo que yo estaba buscando. Dijo y dobló el periódico hacia atrás, para dejar al descubierto una foto de Fidel dando un discurso ante cientos de estudiantes en un teatro.

Miren para aquí, ¿ustedes ven?, ¿ustedes ven lo que dice ahí? El Capitán apuntaba hacia unas frases entre signos de admiración y antes de aplausos y ovaciones entre paréntesis. Fidel lo dice muy claro, necesitamos gente que corte caña. Ya vendrán tiempos donde haga falta algún que otro teórico y hasta un poeta que diga cualquier bobería, pero ahora lo que hace falta es doblar el lomo y producir 10 millones de toneladas de azúcar.

X.

El Capitán se puso la gorra verde olivo y enfundó la pistola. La próxima vez que los agarren durmiendo se van a pasar el resto

de la zafra desnudos. Pónganse la ropa y no paren de cortar caña hasta que cumplan la norma. Dijo y se fue silbando algo de Pello el Afrokán.

Néstor empezó a vestirse, pero Oriol se puso a registrar un viejo armario que había en la oficina, delante de una foto enorme donde el Che conducía un tractor sin camisa. Yo no sé de dónde sacaron las mujeres de este país eso de que el Che estaba bueno, ese argentino no era más que un gordito. Mira para allá, tú, mira la barriguita que tenía. Dijo Oriol y sacó un enorme paquete de algodón que encontró junto a unos frascos y algunos instrumentales de primeros auxilios.

Néstor estaba un poco asustado y le iba a pedir a Oriol que dejara esas cosas donde las había encontrado. Pero ya era tarde, Oriol estaba arrancando pedazos de algodón y los estaba tirando contra el viejo ventilador Westinghouse que giraba sin cesar en el techo.

XI.

¡Nieve! ¡Nieve! ¡Nieve! ¡Está nevando en Camagüey! Gritaba Oriol mientras saltaba y se doblaba para esquivar las motas que flotaban, como si de verdad estuvieran frías. Oriol y Néstor bailaban rock and roll mientras el algodón caía sobre sus cuerpos desde todas partes.

Tú eres Elvis Presley y yo soy una rubia go-go. Dijo Néstor. No, tú eres Elvis y yo soy la rubia go-go. Dijo Oriol. Bueno, mijo, entonces los dos somos rubias go-go y estamos desnudas, en medio de una tormenta de nieve. Dijo Néstor. El algodón los hacía toser y ya les faltaba el aire, pero no paraban de bailar. Abrazados, felices, empezaron a cantar a una sola voz.

Train I ride, sixteen coaches long. Train I ride, sixteen coaches long. Well that long black train got my baby and gone. Train train, comin' 'round, 'round the bend. Train train, comin' 'round the bend. Well it took my baby, but it never will again (no, not again). Train train, comin' down, down the line. Train train, comin' down the line. Well it's bringin' my baby, 'cause she's mine all, all mine (She's mine, all, all mine).

XII.

La estructura del ingenio no se parece en nada a la de los centrales de Cuba y el sonido de los trenes tiene muy poca similitud con el que pasaba por Cumanayagua. Pero cuando Néstor está nostálgico, se sienta aquí y respira.

Hace dos días que la señora Carson fue a visitar a una prima suya que vive en Memphis. Eso ha hecho que Néstor tenga pocas cosas que hacer y esa es la razón por la que al final recordó algunas cosas que siempre ha querido olvidar.

Pudo ver con absoluta claridad al negro enorme orinándole encima, al Capitán silbando algo de Pello el Afrokán y a Oriol llorando a moco tendido después de cantar "Mystery Train". Sólo esos recuerdos le vinieron a la cabeza. Al parecer, es cierto que logró olvidar todo lo demás.

XIII.

¿Qué será de la vida de Oriol? ¿Se habrá largado? ¿Se habrá suicidado? ¿Habrà dejado de ser maricón? ¿Finge? ¿Es feliz? ¿O será que la caña aquí no tiene el mismo olor que en Cuba? Preguntó Néstor en voz alta. El eco del pantano siguió haciendo las mismas preguntas hasta que se perdieron en el ruido de los vagones cargados de caña.

XIV.

El tren acabó de pasar y los patos de la Florida volvieron al agua tranquilamente. Néstor cerró los ojos y empezó a cantar. Train train, comin' 'round the bend. Well it took my baby, but it never will again (no, not again). Train train, comin' down, down the line. Train train, comin' down the line. Well it's bringin' my baby, 'cause she's mine all, all mine (She's mine, all, all mine).

XV.

¿O será que la caña aquí no tiene el mismo olor que en Cuba? Se preguntó Néstor mientras metía los pies en el agua. La fábrica de azúcar repetía sin cesar el zumbido de las turbinas. El padre de Néstor volvía a quemar todos sus libros. Oriol bailaba desnudo.

Un viejo que fumaba un puñado de picadura envuelta en papel periódico lo señalaba con el dedo. Néstor, desesperado, saltaba por la cerca del patio.

Sois de tan grandiosa apatía que puede Electra segar una vida sin el temor de un reproche. Solamente lo tomaríais como el ruido sordo de un fruto que cae, de un fruto que cae en medio de vosotros, frutos que giran estallando en la violácea dilatación del olvido. Gritó Néstor, justo antes de que el Negro empezara a orinarlo.

XVI.

Néstor bailaba rock and roll mientras se hundía en el pantano. El algodón caía sobre su cuerpo desde todas partes. ¡Nieve! ¡Nieve! ¡Nieve! ¡Está nevando en Camagüey!

¿Camarones? ¿Palmira? ¿Cherepa? ¿Candelaria? Preguntaba la señora Carson mientras se acercaba. ¡Señora Carson! ¿Usted no volvía de Memphis la próxima semana? Preguntó Néstor contrariado.

¿Camarones? ¿Palmira? ¿Cherepa? ¿Candelaria? Preguntó otra vez la señora Carson, mientras le tendía la mano a Néstor. No, no, Cumanayagua, Cumanayagua, recuerde que siempre le he dicho que soy de Cumanayagua. Néstor detesta oír esos nombres y mucho más repetirlos. Pero la señora Carson se entretiene pronunciándolos y él está obligado a seguirle la corriente.





LAS MOSCAS

La granja avícola Panamá fue construida en las afueras del Paradero de Camarones en 1960. En su lugar había una arboleda de mangos y nísperos, pero fue derribada en dos días con un bulldózer y dinamita. Orientadas por la precisión milimétrica de un teodolito, dieciséis naves de gallinas ponedoras fueron levantadas a lo largo de la trayectoria del sol.

Pocos años después, entre los límites de Panamá y la faja de la línea del ramal Cumanayagua, surgió el barrio de Las Latas. El término se debe a las casas, que fueron construidas con el zinc de las canaletas de los bebederos. Aplanadas a martillazos y fijadas en una estructura de cujes, las láminas limitaban salas, cocinas, portales, dormitorios y corrales de puercos.

Todos los hombres y la mayoría de las mujeres del barrio de Las Latas se dedicaron de inmediato al mercado negro de huevos y gallinas. Los huevos eran vendidos a cuatro pesos, las gallinas a cien. Al amparo de la noche cerrada, avanzando a ras del suelo, entraban como fantasmas a la granja y sustraían todas las posturas

y las aves que les cupieran en costales preparados al efecto. Su mercancía era muy solicitada por dulceros, cocineros y santeros. Encubierta en los más ingeniosos equipajes, aves y posturas eran sacadas del pueblo en bicicletas, camiones y trenes.

La granja ya está prácticamente en ruinas. La falta de pienso y el moquillo han devastado su población millonaria. El tráfico también ha sido controlado. Guardias armados con fusiles y poderosas linternas cuidan de las tres naves que aún permanecen en explotación. Acompañadas por enormes pastores alemanes, las patrullas rondan toda la noche entre los límites de Panamá y la faja de la línea del antiguo ramal Cumanayagua. A su cargo, tienen la vida de 968 gallinas ponedoras y 504 pollitos recién salidos de la incubadora y con escasas probabilidades de supervivir.

Lo único que perdura son las moscas. Los insectos llegaron el mismo día que las aves, pero se quedaron para siempre. Las moscas no entienden de época de frío o de calor, de lluvias o de seca. Siempre están ahí, sobrevolándolo todo. Al cabo de los años la gente se resignó a la idea de convivir con ellas. Nada se puede hacer para espantarlas. Todas las estrategias, las trampas y los remedios han fracasado. Ni siquiera se ha podido impedir que vuelvan al mismo punto de donde acaban de levantar el vuelo.

Su zumbido es lo primero que se oye del Paradero de Camarones cuando uno se acerca al crucero de la curva o a la loma del Chino Piloto. Las moscas están encima de la comida recién servida, de los espejos, de las sábanas tendidas al sol, de los bombillos encendidos y de los que se han quedado dormidos,

—Si las moscas se comieran, coño —murmura Berto Aguiar camino del barrio de Las Latas, espantándose las de los ojos y de la boca.





ANOCHÉ PASÓ UN TREN QUE NO SE VEÍA

Anoche pasó un tren que no se veía. Sólo se oyó un sonido seco, como el de las viejas monedas de plata cuando caen al piso.

—Ese es el Budd de La Habana —dijo Aurelio—, parece que hubo un accidente en Línea Sur.

—Yo no vi nada —dijo Atlántida.

—Yo tampoco —dije yo.

—Nadie ha dicho que había que ver nada. Es el Budd. Si el accidente es después de Guareiras y no vuelve a Línea Sur, llegará a La Habana con adelanto.

—Yo no vi nada —repetió Atlántida.

—Yo tampoco —repetí yo.

—Es cuestión de saber distinguir los sonidos, no había que ver nada.

—Está bien, Viejo —dijo Atlántida—, seguro que era el Budd de La Habana.

Por la madrugada pasó otro tren que no se veía, sólo se oyó el sonido seco, como el de las monedas de plata cuando caen al piso. Seguro que era otra vez el Budd de La Habana.





EL ZOOLOGICO DE CRISTAL

En el batey del ingenio Hormiguero había un zoológico. Al final de un laberinto de hiedras y arbustos desconocidos, estaban las jaulas. Como una de las hijas de don Fernando De la Riva padecía de claustrofobia y aborrecía cualquier tipo de encierro, tuvieron que retirar los balaustres y en su lugar pusieron gruesos cristales.

Un león de los pantanos del Okavango, un tigre siberiano, un oso pardo y una infinidad de monos procedentes de las más remotas latitudes, permanecieron allí por años. El zoológico de cristal del ingenio Hormiguero fue la gran atracción de la zona y el trasfondo de innumerables fiestas de quinces y bodas.

En la noche, los rugidos de aquellas fieras se escuchaban aún más alto que el ruido incesante de la maquinaria del ingenio. Nunca le faltó nada a ninguno de aquellos animales. Cada semana se sacrificaba un toro para los felinos y en el tren de la madrugada, con toda puntualidad, llegaba desde La Habana una caja con salmones de Alaska para el oso.

Cuando la familia De la Riva abandonó el país, a mediados de 1960, le fue imposible cargar con sus fieras. El león del delta del Okavango, el tigre siberiano, el oso pardo y la infinidad de monos pasaron a formar parte de los bienes intervenidos por el Gobierno Revolucionario.

Muy poco tiempo después el oso tuvo que acostumbrarse al sabor a tierra de las biajacas. El león y el tigre aprendieron a comer del mismo salcocho que les daban a los cerdos. La mayoría de los monos se murió de una enfermedad fulminante y los que quedaron fueron desapareciendo poco a poco.

En los días más tensos de la zafra del 70, hubo un problema con el abastecimiento de comida y el central amaneció sin nada que echarle a los calderos para el almuerzo. De inmediato alguien dio la orden de que se sacrificaran las fieras del zoológico. El asunto se manejó con tanta discreción, que ninguno de los obreros supo que aquel fricasé era de tres carnes: león, tigre y oso.

Pocos días después, el nuevo administrador del central hizo que colgaran la cabeza disecada del león en su oficina, entre una foto de Camilo Cienfuegos y otra de Ernesto Guevara. Los tres, tanto el felino como los guerrilleros, lucían unas melenas impecables.





1975

Ahora sé que el infinito es redondo y que para verlo, primero hay que pintarlo con azul de metileno. El maestro Gustavo habla de mares, golfos y océanos y luego da la espalda para hacer una serie de marcas en un mapa pintado de ocre y sepia. El Pacífico, el Índico, el Ártico y el más cercano a nosotros, el Atlántico, que pudo cubrir a un continente que tenía el mismo nombre de mi abuela. Todos nos referíamos al mar, como a la mayoría de los inventos que existían por el mundo, sin haberlo visto.

Una tarde vi a mi madre hablando en la punta del andén con un desconocido, el hombre dijo dos veces que no con la cabeza y una vez que sí. Mi madre le puso una cantidad de dinero en las manos y dos días después supe que era un machetero voluntario que le había vendido su derecho a un refrigerador. La misma tarde que compraron el aparato Minsk, hecho en Bielorrusia, mi abuelo puso a hacer un jarro de cinco libras de hielo. Cuando estuvo, dobló en dos un periódico, luego midió dos triángulos y volvió a

doblar hasta tener un barco de papel. Me hizo una señal con la cabeza y tuve que seguirlo hasta la tina de las vacas. Hundió el hielo en el agua y, con mucha precisión, logró que el barco navegara hasta chocar con él.

—Se puede decir que un océano es interminable —me dijo, como las distancias en el vacío. Pero aún así, un iceberg y un barco se pueden encontrar y eso es todo lo que le pasó al Titanic.

Me encogí de hombros y me quedé mirando cómo los renacuajos picoteaban la piedra de agua congelada. Con esa explicación y sin otra cosa que hacer, tendría que seguir pensando en el mar. Sólo dos cosas desviaron mi atención por esos días. Un Mig 15 que pasó envuelto en llamas sobre el cielo del pueblo y se estrelló en un cañaveral de Malezas, y la Batalla Contra los Piojos. Del Mig 15 se supo muy poco. Un escuadrón de militares se ocupó de aplacar los murmullos y de que aquello se olvidara lo antes posible. La Batalla Contra los Piojos, en cambio, duró un mes entero. Todo empezó un viernes sin que nadie nos avisara. Una mujer con el uniforme gris de la Cruz Roja puso un cartel en el mural de la escuela:

*El socialismo debe conquistar a los piojos
o los piojos conquistarán al socialismo.*

Lenin

A todos los varones no pelaron al moñito y a las hembras le hicieron un cerquillo bien corto, para que los insectos apenas tuvieran espacio donde moverse. Todos los días, antes de irnos para la casa, teníamos que pasar por la manos de cinco mujeres vestida de gris para que nos revisaran minuciosamente. Algunos quedamos libres de la plaga de inmediato, pero otros tuvieron que soportar baños de kerosén y garrapaticida. 45 días después del comienzo de la ofensiva revolucionaria contra el *Pediculus humanus capitis*, cambiaron el cartel del mural por un diploma donde un pionero vencía de una estocada a un famélico piojo que llevaba el sombrero del Tío Sam y una capa con la bandera de los Estados Unidos:

Escuela Rural Conrado Benítez

Paradero de Camarones

Primer Lugar Municipal en la Batalla Contra los Piojos.

La construcción del Ferrocarril Central hizo que todos los trenes nacionales se desviaran y pasaran por mi pueblo. Unos venían de Santiago de Cuba y otros de La Habana. La gente iba o volvía del mar comiendo dulces de chocolate y diciendo adiós de una manera que parecían viejos conocidos. Llegaron locomotoras nuevas y entre ellas una soviética enorme que cuando pitaba los techos de las casas se levantaban en peso. Mi abuelo, un estalinista empedernido, abría los brazos orgulloso cada vez que la oía venir.

—¡Ahí viene el acorazado Potemkin!

Cada vez que se acercaba un aniversario de la Gran Revolución de Octubre, en el cine Justo ponían *El Acorazado Potemkin*. Nadie iba, sólo mi abuelo y yo. La primera vez que la vi me pareció cómica, como las de Charles Chase y Buster Keaton. Por eso, cuando el cochecito empezó a caer por la escalinata de Odesa con el niño dentro, empecé a reírme y mi abuelo me dio un cocotazo que estuve llorando el resto de la película. A la salida, Angelina, la acomodadora, nos miró espantada, alumbrándome a los ojos con su linterna.

—¡Es inconcebible que este niño se emocione con esa cosa tan extraña!

En la película se podía distinguir el mar, pero a duras penas, era demasiado gris y cuando los marineros levantaban los brazos y empezaba a gritar cosas en silencio, se ponía oscuro y se perdía de vista. Por eso yo seguía sin entender muy bien esa idea de mirar hacia todas partes y no ver tierra firme.

A principios de octubre empezaron a construir un círculo de ladrillos en la escuela. En dos o tres días el redondel nos daba por la cintura y una semana después estuvo listo. Ninguno de nosotros sospechaba qué utilidad podía tener y nos pasábamos el recreo mirando hacia su interior vacío. Unos pensaban que era una jaula para llenarla de tomeguines y azulejos, otros creían que era del mago que nos cobraba una peseta por hacer que el Venao

Ortega pusiera un huevo o se sacara una codorniz de la manga. El mago siempre venía a fin de mes y nosotros teníamos que bajar la cabeza para que él se cambiara de ropa, se pusiera una oreja en la nariz y dos narices en las orejas. Sí, era muy probable que ese círculo de ladrillos fuera para que el mago Veintekilos se vistiera con el traje de papel plateado sin que nosotros tuviéramos que bajar la cabeza.

Pero el día 27 por la tarde nos pusieron a cargar cubos de agua para llenar el círculo. Luego nos ordenaron que al día siguiente fuéramos a la formación del matutino con la boina encajada hasta la frente y un ramo de flores blancas. Una maestra disolvió dos pomos de azul de metileno en el agua y no nos permitió que la tocásemos.

Yuyo Serralvo, que estuvo en la Guerra de Independencia, en la clandestinidad y en la lucha contra bandidos, fue el que pronunció el discurso al día siguiente. Fue algo muy sencillo, apenas dijo que ni la sequía, ni el enemigo iban a impedir que nosotros tuviéramos un mar donde echarle flores a Camilo. Camilo, era Camilo Cienfuegos; el comandante de la Revolución que desapareció de noche, en un avión, sin que nadie le hubiera visto pasar envuelto en llamas, entre el mar, la incertidumbre y una tempestad.

—¡Hurraaaaa! —Gritamos todos y por primera vez empezamos a llenarnos las manos de esas extensiones que el maestro apuntaba en el mapa y luego nombraba con tiza en el borde de la pizarra: Caspio, Mediterráneo, Adriático, Sargazos, Caribe...

Los que llegaron a probarlo, aún dicen que no es tan salado como se cuenta en los libros. El círculo de ladrillos ya no existe, sólo queda su marca a ras de la tierra. Pero durante mucho tiempo sirvió para quitarnos de encima el olor del alquitrán que hierve a la altura de los ojos y para llegar a creer que el mar, al menos en el Paradero de Camarones, era definitivamente una porción de agua rodeada de cañaverales por todas partes.





AVISO A LOS VIAJEROS

La estación de Quintana, que estuvo en el kilómetro 159,2 de la Línea Norte, se desvaneció en la tarde de ayer. Por ella pasaban los trenes que circulan entre La Habana y Santiago. Algunos rastros del andén y unas ruinas en forma de baluarte no son suficientes para reconstruir la apariencia de aquel lugar. Desde las 00:00 horas de hoy su nombre fue suprimido de los itinerarios. Los viajeros que tengan boletines para ese destino deben efectuar su reintegro de inmediato.

Ya no hay manera de llegar o irse de Quintana.





ADIVINA ADIVINADOR

La noticia corrió como la pólvora. En Malezas, un apeadero que está entre Camarones y San Fernando, vivía un adivinador. Era la segunda vez que la gente oía hablar de Malezas. La primera fue cuando un Mig 15 envuelto en llamas se estrelló a pocos metros del caserío. Sólo murió la tripulación de la nave de combate, pero durante meses la gente fue hasta allí para ver el cráter que había dejado el artefacto. Malezas está en el kilómetro 7,1 de ramal Cumanayagua. Un chucho de caña, una tienda del pueblo, dos barracones para macheteros voluntarios, una ceiba y un adivino.

Juan Caramé vivía en una casa de guano y tablas de palma. Pero se pasaba el día bajo de la sombra de la ceiba, recostado en un taburete. Aunque tenía más de noventa años, aún caminaba con cierta firmeza. Más de sesenta zafras no habían sido suficientes para mellar sus vértebras.

“Adivina adivinador”, eso era todo cuanto había que decir para que Juan Caramé encontrara las cosas. Jamás se equivocó.

El viejo no tenía que encender velas ni decir oraciones. Una señal de su dedo índice era más que suficiente para que todos los misterios se esclarecieran de inmediato. Caballos, monedas, retratos, vacas, vestidos, relojes, cotorras, novias, sortijas, perfumes y hasta pequeñísimos azabaches. Nunca cobró un centavo por sus auxilios, sólo exigía que se librarán de sus nudos las tiras rojas que la gente llevaba en las manos.

—Suelte a san Dimas, que ya encontré lo que usted anda buscando —decía y se lavaba las manos en una palangana llena de espuma.

Estaba casi ciego, pero era imposible que algo se ocultara de su dedo índice entre el cielo y la tierra. La gente llegaba afligida en el tren de la mañana y se iba feliz en el de la tarde. Juan Caramé lo estuvo encontrando todo hasta que él mismo se perdió. Nadie lo vio irse. De él no quedó más indicio que su casa vacía y un silencio inexplicable a la sombra de la ceiba.

—¡Adivina adivinador! —Gritaban todos a coro—. ¡Adivina adivinador!

Pero nadie respondió. Ni él, ni san Dimas, ni el cielo, ni la tierra.





BAR ARELITA

El bar Arelita tiene tres puertas que ya no cierran, un espejo en el que la gente ve lo que no es y una victrola con casi todos los discos rayados. Las tres puertas están de frente a la tienda pintada de verde, por eso los hombres que beben, sin levantar los codos de la barra, pueden vigilar a sus mujeres cuando estiran los brazos para medir los mismos cortes de tela de siempre. El día que le intervinieron el bar, mi tío Roberto Yero no quiso seguir trabajando en él y le pidió unos cordeles de la Colonia a Claudio Yero, su padre, para volver a trabajar la tierra.

—Ya nada volverá a ser lo mismo —dijo y caminó hasta que su mente dejó de sacar una serie infinita de cuentas—. En el Paradero de Camarones ya nada volverá a ser lo mismo.

El interventor supuso que elegir al que ocuparía el empleo, el único que podría ofrecer, sería algo muy difícil. Por eso convocó a los veteranos. Había combatientes de la Guerrita de Agosto, de la Guerra Civil Española, de la Clandestinidad, de la Lucha Contra Bandidos y hasta un

sobreviviente de los Independientes de Color. La reunión duró cerca de tres días sin que se pusieran de acuerdo.

En todo ese tiempo se bebieron todo el ron, la cerveza y la Materva que quedaban en inventario y se comieron la última pierna de jamón serrano que se recuerda en el Paradero de Camarones. Ninguno de los elegidos aceptó. Todos preferían estar del otro lado de la barra, jugando a los cubiletes, oyendo boleros rayados y vigilando a las mujeres para que no siguieran gastando en esas telas rusas que dan un calor que no hay dios que lo aguante.

Un año entero estuvo el bar cerrado. En ese tiempo los hombres tenían que ir a beber a Cruces y las mujeres aprovecharon para llenar las casas de cortinas, manteles y sobrecamas con osos polares y niños pescando macarelas. Compraron tantos metros de tela, que Blanca Llerena tuvo que llamar al camión del MINCIN para que trajera más. Cuando llegaron los temporales, las filtraciones empezaron a hinchar las paredes del bar.

—La humedad lo va a tumbar antes de que encuentren al hombre —dijo Roberto Yero con las manos en su cintura adolorida por la siembra de frijoles.

—Compañero, si la humedad lo tumba, la Revolución lo vuelve a levantar —le contestó Benigno y se fue en su pisicorre para el bar de Cruces.

Pero esa misma tarde, sin que viniera al caso, Florián el Zapatero se cansó de la vida, se puso una soga al cuello y se subió en lo último de una mata de tamarindos. Una vez en el aire, después de un breve estremecimiento por el que vio pasar los días más felices de su infancia y todos sus parientes muertos, Florián se cansó de la muerte y empezó a dar gritos para que vinieran a salvarlo.

En un dos por tres estuvo allí una verdadera multitud, las mujeres gritaban desconsoladas y entre los hombres circuló una mirada cómplice y satisfecha.

—¡Te bajamos con una sola condición! —dijeron todos a la vez.

Florián, el zapatero remendón que se sabía con exactitud el número que calzaba cada quien y la parte que más se comía de la suela, el único que no cobraba lo justo y a veces hasta menos por tal de hacer el bien, no estaba en condiciones de reclamarles

gratitud ni piedad. En el vacío de la nada, envuelto en un mosquitero pegajoso lleno de auras transparentes, esqueletos con sombrillas, caballos de vapor y perros con dos cabezas, esperó por la exigencia.

—¡A partir de mañana eres el dependiente del bar!



EL OLOR DE LA ZAFRA

Más que el calor, fue el olor lo que me aniquiló:
un olor de bestia, como si el azúcar fuese a la
vez una savia y una secreción animal.

JEAN PAUL SARTRE

A los dos se les fue el tractor con la carreta. Ella estaba en la tienda del pueblo comprándose un vestido para la fiesta de fin de zafra. Él anduvo todo el central buscando al Químico, que le había prometido una botella de alcohol de 90 grados. Se encontraron debajo de la torre del reloj, los dos miraron las enormes manecillas al mismo tiempo.

—Eh, ¿qué tú haces aquí todavía? —dijo él.

—No, me entretuve en la tienda del pueblo —dijo ella—. Es que fui a comprarme una bobería.

Ella vive en Paso del Medio y él en Manaquitas. Deben tener más o menos la misma edad. Ninguno de los dos sobrepasa los treinta años. Pero ahora mismo el tiempo en sus rostros es muy difícil de calcular, ambos están velados por una gruesa capa de hollín y melaza. Una locomotora de vapor pasó retrocediendo por la línea más cercana. El humo caliente que salía entre las voladoras de la máquina se interpuso entre ellos, los obligó a retroceder.

—Ahora lo único que nos queda es ese tren.

—¡El tren de caña!

—Eh, ¿tú nunca te has montado en un tren de caña?

—Solamente una vez.

—Bueno, yo sí me voy en él. Si te embullas...

Él se fue en la misma dirección en que la máquina retrocedía. Ella no se movió del lugar. Sin sacarlo de la jaba, trata de ver el vestido. Sus dedos no se ven, pero es evidente que toca a la tela con mucho cuidado, como si evitara ensuciarla. A un costado del ingenio, la locomotora ha ido armando el convoy que saldrá dentro de muy poco. Son 26 jaulas vacías que serán repartidas por los chuchos de caña que laboran en la madrugada. Dos hombres llenan de agua el alijo de la Baldwin. Sus cuerpos, a contra luz, parecen ser parte del metal fuliginoso de la vieja locomotora.

Él escogió una de las últimas jaulas, que son las que van para Manaquitas. Se acomodó en una de las paredes de madera que los carros tienen por los costados y empezó a morder un pedazo de caña. El silbato de la máquina se oyó lejano, como si no perteneciera al mismo tren. Los golpes que produce la puesta en marcha se oyeron venir vagón tras vagón. Muy despacio, como un movimiento apenas perceptible, el tren se puso en marcha. La columna de humo de la máquina se juntó en lo alto con la de la torre del ingenio.

—Oye, oye, ayúdame —gritó ella.

Corría con mucho trabajo entre las piedras y los travesaños de un apartadero paralelo a la línea por la que avanzaba el tren.

—Dame la mano —dijo él y se dejó caer hacia fuera, entre los balaustres del vagón.

Ella primero lanzó la jaba con el vestido hacia el interior de la jaula. Luego se acercó más y logró alcanzar la mano que le extendían. Él la levantó en peso, tirando duro hacia el mismo centro del carro que se estremeció al entrar en una cerrada curva. Quedaron abrazados y así permanecieron hasta que la jaula dejó de balancearse.

—Suéltame que ya no me voy a caer.

Él se acomodó otra vez en la pared de madera y ella, aún de pie, se pasó las manos llenas de hollín por la frente. El tren dejó atrás las últimas casas del batey. La noche sin silencio del central Espartaco empezaría de un momento a otro.

—¿Quieres un buche?

—¿Qué es eso?

—Alcoholite.

—No, no gracias, la vez que lo probé por poco me achicharro por dentro.

Él se empinó la sucia botella y ella, con la punta de los dedos, con muchísimo cuidado, sacó el vestido nuevo de la jaba.

—¿Te gusta?

—No lo veo bien, pero debe ser lindo, ¿no?

—Me lo acabo de comprar, es para la fiesta de fin de zafra.

—Bueno, para la fiesta del fin de Espartaco.

—¿Tú crees que de verdad cierran el ingenio?

—El Químico me lo acaba de confirmar. El año que viene van a cerrar más de la mitad de los ingenios del país.

—Ay, mi madre, ¿y qué nos hacemos nosotros?

—A mí ya me da lo mismo, total...

Otra curva cerrada hizo que la jaula se balanceara brusca-mente hacia un lado y hacia el otro. Ella estuvo a punto de caerse, pero él llegó a tiempo para sujetarla. Quedaron abrazados otra vez. Pero esta vez las manos de él no estaban sobre la espalda de ella.

—Oye, suéltame las nalgas.

—Si te las suelto te caes.

El carro se balanceó otra vez y él aprovechó para asirla con más fuerza.

—Estás viendo, si te suelto te caes.

—Espérate, déjame guardar el vestido.

Ella se sacó una pata del pantalón y él se quitó la camisa para que le molestaran menos los pedazos de caña seca que hay en el piso de hierro. Antes de llegar a Paso del Medio él se cambió unas tres jaulas más adelante. Si pasaban juntos alguien podría distinguirlos. Cuando el tren se detuvo ella se lanzó de la jaula y avanzó rápido por un estrecho callejón. No se despidieron, él ni siquiera se asomó. Permaneció recostado a una de las paredes de madera del carro, empinándose la sucia botella de alcohol.

Nunca más cruzaron una palabra. En la fiesta de fin de zafra él la vio pasar con dos pergas de cerveza en las manos. Seguramente

aquel vestido oscuro era el que le enseñó en la jaula. Ella caminó directo hacia un hombre barbudo y le alcanzó una de las pergas. El hombre le dio una nalgada y la obligó a sentarse en sus piernas. Ella le besó la barba.

Él nunca la había visto así, vestida de limpio, con el cabello suelto. El silbato del central Espartaco sonó por última vez. El sonido ensordecedor del silbato apagó todas las voces y todas las canciones que se oían al mismo tiempo.

—Ahora hasta debe oler rico —pensó y le dio una nalgada a su mujer. Luego la obligó a sentarse en sus piernas.





RECORTE DE PRENSA

El sábado 5 de julio del 2003 el periódico *Granma* publicó por primera y única vez el nombre del Paradero de Camarones. Hasta esa edición el pueblo no fue noticia, nada de lo acaecido allí llamó la atención del diario.

A la crónica no la acompaña ninguna foto, tampoco aparece el nombre del protagonista ni la fecha exacta en que cometió el delito. Sólo se cuenta el suceso y parte de las consecuencias que trajo. Digo parte de las consecuencias, porque en los cinco párrafos del reportero se ignora un valioso detalle: la fiesta que se celebra en la cervecera todos los días del verano fue suspendida en la noche del apagón.

Hasta mediados de los años ochenta ese lugar era un parque infantil. Cinco canoas, cuatro cachumbambés y una canal eran un magnífico motivo de diversión para un centenar de niños que desconocíamos el Coney Island, ignorábamos la existencia de estrellas giratorias y vivíamos convencidos de que una montaña rusa sólo tenía cabida en las inmensidades de la Unión Soviética.

Aún recuerdo alguna de las tardes que pasé allí. Con seguridad llevaba puesta una camisa de guinga. Era azul oscuro y durante los años más radiantes de mi infancia fue la señera prenda “de por las tardes”.

Según supe años después, las cinco canoas fueron construídas en el taller de locomotoras del central Espartaco durante los trabajos voluntarios de un Domingo Rojo. El Venao y Cabilla eran los únicos del pueblo capaces dar una vuelta en redondo. Cogían todo el impulso posible, se sujetaban bien de las barras de metal y giraban sobre el eje de aquellos columpios con forma de navío. “¡Soy mejor que Yuri Gagarin!”, gritó el Venao un día que logró dar dos vueltas seguidas.

Cuando el artilugio por fin se detuvo, hubo que echarle agua en el rostro para que recuperara el conocimiento. Durante semanas anduvo como si lo hiciera sobre una cuerda floja. Aquellas dos vueltas mortales lesionaron seriamente su equilibrio y no lo recuperó hasta que la yegua de Ricardo Meneses le dio una patada a escasas pulgadas de la sien. Pero ese es otro cuento que ahora no viene al caso. Volvamos al parque y a la fiesta que jamás sucedió.

El parque fue demolido la primera vez que la provincia de Cienfuegos obtuvo la sede para el Acto Central por el 26 de Julio. En su lugar pusieron un círculo de gravilla, un escenario con techo de fibrocemento, varios bancos de granito, algunos framboyanes, altavoces y una caseta con un termo para vender cerveza dispensada.

A partir de ese momento la bebida se convirtió en el centro del pueblo y todas sus noches giraron alrededor de su espuma a medio enfriar. Cada vez que el tractor de la cerveza dobla la curva del crucero de la carretera de Cienfuegos, los hombres salen de sus casas al unísono y enfilan hacia la cervecera, con pergas de cartón encerado, jarros de cinco libras, cubos de ordeñar y latas de aceite carbón.

Los días en que la pipa no llega, es como si a todos la esperanza se les acabara de cuajo. Por eso se acuestan a dormir con el sol afuera. No hay nada más que hacer. El cine Justo está clausurado por peligro de derrumbe y el techo del bar Arelita se fue con los

vientos del ciclón Michelle.

El periódico *Granma* fue fundado en 1964. Siendo estricto con las probabilidades, la próxima referencia al Paradero de Camarones se publicará en el verano del 2042. Este designio sólo dejaría de cumplirse si uno de los dos, el periódico o el pueblo, desaparecen.

Juicio ejemplarizante a depredador eléctrico

Ramón Barreras Ferrán

CIENFUEGOS.— El juicio ejemplarizante, aunque todavía inconcluso, a un sujeto que sustrajo el aceite dieléctrico (aislante y refrigerante) de un transformador en la subestación eléctrica de Espartaco, en esta provincia, demostró cuántos daños provocan hechos de ese carácter, que tienen como motivación el lucro personal.

Según lo apuntado por el representante de la Fiscalía, el acusado, quien conducía un tractor perteneciente a la Empresa Municipal de Gastronomía de Cienfuegos destinado a trasladar un termo de cerveza, zafó los tornillos que aseguran la tapa superior del transformador y con el empleo de una manguera sacó unos 150 litros de ese aceite para abastecer con unos 30 el tanque del vehículo y llevarse el resto. Por tal motivo explotó el equipo y quedaron sin servicio por más de seis horas, parte de los consumidores del batey del central Espartaco, todo el poblado de Paradero de

Camarones y el centro de acopio cañero de Jurisdicción.

El monto de la interrupción, de acuerdo con lo informado por los especialistas de la Empresa Eléctrica, asciende a 11,900 pesos, con un significativo componente en divisas, ya que cada litro de ese aceite cuesta 90 centavos de dólar en el mercado internacional.

En la primera parte de la vista oral quedó evidenciado que quienes cometen hechos delictivos de ese tipo arriesgan sus vidas, pues en esas subestaciones los voltajes son elevados. Igual riesgo corren los que cortan cables eléctricos o sustraen los angulares de las torres de alta tensión.

La realización de juicios públicos tiene como propósito principal que la población conozca los daños que causan esas acciones irresponsables, tome conciencia de su gravedad y aprecie que la fuerza de la ley tiene que hacerse sentir sobre los infractores.



AZÚCAR

Luis el Gordo se acostó con deseos de comer algo dulce. Hace cuatro días que le regalaron unas guayabas del Perú, pero no ha conseguido un poco de azúcar para hacer casquitos y mermelada. Las guayabas ya están demasiado maduras y si mañana La Rumba no le consigue al menos una lata de leche condensada llena de azúcar prieta, tendrá que regalarlas.

Jamás ha podido comerse una fruta si no es en almíbar o mermelada. Las tiene en la cocina, dentro de una palangana de esmalte blanco. La Rumba es dependienta en la tienda de Chena y hace más de treinta años, cuando él tenía veinte y ella poco más de quince, fueron novios. Nadie en el pueblo lo supo, pero en las madrugadas se veían en la quinta abandonada que hay donde el callejón de La Flora se divide en dos caminos.

Cada uno iba por un lado distinto y cuando el segundo en llegar pasaba entre la cerca de alambres de púas, el otro ya estaba desnudo. La Rumba acabó casándose con un hombre de mejor posición, pero mucho mayor que ella. Eso no impidió que de vez en cuando ella y Luis volvieran de madrugada a la quinta abandonada, cada uno por su lado.

A escondidas, ella lo siguió protegiendo y cuando la madre del Gordo se murió, no tuvieron que deambular más por lo cañaverales. Al final de su patio, que colinda con la línea del tren, él puso un zinc en falso para que ella pudiera entrar y salir con facilidad. En el pueblo hay un rumor de que al gordo Luis no le gustan las mujeres y hasta alguien que tiene ciertas nociones de biología ha llegado a decir que es hermafrodita. Todos desconocen que tuvo una novia que ahora es su amante.

Cuando hace demasiado calor, Luis el Gordo duerme con todas las puertas abiertas. Esto hace que la casa sea mucho más fresca, pero tiene un inconveniente. Cuando los trenes pasan, el reflejo de la luz de la locomotora le da en pleno rostro. Esta noche de marzo hace demasiado calor y en vano ha tratado de dormirse. Primero se puso la almohada en la cara y luego trató de leer un periódico viejo.

Leyó un extenso reportaje sobre la puesta en marcha de la Tarea Álvaro Reynoso, cuando acabó, aún no estaba convencido de que si cerraba los ojos se dormiría. De manera automática, repitió una larga frase del periódico: “un ejemplo de la esencia humanista del proyecto socialista cubano, ajeno a las leyes del mercado, es sin dudas la tarea Álvaro Reynoso...”.

Apagó la luz y trató de no pensar en nada para ver si el sueño por fin llegaba. Pero pensó en la década en que trabajó en el central Espartaco, ahora clausurado, y en aquel año infinito en que trabajó de sol a sol, convencido de que los diez millones de toneladas de azúcar se lograrían. Con media libra de aquella quimera ahora le alcanzaría para hacer los casquitos y la mermelada.

—¡Los casquitos van! —Se dijo a sí mismo, entre las brumas del insomnio— ¡De que van, van!

El pitazo de un tren lo asustó y perdió el terreno ganado por la duermevela. No abrió los ojos cuando el reflector le dio en la cara, pero le pareció que una segunda luz, como de fuego, acompañaba el tren y decidió averiguar. A través de la cerca de los otros patios pudo ver una fuerte llamarada en las ruedas de uno de los vagones. Entre su cuarto y el fin de su patio no había más de diez metros. A ciegas encontró las chancletas y caminó hasta el zinc en falso.

Trató de mirar por encima de él, pero el ángulo no le permitía alcanzar el vagón incendiado que ya había rebasado el cruce de la carretera de Cienfuegos. Quitó el zinc y se asomó.

El tren había disminuido la velocidad y estaba a punto de detenerse. Era un tolvero cargado de azúcar y al parecer el eje de una de las tolvas se recalentó y acabó incendiándose. Alguna vez, allá por los años setenta, él trabajó de mecánico en el taller de coches y carros de Cruces. Una de sus misiones era revisar los rolletes de los vagones y empavesar de grasa la estopa que tenían dentro, para que no se incendiara con la fricción de la velocidad.

Cuando el tren se detuvo del todo, dos luces de linterna se lanzaron desde lo alto de la locomotora y avanzaron hasta el vagón encendido. Una luz permaneció allí y la otra regresó. Luis el Gordo decidió no moverse y observar la operación hasta que el tren retomara la marcha. Poco después la locomotora dio tres pitazos y el convoy empezó a retroceder.

No quiso que lo vieran, entró rápido y se mantuvo del otro lado de la cerca. La locomotora llevaba la luz de la cabina encendida y pudo ver perfectamente el rostro de los cuatro tripulantes. Eran muy jóvenes y es muy probable que alguno de ellos acabara de hacer una broma en ese momento, porque todos reían a carcajadas. Unos pocos metros más allá de su casa el tren se detuvo de nuevo.

Se paró en puntillas para tratar de averiguar lo que sucedía, pero el reflector de la locomotora lo encandiló. La máquina dio dos pitazos y avanzó rápido, era obvio que no arrastraba al tren completo. La tolva incendiada era la quinta y ahora avanzaba al final de la formación, eso quería decir que la dejarían en el apartadero que hay al lado de la línea principal, justo en el mismo borde del patio de su casa. En efecto, el tren avanzó hasta rebasar el cambiavía y allí se detuvo. Tres pitazos anunciaron que retrocedía por el apartadero.

Vio el resplandor del fuego venir hacia él, se reflejaba en las frondas de los árboles y en los zines de las cercas. El tren se detuvo otra vez. La tolva incendiada quedó frente a su puerta.

—Busca un calzo —le oyó decir a uno de los tripulantes del tren.

—Hay que avisarle a la policía del pueblo de que vamos a dejar esto aquí —dijo el otro.

—Yo le dije al operador de Cruces que los llamara por teléfono.

—No encuentro nada que sirva de calzo.

—Busca por el lado de las cercas.

La luz de la linterna entró por el espacio que había dejado el zinc que Luis el Gordo retiró y alcanzó hasta la mata de limones.

—Coño, como tiene limones esa mata —dijo uno de los tripulantes asomando la cabeza.

—Busca el calzo y deja los limones.

—Vamos a llevarnos tres o cuatro para hacer una limonada cuando lleguemos a la Terminal Marítima.

—Busca el calzo.

—Mira, este pedazo de palo sirve.

El tripulante cogió el palo que le servía de sostén al zinc en falso. Luego, alumbró de nuevo a la mata de limones. Apagó la linterna y entró corriendo al patio. Cuando estuvo debajo de la mata la encendió de nuevo, pero a ras del suelo, y recogió más de diez. Apagó el haz de luz y regresó corriendo. Luis permaneció incrustado contra la cerca, tratando de contener la respiración.

—Acaba de ponerle el calzo a la tolva que ya apreté la retranca.

—Tenemos merienda para el fin del viaje.

—Te dije que no te metieras en el patio.

—Total, si ese guajiro está dejando que los limones se le pudran.

La operación ahora se hizo mucho más rápido y en muy poco tiempo el tren estuvo listo para reanudar su marcha. Luis el Gordo contó los vagones. Dieciocho con el cabouse. Diecinueve con la tolva cuyo rodamiento aún ardía, llenando el aire del pueblo con los olores del azúcar y el de la estopa quemada.

Luis el Gordo puso el zinc en su lugar en la cerca, pero no encontró con qué calzarlo. Fue hasta la cama y se acostó. Estaba sudando y eso conspiraría con el insomnio para no dejarlo dormir. Encendió la luz y miró de lejos el periódico. En una de las dos fotos que acompañaban el reportaje, un tren tovero salía de un central. Buscó el nombre del central en la torre, pero la foto está

cortada por el sitio donde debía empezar las letras.

El resplandor del vagón incendiado llegaba hasta su rostro. Entonces le vino a la mente un día de noviembre de la zafra del 70. Recuerda que era de noviembre porque faltaba poco para el cumpleaños de su mamá. Él estaba cortando caña en Sagua la Grande y había pedido permiso para ir a su casa. Le dieron un fin de semana completo y cuando llegó al central Resulta un tren tolovero estaba a punto de salir, él le preguntó al maquinista que si podía hacer el viaje con ellos hasta el Paradero de Camarones y el maquinista le sugirió que hablara con el conductor.

—Súbase arriba de una tolva y tenga cuidado con los puentes—respondió el conductor—. Si un inspector lo sorprende, nosotros no sabemos nada.

Cuando vio venir la viga de acero del primer puente tuvo que acostarse sobre las escotillas de la tolva. Era el puente sobre el río Sagua y trató de levantar un poco la cabeza para ver el agua, pero acabó bajándola por miedo a que una viga le pegara. Al pasar el puente abrió una escotilla y se acostó a dormir sobre la montaña de azúcar prieta. Durmió hasta Cruces, cuando sacó la cabeza por primera vez ya se veía la loma de La Rioja. Se sacudió un poco el azúcar y bajó por una de las escalerillas laterales hasta la plataforma donde está el sistema de frenos del vagón. Se lanzó del tren en marcha en el andén. Aurelio, el Jefe de Estación, soltó una carcajada cuando lo vio lleno de azúcar de la cabeza a los pies.

—Muchacho —le dijo—, ¿de dónde tú vienes en esa tolva?

—De Sagua la Grande —le respondió sin perder el impulso—. Vine al cumpleaños de mi mamá.

—Pues báñate antes de que las hormigas te coman.

—¡La tolva está llena! —dijo ahora él, treinta y tres años después, levantándose de pronto.

Se puso una camisa de mangas largas, un pantalón viejo y unas botas de goma. Fue hasta la cocina y cogió una lata de aceite de carbón, pero cuando llegó a la puerta de zinc del patio se arrepintió.

—No —dijo en voz muy baja—, con un jarro de cinco libras es más que suficiente.

Regresó a la cocina y debajo de la meseta halló un jarro de aluminio algo escachado por el fondo. La llama de la tolva ardía con la misma intensidad que hace media hora. Se mantuvo inmóvil por más de un minuto para saber si ya había llegado el custodio de la policía. Él único sonido que se escuchaba era el canto de las lechuzas y el silbido interminable de los grillos. Con una piedra dio dos golpes en la tolva y el sonido fue seco, como debe ser cuando lleva en su vientre cerca de 60 toneladas de azúcar crudo. Procurando no hacer un ruido más, ni siquiera con el jarro contra los escalones de la escalera que llega hasta las escotillas, ascendió rápido, con la misma habilidad que lo hacía cuando era niño y jugaba a los policías y bandidos sobre los vagones de carga que estacionaban en ese mismo apartadero.

Se sabía muy bien el mecanismo de las escotillas, por lo que no le fue difícil hallar la palanca en la oscuridad de la noche nublada. Con la palma de la mano buscó el sello y de un tirón lo rompió. Acostado sobre el techo de la tolva abrió la escotilla, haciendo una fuerza enorme para que no sonara al caer del otro lado. Lanzó el sello sobre el azúcar y hundió el brazo para alcanzar con el jarro la dulce montaña. Hizo más de cinco intentos en distintas direcciones pero no dio con el crudo. Trató de acostumbrar su vista al agujero negro, pero no consiguió ver nada que no fuera una oscuridad perfecta con un fuertísimo olor a sacarosa. Desprendió una costra de azúcar que se había endurecido con el sol en el borde de la escotilla y la lanzó hacia dentro. No sonó lejos. El azúcar estaba ahí mismo aunque no la alcanzaba con los brazos, así que tenía que hacer lo que en un principio trató de evitar: meterse dentro de la tolva.

Primero lanzó el jarro y después, como hacen los gimnastas en los ejercicios de paralelas, se dejó caer lentamente. El descenso fue más grande de lo que había calculado y hasta sintió un leve escalofrío en el estómago. A ciegas buscó el jarro pero no lo halló. Con movimientos algo bruscos trató de caminar en círculos procurando tropezar con la vasija, pero lo único que consiguió fue llenarse una de las botas de azúcar por dentro. Manteniendo el equilibrio en un solo pie se la quitó y la sacudió. Un perro ladró,

por lo alto que lo oyó debe estar muy cerca de la tolva. Iba a reanudar la búsqueda del jarro cuando alguien le ordenó al perro que no ladrara más. La voz no le pareció conocida.

El que estaba afuera hizo lo mismo que él, pero sin tratar de ser discreto. Con una piedra golpeó el casco de la tolva. Lo hizo varias veces y la piedra debía ser muy grande porque todo re-tumbaba allá dentro. El perro volvió a ladrar y el que estaba afuera le ordenó otra vez que se callara. Ahora la voz le pareció más conocida, podría ser Ricardo Meneses, el auxiliar de la policía que es además sereno del pueblo. Si era Ricardo, no estaba en peligro, el hombre era suficientemente viejo como para no poder subirse en el techo de la tolva y descubrir que había una escotilla abierta. Con mucho cuidado siguió dando vueltas en círculo, pero en ninguna de ellas tropezó con el jarro. Se acercó a la escotilla y trató de saltar para alcanzarla, tampoco lo consiguió. Esto lo desesperó un poco, ahora la operación se hacía mucho más complicada; tenía que arrastrar con los brazos una cantidad de azúcar suficiente como para llegar en puntas de pie al borde de la escotilla.

Un tren pitó a lo lejos y el perro reanudó sus ladridos.

—¡Sombra —gritó Ricardo Meneses, ahora su voz si fue inconfundible—, sal de la línea!

El reflejo rápido de la alta luz de la locomotora le permitió ver el jarro por unos segundos. Había caído justo en el borde de la tolva, por eso no lo encontraba. Rápido se dirigió hasta él y le pegó con el pie izquierdo antes de lo calculado. El jarro rebotó contra la pared de la tolva, pero el sonido del golpe se esfumó en el estruendo de los vagones que pasaban a toda velocidad por la línea principal.

—¡Azúcar para crecer! —dijo tirando jarros llenos hacia el centro de la cavidad, confiado de que el viejo guardián no podría oírle en estos momentos. Luego puso el jarro entre sus pies y con los cuencos de las manos cogió un gran puñado de azúcar y se lo llevó a la boca.

Cuando el tren acabó de pasar estuvo un rato sin moverse y, al no oír ni al viejo ni a su perro, empezó a lanzar jarros de azúcar para el vacío que había debajo de la escotilla por donde él

se lanzó. Era evidente que la carga estaba mal repartida, porque apenas podía avanzar. Hacia el otro extremo de la tolva, la montaña de crudo casi rozaba el techo. Tardó un buen rato en hacer un montículo que le permitiera poner el jarro lleno en el techo y luego salir él. Ya estaba listo para hacerlo cuando Sombra empezó a ladrar otra vez.

—¡Cállate, perro! —Gritó Ricardo Meneses.

Con el viejo y el perro allá afuera no podía salir. Si Ricardo estuviera solo quizás lograra escabullirse, pero el perro sí lo sentiría y no estaba dispuesto a correr ese riesgo por cinco libras de azúcar.

—Salgo en cuento amanezca y el viejo se vaya —pensó mientras sacaba la cabeza por la escotilla y miraba las lejanas luces de la estación.

Se quedó dormido encima del azúcar, ni siquiera recuerda el momento en que se acostó. Calló redondo y durmió sin soñar. El pitazo de un tren lo despertó cuando ya estaba claro. Tenía los oídos llenos de azúcar y una pierna entumecida. El tren era muy largo y tardó un buen rato en pasar. El perro no ha ladrado desde que está despierto, es muy probable que el viejo sereno se marchara en cuanto amaneció. Puso el jarro encima de la tolva y se sujetó firme de los bordes para impulsarse y salir. Las luces de la estación aún estaban encendidas y en el andén había tres hombres.

Podía salir ahora mismo, pero corría el riesgo de que lo vieran; así que esperó a ver si entraban en el salón de espera o daban la espalda. Uno entró y los otros dos empezaron a caminar en dirección a la tolva, pero con la vista fija en los travesaños de la línea. Era el momento. Se afincó en el montículo de azúcar para coger impulso y cuando fue a saltar ladró el perro. Lo único que pudo hacer para contrarrestar tanto impulso fue soltarse del borde de la tolva. Al caer, deshizo buena parte del montón de azúcar. Muy rápido, con los brazos, logró rehacerlo. Se asomó con mucho cuidado y alcanzó a ver que los hombres ya estaban muy cerca. Los dos vestían el uniforme de los Ferrocarriles. Recogió el jarro y corrió hacia un extremo.

Oyó a Ricardo Meneses saludar a los recién llegados. Sostuvieron una pequeña conversación que él no logró entender, casi

todas las palabras se distorsionaron al entrar por la escotilla. Sintió que alguien subía por la escalerilla. Se pegó bien a pared de la tolva, pero se dio cuenta de que si se asomaban lo verían si dificultad. Casi corriendo avanzó por el mismo borde de la pared para que las huellas de las botas no fueran tan evidentes. Cuando llegó a la parte donde el nivel de la carga subía, caminó a gachas y luego totalmente acostado, apoyándose en los codos para avanzar. Detrás de un montículo que se hacía debajo de la tercera escotilla se sintió seguro. Desde allá no le verían ni siquiera alumbrando con una linterna.

—Esta escotilla está abierta —dijo el hombre que había subido y se asomó. Tenía un cigarro en la boca y habló sin quitárselo.

El otro habló desde abajo, pero Luis el Gordo no entendió lo que decía.

—Sí, le falta el sello, pero no lo veo por aquí.

El otro habló de nuevo y el perro ladró.

—Si robaron no fue tanto.

El perro ladró y no se oyó si el otro dijo algo.

—Voy a revisar.

El hombre caminó a lo largo de la tolva, sus pasos retumbaban en toda la estructura, al parecer andaba con un pie por el pasillo que tiene encima el vagón y el otro por la hilera de escotillas. Una gruesa gota de sudor le corrió a Luis por la punta de la nariz y le calló en la comisura de los labios. La recogió con la lengua. Tenía un sabor más dulce que salado. El hombre regresó y se asomó otra vez por la escotilla abierta.

—Le voy a poner el sello, pero si la gente del taller no vienen hoy, esta noche la abren otra vez.

Alguien desde abajo dijo algo y el perro ladró con mucha insistencia.

Luis el Gordo sintió pánico. Si le ponían el sello a la tolva ya no podría salir. Aunque si los del taller no venían, era seguro que la abrirían por la noche. Los que crían puercos le darían a Ricardo Meneses lo que él pidiera para que los dejaran forzarla. Tenía muy poco tiempo para decidir. Si el sereno estuviera solo fuera diferente, pero con los inspectores de testigos el panorama cambiaba. O gritaba para que lo sacaran de allí y acababa

encerrado en la cárcel de Ariza, o aguantaba como un hombre a que llegara la noche y los ladrones a sobornar al viejo sereno. Hubiera querido gritar, pero optó por el silencio. La puerta cayó de golpe y el estruendo fue ensordecedor. La oscuridad ahora era absoluta, no había ni un haz de luz en el interior y el olor del azúcar muy pronto se hizo insoportable. Ahora sólo tenía una opción, tratar de que el largo tránsito del día hacia la noche le pareciera lo más breve posible. Lo ideal era dormir, dormir o pensar en cosas lindas y felices.

Los ruidos se apaciguaron y sólo los trenes que pasaban interrumpían el silencio que por momentos llegaba a parecerle atroz. Al principio se pegaba al borde de las escotillas para respirar aire un poco más fresco, pero en la medida que avanzó el día las escotillas se fueron calentando y tuvo que alejarse del metal lo más posible. Bajó hasta el extremo por donde entró. No lo supo porque lo veía, sino por la altura de la carga con respecto al techo. El calor ya era insoportable y el azúcar empezaba a quemarle la piel, en muchos lugares ya le ardía, sobre todo en los rasguños que se había hecho chapeando los linderos de Evelio Cabrera.

Trató de dormirse, pero no encontraba aire suficiente para hacerlo. Se quitó la camisa y la tendió como si fuera una sábana, luego se acostó encima de ella. Tirado boca arriba se quitó las botas de goma. Trató de no moverse más y cerró los ojos, aunque veía lo mismo que con ellos abiertos. Si el esposo de La Rumba iba hoy a Cruces, ella entraría por la puerta del patio unos minutos después de que él se montara en la guagua. La puerta abierta sería la señal.

De inmediato descubriría que pasaba algo, pero jamás sospecharía que él estaría dentro de la tolva. No lo creería capaz. Por un momento pensó en La Rumba cuando era joven y no tenía los dos tajazos que ahora le dividen la barriga en tres mitades, denunciando tres partos y una úlcera perforada. Pensó en aquella muchacha del cabello color azabache que lo esperaba desnuda en una finca abandonada. La Rumba desnuda y con las manos llenas de azúcar, bailando una canción de Celia Cruz.

No, él nunca le ha visto las manos llenas de azúcar a La Rumba y no recuerda ninguna canción de Celia Cruz. Se despertó por un momento. Su cuerpo empapado en sudor se había hundido en el azúcar. Acomodó otra vez la camisa y se acostó con mucho trabajo, como si lo hiciera encima de una plancha caliente. Antes de dormirse recordó a su madre decir “¡Azúcar!”. No, su madre decía “¡Santo Dios!”. La que decía “¡Azúcar!”, según su madre, era Celia Cruz. Él no logró retener el rostro de Celia Cruz y cada vez que su madre le hablaba de ella se imaginaba a La Rumba con el rostro pintado de negro.

Cuando se despertó de nuevo era de noche y la escotilla estaba abierta. En el cielo no cabía ni una estrella más y la luna era espléndidamente llena. Todo eso lo pudo ver sin ni siquiera asomar la cabeza. Llenó el jarro de azúcar y lo puso encima del techo de la tolva, se impulsó y casi sin hacer esfuerzo estuvo del otro lado. Había mucha neblina y un poco de frío. No recordaba en qué momento se había puesto la camisa y las botas, pero lo cierto era que estaba vestido de manera impecable.

Las luces del andén alumbraban más que nunca. La estación entera refulgía. Una música parecida a la de las comparsas empezó a oírse desde lejos y se fue acercado como si viniera por la línea, a la velocidad de los trenes. La Rumba corría desnuda por encima de los travesaños. Tenía todos los dientes que le faltaban y el vientre intacto. Con el rostro pintado de negro, gritaba “¡Azúcar!” y movía los hombros al ritmo de unos tambores que sonaban como el silbato de las locomotoras.

Luego voló hasta el techo de la tolva y trató de besarlo, pero una negra de verdad, cubierta de lentejuelas, la apartó de un empujón y lo tomó en sus brazos. “¡Yo soy Celia Cruz! —Gritaba sin que nada pudiera acallarla, ni siquiera las trompetas de la Banda Municipal de Palmira—. ¡Yo soy Celia Cruz!”

Se dio cuenta de que era un sueño, pero no tuvo fuerzas para despertarse.

Los del taller vinieron cuatro días después. Mientras uno le cambiaba la estopa a los rodamientos, los otros permanecieron debajo de la tolva para guarecerse del sol. Luego otro salió a ponerle grasa y el que había cambiado la estopa se agachó en el sitio donde más sombra proyectaba el vagón. El calor era realmente insoportable. Cuando la reparación estuvo concluida, el más joven de los tres revisores subió a verificar que los sellos no habían sido violados.

—Aquí arriba hay tremenda peste a animal muerto —gritó.

—Eso debe ser un perro que hay allí, donde se ven las auras tiñosas —respondió el mayor.

El próximo tren que pasó en dirección a Cienfuegos se detuvo justo frente a casa de Luis el Gordo. La locomotora sola avanzó hasta el cambiavía y retrocedió por el apartadero para acoplarse a la tolva. Luego volvió con ella y la incorporó a un convoy que ahora sumaba veinte vagones cargados de azúcar y el caboose.

Cuando el tren se marchó, desapareció el tenue olor a animal muerto que hubo en el aire. Ahora solo era perceptible el de las guayabas que se podrían en la cocina de Luis el Gordo, dentro de una palangana de esmalte blanco.





ISABELA DE SAGUA

Imitación de R. F. BURTON, con dos
líneas de REINALDO ARENAS

La estación de Isabela de Sagua tiene un cartel donde dice que el pueblo se llama Concha. En casi dos siglos nadie corrigió el equívoco. Sólo Eloy Aparicio, el antiguo Jefe de Estación, se preocupaba de advertir a los viajeros.

—¡Han llegado a Isabela de Sagua! —Le gritaba a los recién llegados—. ¡Dice Concha, pero es Isabela de Sagua!

Aparicio se jubiló al cumplir los setenta años. Tenía sacro lumbalgia y los médicos le indicaron reposo. Pero no pudo dejar de correr al andén cada vez que oía al tren pitando por las salinas. Tres veces al día el pequeño anciano cumplía rigurosamente con aquella misión que nadie le había asignado.

—¡Han llegado a Isabela de Sagua! —Gritaba con puntualidad, sin importar aguaceros o frentes fríos—. ¡Dice Concha, pero es Isabela de Sagua!

En octubre pasado un ciclón destruyó lo poco que quedaba de la Venecia de Cuba. Las ruinas de las inmensas casas de madera que aún se sostenían por los canales del pantanoso lugar,

fueron arrastradas con facilidad por los fuertes vientos. El pueblo, *que carecía de plataforma, se hundió en el mar entre un fragor de gritos de protesta, de insultos, de maldiciones, de glugluteos y de ahogados susurros.*

Aparicio fue uno de los pocos que logró sobrevivir. Se levantó en cuanto aclaró el día. Con un par de vistazos a su alrededor pudo comprobar que ya no le quedaba nada en este mundo. Pero aún así, no pudo resistir la tentación de correr cuando oyó, vago, perdido en el cielo todavía lleno de nubes, el primer pitazo.

—¡Vuelvan! ¡No han llegado a ninguna parte! —Le gritó a los pocos que llegaron—. ¡Aquí no queda ni Concha, ni Isabela de Sagua!





SIETE TANQUES DE 55 GALONES LLENOS DE AGUA

Cuando Capote compró la casa le prometieron que a muy poca profundidad encontraría agua. El lugar no les gustaba, el patio era muy pequeño y estaba ocupado casi en su totalidad por una vieja máquina de vapor que alguna vez bombeó de un pozo ahora seco. La casa era pequeña y de zinc. Estaba construida sobre las ruinas de una mucho mayor, en el medio de dos caminos que se unen al final del callejón. Del viejo caserón apenas quedan algunas señales en el suelo.

Unas lozas azules con dragones de dos cabezas, otras verdes con extraños árboles y el esqueleto de un fogón de leña. Las bifurcaciones del callejón que se perdían cañaveral adentro era la señal más clara de que en tiempo de zafra no tendrían paz. Decenas de carretas de caña pasarían continuamente por allí desde mucho antes del amanecer. La casa, además, tenía las ventanas demasiado estrechas y la posición del portal era la peor.

En la mañana el sol le entraba por un costado y en la tarde por el otro, de manera que sólo en la noche se podía estar en él.

Pero la posibilidad de poder hacer un pozo era suficiente. Desde que se casó con Lucinda la única ilusión que tuvieron fue tener un lugar con agua propia. Capote no perdió tiempo. En cuanto tuvo dinero suficiente como para pagar la excavación, se fue en el primer tren que pasó. Alguien en la tienda de Chena le había dado el nombre de un individuo de Ciego Montero que descubría manantiales. Virgilio, lo único que sabía acerca de él era que se llamaba Virgilio.

Al cabo de una semana el pocero llegó por donde no lo esperaban. Venía montado en una bicicleta Niágara que tenía en el lugar de la parrilla una pesada caja de herramientas.

—¿Y de dónde usted viene? —Le preguntó Capote.

—De Ciego Montero —dijo secándose la frente con la manga de la camisa.

—¿Por ahí?

—Todos esos caminos se cruzan por allá adentro.

—¡Lucinda —gritó Capote hacia el interior de la casa—, llegó el hombre que estábamos esperando!

Aquel jueves Lucinda tenía puesto un vestido que se había hecho ella misma, con dos pedazos de corduroy rojo y poco menos de medio metro de una tela de nailon llena de leones marinos. Antes de saludar al recién llegado se secó las manos en los vuelos del vestido. El hombre encendió un cigarro y ella no pudo evitar un gesto con los labios. Hacía dos días que no fumaba, la cuota de cigarros aún no había llegado a la tienda y ya ni los que vendían a menudeo tenían. Virgilio entendió los deseos de Lucinda y le ofreció el cigarro que ya había encendido, mientras sacaba otro de la cajetilla con cierto arte, empujándolo desde el fondo con el dedo índice.

—Este lugar no tiene cara de tener agua.

—Allí hubo, mire la máquina de vapor que la sacaba.

—Pero se secó, en la medida en que fueron haciendo pozos más abajo. Ese aparato tragaba demasiado, con esa potencia no hay manantial que se resista.

—Pero hará sus pruebas, ¿no?

—Claro, hombre.

—¿Cuánto nos va a cobrar si no encuentra nada?

—Lo que ustedes me den, algo que compense dos horas dando pedales.

Capote también tenía una bicicleta Niágara. Mucho menos cuidada, pero perfectamente engrasada y con dos colas de caballo en ambos extremos del manubrio.

—Voy al bar a buscar un poco de ron.

—Cuando vuelva ya sabremos si hay agua o no.

Capote salió pedaleando duro y en muy poco tiempo se perdió de vista. Virgilio se sentó en un taburete y encendió otro cigarro. Esta vez fue Lucinda quien extendió la mano, sin que Virgilio le ofreciera nada. Pero él no le cedió el cigarro sino que le dio un tirón, forzándola a sentarse en sus piernas.

—¿Y cómo es que este hombre tiene una mujer así en una casa sin agua?

—Porque le prometieron que había —dijo ella sin oponer resistencia.

—¿Cuánto se tarda en buscar el ron?

—Poco más de media hora.

—Nos sobra tiempo.

Cuando Capote volvió ya Lucinda se había lavado con el agua que quedaba en el fondo de la palangana.

—¿Por fin qué?

—Nada, viejo, nada de nada.

—No puede ser.

—A usted lo engañaron. Probé con la brújula, con la escuadra y con el compás, pero por todo esto no hay ni señales de agua. Esa tierra está seca por ahí para abajo hasta China. De ahí sale petróleo antes que agua.

—¿Y qué hacemos entonces?

—Él te tiene una propuesta para un negocio.

—¿Cómo que un negocio?

—Se trata de Matilda, de la vaca Matilda.

Al amanecer, Virgilio salió en dirección a Ciego Montero y Capote hacia el cuartel de la policía. Las dos bicicletas se separaron al mismo tiempo y por primera vez Lucinda miraba para otra parte cuando la silueta de Capote se perdió de vista. Vir-

gilio pedaleaba con mucho esfuerzo y era obvio que la caja de herramientas ahora pesaba mucho más, porque perdía el equilibrio constantemente. Cuando Lucinda dijo adiós por última vez, ya ninguno de los dos se veía. Soltó una gran bocanada de humo y se persignó. En cuanto entró a la casa se quitó el vestido rojo de los leones marinos. Salió desnuda para el patio y lo lavó dentro de una lata de aceite carbón. Cuando levantó los brazos para tender el vestido al sol, quedó al descubierto una pequeña mordida debajo del seno izquierdo.

A lo lejos asomó un tractor con una carreta. La persigue una inmensa nube de polvo amarillo. Capote estaba en el portal afilando un cuchillo y entró rápido para guardarlo debajo de la colchoneta. El chofer del tractor estaba vestido de verde olivo y llevaba una pistola en el cinto. En la carreta venían siete tanques de 55 galones vacíos.

—¿Qué pasa, Capote?

—¿Qué pasa, Carballosa?

—Mañana vengo a llenarlos —dijo el de verde olivo.

—Yo se los pago el día treinta.

—No hay apuro con eso. Lo importante ahora es que los pinte rápido. Esos tanques con esos letreros sólo los hay en los centrales y el hombre que me los trajo no quiere complicaciones.

—Descuida, yo por ahí tengo una pinturita de óxido rojo.

—Ah, otra cosa —dijo el de verde olivo con tono circunspecto—. Mañana hace falta que pase por el cuartel para que me firme otros papeles por lo de la res que te robaron.

—La falta que me está haciendo esa vaquita.

—Yo no me imagino como alguien es capaz de matar una vaca a expensas de podrirse en la cárcel.

—Y... ¿no tienen pistas todavía?

—Imagínate, Capote, con los robos en la pollera y en los trenes de azúcar no damos abasto.

—Bueno.

—Oye, si te hace falta un litro de leche yo sé quien vende... Ahora, eso sí, no se lo puedes comentar a nadie. Tú sabes

que la cosa está cada vez peor. Ayer registramos un tren en la estación y le encontramos una cantina de diez litros a un hombre de Ranchuelo.

—¿Y qué le pasó?

—Imagínate, Capote, se lo llevaron esposado para Cruces.

—¿A cómo está el litro de leche?

—Por ser a ti, a seis pesos. No tendrías que moverte de la casa.

Yo te lo traería con el agua.

—Pero eso no puede ser un día sí y un día no. Es mucho para mí.

—Yo se lo traigo y usted me paga cuando pueda.

—Bueno, si es así...

Al otro día el mismo tractor asomó otra vez a lo lejos, después de una pequeña columna de humo negro y antes de una gran nube de polvo amarillo. Carballosa venía otra vez vestido de verde olivo con la pistola al cinto. Esta vez traía otra carreta, encima de la cual, atada con gruesos cables, venía una pipa de agua. Los siete tanques de 55 galones estaban pintados de rojo opaco alineados en el portal, tratando de que obstruyan lo menos posible. Carballosa hizo una rápida maniobra para que la carreta quedara lo más cerca posible de los tanques.

—¿Qué pasa, Carballosa?

—¿Qué pasa, Lucinda?

—Nada, viendo la vida pasar.

—¿Y tú marido?

—Fue al registro pecuario a darle de baja a la vaca que le robaron.

—Ah, por cierto, aquí les traje el litro de leche. Cuando la hiervas te vas acordar de mí, es pura de verdad. Ese amigo mío no le echa agua jamás, él dice que no le gusta engañar a los infelices.

—¿Cuánto es por todo?

—Los tanques de agua son a dos pesos cada uno. Tú sabes, el combustible casi no me alcanza y yo tengo que desviarme muchísimo para traerles el agua hasta acá. La leche quedamos en que era a seis pesos.

—Entonces te estamos debiendo veinte pesos.

—Me los pagan cuando puedan...

- ¿Tienes un cigarro que me regales?
—Claro, mujer.
—Pues bájate del tractor y nos los fumamos juntos.
—¿Tienes café?
—Por ahí hay una borrita que se puede calentar.

Lucinda se estaba lavando en la palangana cuando llegó Virgilio. En el lugar de la parrilla de la bicicleta traía una nueva caja de herramientas el doble de grande que la anterior. Tenía puesto un overol anaranjado con un letrero en la espalda. Decía “KTPI”, que es el nombre de las máquinas combinadas que se usan para cortar caña.

—Eh, ¿tú no venías mañana? —dijo Lucinda extrañada, secándose con un paño entre las piernas.

—Adelanté el viaje porque tenemos más clientes. Un hombre de Palmira quiere una completa.

—¿Una vaca entera?

—Shhh... mira que aquí hasta las cañas tienen oídos.

—¿Y de dónde la van a sacar?

—Como cuatro kilómetros para allá atrás siempre hay una amarrada con un ternero.

—Tú estás loco, esa vaca es de los Santillana. Esa gente es como si fueran familia de Capote.

—Yo no he visto por aquí a ninguno de esos Santillana ayudándolos. El negocio es negocio.

—¿Y esa ropa?

—Se la pedí prestada a un primo mío. A nadie le va a extrañar ver a un operario de combinada a campo traviesa.

—¿Quieres que te caliente un poco de borra?

—¿Cuánto se tarda?

—Falta bastante para que vuelva.

—Nos sobra tiempo.

—Oye, ten cuidado que la otra vez por poco se da cuenta de la mordida.

Lucinda entró en la casa, pero antes hizo el mismo gesto con la boca que a Virgilio le inspiró la confianza para tomarla del brazo.

Hoy está más fea que la otra vez, pero aún se puede ver, detrás de ese desaliño y de los dientes cariados, a la muchacha que fue maestra rural en las montañas del Escambray y que estuvo a punto de irse a estudiar pedagogía a la República Democrática Alemana.

Eso fue en 1978, ella lo tiene muy claro porque fue el año de Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. Estaba decidida a irse y dejar el Paradero de Camarones para siempre. Vivía enamorada de Carlos, el profesor de física, y todos los días antes de dormirse se imaginaba las calles de Berlín. Pero cuando oyó hablar al maestro de alemán en la escuela preparatoria de La Habana pidió permiso para ir al baño y se fue para la estación de trenes. Jamás se aprendería siquiera una palabra en ese idioma y lo único que conseguiría con todo aquello era hacer el ridículo. En el viaje de regreso conoció a Capote, pero no se casaron hasta diez años más tarde, cuando él le prometió que no le importaban todas las cosas que en el pueblo se decían de ella.

Lo encontró acostado en la cama, con el pantalón sin abotonar; pero Lucinda resolvió la situación de inmediato, sin parecer nerviosa o perturbada.

—Yo le dije que se tirara un rato, por poco coge un tabardillo con el sol del camino... llegó pálido y con mucho dolor de cabeza.

—Ah, cará.

—¿Qué resolviste?

—Bueno, ya el expediente de la vaca está cerrado. Dice el policía de Cruces que por estos días en Potrerillo se robaron doce, que ya ellos no saben qué hacer.

—Eso es lo bueno —dijo Virgilio poniéndose de pie—, que los mantengan entretenidos por otra parte.

—¿Para qué?

—Virgilio te vino a proponer otra operación.

—Bueno, antes coge tu dinero, cuéntalo, son 2,200 pesos.

—¿Entonces se vendió bien?

—Como pan caliente. La vendí toda en Arriete. Allí había gente que ya no se acordaba del sabor de un bistec de palomilla.

Capote trató de disimular su júbilo, pero hizo demasiado

evidente que era la primera vez en su vida que tenía 2,200 pesos entre las manos. Lucinda tuvo al menos unos años de felicidad en su vida, aquellos en que se fue a estudiar a Cienfuegos y a dar clases al Escambray. Pero él ha salido muy pocas veces del pueblo y la única vez que viajó a La Habana fue para operarse de la vesícula en el Hospital Calixto García. En el viaje de regreso la conoció, pero aquel día ella hasta se burló de él.

Entonces era una muchacha demasiado hermosa para un machetero con las manos llenas de molestos callos y la espalda doblada por el peso de diez zafras completas. Capote se llama Mario, pero ella jamás ha pronunciado su nombre. Le dice Capote desde el día en que se conocieron. “Quién me iba a decir que terminaría mis días con aquel hombre que no sabía abrir la puerta del baño en el tren”, dice Lucinda todas las noches, antes de quedarse dormida.

—Tengo un hombre en Palmira que me compra un animal completo.

—¿Y de dónde lo sacamos?

—Tiene que ser ya. Él lo quiere para llevárselo para La Habana.

—Eso es muy peligroso.

—Ese es su problema. Después que yo le deje el paquete en su casa, si te he visto no me acuerdo.

—¿Y de dónde lo sacamos?

—Como cuatro kilómetros para allá atrás siempre hay una amarrada con un ternero.

—¡Tú estás loco, esa vaca es de los Santillana! ¡Esa gente es como si fueran de mi familia!

—De todas formas esa vaca se va conmigo mañana por la madrugada. Tú decides si quieres parte de la ganancia.

Capote bajó la cabeza y se pasó la mano por la frente, luego buscó con los ojos a Lucinda, pero ella esquivo su mirada y le hizo una señal a Virgilio para que le diera un cigarro. Virgilio lo encendió antes de dárselo, luego, empujando el fondo de la cajetilla con el dedo índice, sacó otro que se puso directamente en los labios. El humo de los dos cigarros se juntó encima de Capote, que aún permanecía cabizbajo, mirándose la punta rota de los zapatos.

Un círculo de auras tiñosas se ve a lo lejos, cuando algunas de ellas bajan, otras suben, de manera que nunca se deshace la casi perfecta formación. El ruido de un tractor comienza a oírse y Lucinda, después de secarse las manos con el vestido rojo de los leones marinos, empezó a comerse las uñas con nerviosismo. Miró hacia el círculo de auras tiñosas y luego hacia el punto donde en ese preciso momento aparecía el tractor de Carballosa. Venía a una velocidad mucho mayor que la de costumbre y no arrastraba a ninguna de las carretas. Lucinda se arregló el pelo con la punta de los dedos y trató en vano de borrar una mancha de grasa en el sitio del vestido donde ella siempre se seca las manos.

—¿Qué pasa, Carballosa?

—¿Qué pasa, Lucinda?

—¿A dónde vas con ese apuro?

—¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Le mataron la vaca a los Santillana.

—Pobre gente.

—Mira a las auras como están, seguro que por allí tiraron el mondongo y la cabeza.

—Pobre gente.

—¿Dónde está Capote?

—Limpiando el arroz que tiene sembrado.

—Si viene dile que vaya a verme. Me han hablado de un hombre con un overol de operador de combinadas que ayer estuvo dando vueltas por allá atrás.

—¿Ajá?

—Ajá.

—Yo le digo.

—Les traje la leche, pero con estos problemas no me dio ni tiempo a enganchar la pipa de agua.

—No te preocupes, aún nos queda agua en dos tanques.

—Sube a buscar el litro —dijo Carballosa dándose unas palmadas en las piernas.

—Baja tú y así te caliento un poco de borra.

Capote entró a la casa por la puerta de la calle, algo que él jamás hacía, ni siquiera cuando venía del pueblo. Siempre daba la vuelta y se limpiaba el fango de las botas en un viejo machete clavado entre dos estacas. Pero esta vez ni siquiera tuvo el cuidado de sacudirse el lodo. Una vez que estuvo adentro cerró la puerta de un tirón. Luego la abrió y miró en todas direcciones con sigilo. Con mucho cuidado desató el cuchillo que llevaba amarrado en la pierna, por dentro de la pata del pantalón. Con las manos sacó agua de uno de los tanques que había en el portal y lo lavó muy bien, pasando con mucho cuidado el pulgar y el índice por el filo. Procuró que no quedara ni el más mínimo rastro de sangre. Lo secó con la parte de adentro de su camisa y a trancos llegó hasta su cuarto. Levantó la colchoneta y tiró el cuchillo. Luego la levantó de nuevo, sacó el chuchillo, lo envolvió en papel cartucho y lo volvió a guardar.

—Ah, ya llegaste —dijo Lucinda a su espalda.

—¡Coño, que susto! —Gritó Capote más pálido aún— ¿Dónde tú estabas?

—Recogiendo los huevos de la gallina gira y de la jamaiquina.

—No pudimos enterrar el mondongo, no nos dio tiempo.

—Carballosa te estuvo buscando.

—¿A mí?

—Quería que lo acompañaras a lugar donde se veían las auras dando vueltas.

—¿Y ya se dieron cuenta?

—Al parecer muy temprano.

—Es que nos complicamos, alguien nos vio de lejos... Seguí por allá atrás hasta Balboa y me dejé ver de algunos conocidos por si acaso.

—Las auras tienen más hambre que uno, se le tiraron al mondongo enseguida.

—¿Hoy tocaba traer agua?

—Sí, pero él me dijo que no pudo traerla. Anda con el tractor solo.

—Hazme un poco de café.

—No, te voy a preparar un cocimiento de tilo. Te estás muriendo de miedo.

—Lucinda, Lucinda —llamó alguien con voz muy baja, irreconocible, desde un monte de aromas que hay justo en frente de la casa.

Lucinda y Capote se asomaron a toda prisa al portal. Ahora los dos estaban pálidos y por un breve instante se tomaron de las manos, algo que no hacían desde hace muchísimo tiempo.

—Aquí, estoy aquí abajo —dijo la voz sin que ellos pudiera descubrir de dónde salía—. ¿Están solos?

Lucinda aún no había logrado saber de quién era aquella voz ni de dónde salía, pero asintió con la cabeza para responder la pregunta. Del monte de aromas salió Virgilio. El overol anaranjado estaba roto por las dos rodillas y por la espalda. Lucía muy cansado y a pesar de la insolación que había sufrido era demasiado obvio que también estaba pálido.

—¿Qué te pasó?

Virgilio atravesó el camino corriendo, pero doblado, como ha visto que hacen en los combates los soldados de las películas de guerra.

—¿Qué te pasó?

—A la entrada de Palmira hay un operativo de la policía, por poco me cogen.

—¿Y la carne?

—La tengo ahí, en la bicicleta.

—El policía de aquí está para allá atrás, buscando el lugar donde la matamos.

—Las auras están como locas desde que amaneció.

—Es que no nos dio tiempo a enterrar nada.

—¿Y la carne?

—Hay que esconderla hasta que el tipo pase de regreso.

—¿Y dónde?

—No sé... la máquina de vapor esa que hay allá atrás puede ser un buen lugar. Tiene que tener una buena sombra para que no se nos eche a perder.

—¡Tú estás loco! ¡Allí es donde primero van a buscar si hacen un registro?

—Entonces vamos a meterla ahí.

—¿Dónde?

—Ahí, ahí mismo.

El tractor, la nube de polvo amarilla y el hilo de humo negro eran la misma cosa. Todos iban en la misma dirección, pero el tractor se detuvo de pronto y dio un giro en u, abandonando a sus acompañantes. Lucinda estaba parada en el portal con su vestido rojo y un cigarro entre los dedos. Parecía muy serena. Desde aquí afuera se pueden ver los pies de un hombre que duerme en la habitación sin puertas que hay al lado de la sala.

—¿Dónde está Capote?

—Ahí, tirado en la cama.

—Dile que se levante.

—¿Qué pasa?

—Dile que se levante.

—No te vi pasar de regreso para el pueblo.

—Salí por el callejón de La Flora.

—¿Qué hay de nuevo en lo de la res muerta?

—Dile que se levante.

—¡Capote!

—¿Qué pasa?

—¡Carballosa te quiere ver!

—Voy en seguida, ve calentando un poco de borra de café.

—No, no te muevas de aquí. Quiero hablar con los dos.

Capote se asomó por la puerta que era casi de su misma altura. Está muy pálido, aún si fuera inocente su enorme nerviosismo lo pondría en duda. Tiene las dos manos hundidas en los bolsillos del pantalón y la camisa mal abotonada. Al haberse saltado un botón le da un aspecto ridículo, bufonesco. Carballosa fue a decir la frase que había preparado durante todo el trayecto, pero perdió el impulso y acabó demorando más el silencio. Por un momento recordó cuando era niño y jugaba pelota con Capote.

De adultos se distanciaron muchísimo y acabó teniéndole lástima. Pero cuando eran niños jugaron muchísimo juntos, lo mismo a las guerrillas —escondidos por los túneles que hay debajo del andén de la estación de ferrocarril— que a la pelota. Cada vez que

él se quedaba con la corona del bate y lograba sujetarlo después de la patada, pedía a Capote de primero para su equipo. Bateaba, corría y cogía muchísimo. Siempre lo ponía a jugar en tercera base y muy pocas pelotas pasaban de roletazo para el left field.

A los dos los reclutaron para ir a combatir a Angola. Estuvieron dos semanas movilizados en la base de submarinos de Cienfuegos, pero Capote no pasó el chequeo médico y tuvo que abandonar el grupo. Con él le mando una carta a Dalia. Luego, en una carta que Dalia le mandó a él a la guarnición de Cabinda, le contó que Capote se había juntado con Lucinda. En la respuesta de él no le comentó a Dalia el asunto y nunca más se habló de ellos en sus cartas.

Cuando volvió al pueblo, Capote y Lucinda asistieron tomados de manos a la fiesta de recibimiento. Para ese entonces ya Capote tenía cara de infeliz y Lucinda no era ni la sombra de la hermosa muchacha que había sido. Ya tarde en la noche él estaba orinando en la cerca del fondo de la cervecera y se le acercó Lucinda para pedirle un cigarro. Él le advirtió que sólo tenía unos angolanos y ella le dijo que “mejor así, para probar lo que fuman esos negros”. Pero probó su boca, o mejor dicho, el humo que había dentro de su boca.

—Esta mañana te vieron con un hombre con un overol de KTP1.

—¿A mí? —Capote temblaba, a duras penas podía mantenerse en pie.

—Mira Capote, nosotros nos criamos juntos y yo sé que tú eres un infeliz incapaz de hacerle daño a nadie... Pero te vieron con ese tipo que ha estado rondando por aquí en una bicicleta. Pepe Santillana dice que si fuiste tú el que le aguantó la pata a la vaca te va a matar.

Capote fue a decir algo, pero empezó a llorar y cayó de rodillas. Lucinda dijo una palabrota o una frase sin sentido, pero que se oyó como si fuera una mala palabra.

—¿Dónde está la carne?

—A mí no me preguntes —dijo Lucinda en el mismo tono que la frase anterior.

Carballosa atravesó la casa y fue directo a la vieja máquina

de vapor. Abrió la puertecita de la caldera y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad que había en su interior. Registró toda la cavidad con una vara que había en la tendedera de alambre de púas, pero el sonido siempre fue el mismo y la caña brava no chocó con otra cosa que no fueran los hierros vencidos por el desuso. Luego se subió en la parte de arriba de la máquina auxiliándose en una mata de ciruelas.

Cuando comprobó que no había nada, alcanzó una ciruela bien madura y la mordió por un extremo. Cuando la fue a morder por segunda vez descubrió que estaba picada por los gusanos y la tiró. Se lanzó de lo alto y caminó hasta la cerca del fondo. A toda prisa regresó al portal. Capote aún lloraba y Lucinda se mordía las uñas. El sol entraba en pleno por uno de los costados del portal. El vestido rojo de Lucinda se reflejaba en el agua del tanque donde ella estaba recostada. Un león marino aparecía y desaparecía en las distorsiones de las hondas.

—¿Dónde está la carne?

—¡Qué sé yo, coño!— Dijo Lucinda y entró para la casa.

El reflejo del vestido, en cambio, pareció quedarse inamovible en la superficie del taque de agua. Sólo el león marino se perdió de vista. El suceso llamó la atención de Carballosa, quien se acercó muy despacio al recipiente. En el fondo, apareciendo y desapareciendo gracias a las sombras de la tarde, se podía ver algo parecido a un nylon transparente. De un pequeñísimo agujero brotaba rápido un cono de líquido púrpura.

Capote reconoció sin condiciones su culpabilidad y negó en todo momento que tuviera un cómplice. Esa actitud hizo que todos se olvidaran de que había llorado de rodillas y recuperó de un golpe, ante muchos, el respeto y la consideración que había perdido al representar a Lucinda en las fiestas de la cervecera. En el acta policial consta que “la carne producto del hurto” se la comieron las auras y que en el registro de la casa sólo se ocupó “un cuchillo de matarife con rastros de sangre vacuna, siete tanques de 55 galones llenos de agua y 2,500 pesos”.

Antes de firmar, Capote trató de precisar que en ese momento sólo dos tanques estaban llenos de agua. Pero la mecanógrafa se negó a tener que pasar en limpio otra vez cuatro cuartillas por un dato sin relevancia para el caso. “Ya no me quedan hojas limpias y este papel carbón no da más”, fue su excusa final, la que convenció a los testigos de las organizaciones de masas. Por la estrecha escotilla que tenía en el techo el camión en que se lo llevaron para la prisión de Ariza, Capote sólo pudo ver el cielo sin nubes de agosto y un círculo de auras tiñosas que aparecía y desaparecía de improviso.

La casa ahora está vacía. Una mañana Virgilio se apareció con un uniforme amarillo de inspector de transporte. Hizo lo mismo que la última vez, se escondió en el monte de aromas y desde allí llamó a Lucinda con una voz irreconocible. No fumaron ni se tomaron la borra de café que quedaba en el jarro de aluminio. Él esperó recostado en la vieja máquina de vapor. Ella cerró las ventanas por dentro y soltó un cerdito de poco más de 40 días de nacido que tenía atado al tronco de la mata de ciruelas. La bicicleta no tenía puesta la caja de herramientas y Lucinda se fue sentada en la parrilla, de lado, con los pies colgando hacia los guisazos del camino. Los siete tanques de 55 galones estuvieron en el portal hasta que Carballosa vino a buscarlos con una carreta. Ahora el sol ha vuelto a dominar todas las extensiones del portal, pero sin poder reflejarse en ninguna parte.





PICO Y PALA

—Pico y pala. A mí la vida se me ha ido dando pico y pala.

El reparador de línea se levanta a las cuatro de la mañana, cuele un poco de café molido con chícharos, se pone un sombrero que tiene la mitad del ala desprendida y le da de comer a sus cerdos. Antes de salir de su casa escribe algo en un papel de cartucho y lo dobla varias veces hasta dejarlo del tamaño de una moneda.

En un apartadero de la estación le espera el viejo motor de vía con una plancha llena de herramientas. Una brigada de nueve hombres y un capataz sale a la línea principal por lo oscuro. Abriéndose paso entre la humedad del rocío y los insectos que acuden a la luz del pequeño vehículo, abandonan el pueblo. El ruido del carcomido Fairbanks-Morse se extingue entre cañaverales y lagunas sembradas de arroz.

En el kilómetro 25,3 de la línea Cienfuegos-Santa Clara hacen un claro con sus machetes y entre todos, contando hasta tres para hacer la fuerza al mismo tiempo, sacan al motor y la plancha de la vía. Unos se dedican a reponer los clavos que su-

jetan a los raíles. Otros cubren con travesaños de hormigón los espacios que han amanecido en blanco —la gente se roba las traviesas de pino siberiano para hacer leña o muebles en el caso de que aún no estén podridas.

El del sombrero con la mitad del ala desprendida se aleja con un pico. A unos cien metros de distancia empieza a sacar raíces entre las piedras. Muchas veces el acero, al caer de golpe, saca chispas o nubes de polvo. Se oye el súbito pitazo de un tren y todos abandonan sus labores de inmediato. De espaldas contra las espinas del aromal, los hombres no pueden quitarle la vista de encima a las tolvas de azúcar que pasan a toda velocidad.

Cuando le dicen adiós al individuo que va sentado en la plataforma del caboose, reinician sus labores. El capataz escupe a una mariposa que sobrevolaba unos romerillos y avanza despacio hasta el que saca raíces con el pico. Le brinda un cigarro. Las dos bocanadas de humo se juntaron encima de sus cabezas.

—Ayer estuvieron por ahí averiguando.

—¿Quiénes?

—Dicen que están preocupados.

—¿De qué?

—No dijeron.

—Ah, ya.

—Andan detrás de un reparador de línea.

—¿Qué les hizo?

—No dijeron.

—¿Y a qué viene el interés?

—Dicen que escribe.

—¿Qué escribe?

—Sí.

—¿Y qué escribe?

—Noticias.

—¿Noticias?

—Cosas que luego se oyen por la emisora de Miami.

—Ah, ya.

—¿Tú sabes algo de eso?

Se oye el pitazo de otro tren. Pasa a mucha más velocidad que

el anterior. Uno junto al otro, el capataz y el reparador de línea ponen sus espaldas contra las espigas del aromal. El hombre que tiene el sombrero con la mitad del ala desprendida dice algo, pero es imposible que se pueda entender ni una palabra. El tren es de viajeros y por fracciones de segundos, bajo la influencia de algo muy parecido al vértigo, coinciden las miradas de los que van del otro lado de las ventanillas con la de los que están abajo. Cuando pasa el último vagón, el del pico alza su herramienta para dejarla caer sobre una gruesa raíz de aroma.

—¿Qué tú decías?

—¿Cuándo?

—Ahora, mientras el tren estaba pasando.

—Que pico y pala. Que a mí la vida se me ha ido dando pico y pala.





TRAC TRAC, TRAC TRAC

En el kilómetro 10.7, el Ramal Cumanayagua se cruzaba con una línea de vía estrecha del Central Hormiguero. Un complejo sistema de señales, veletas y descarriladores impedía que los trenes que iban por una vía pudieran chocar con los que circulaban por la otra. En el cruce siempre hubo una caseta de madera montada sobre altos pilotes. Desde allá arriba, mediante ocho palancas y un teléfono de manijas, se dirigían las maniobras en el patio de la estación de San Fernando.

Allí vivió mi familia desde 1955 hasta 1961. Durante toda mi infancia tuve que oír las historias de los tiempos en que estuvieron en ese pueblo. En la nostalgia de los Yero aquel lugar apartado tenía un gran peso. Por más frío que hiciera, alguien recordaba que en San Fernando siempre hizo más. Los veranos, en cambio, nunca lograron levantar tanto polvo como allá.

No sé cuántas veces oí a Atlántida hacer el cuento de la sábana que ofreció para que cubrieran el cadáver del telegrafista que murió partido por un rayo. Casi siempre, en esa misma

conversación, incluía la tarde en que los rebeldes por poco quemaron el almacén y la estación.

Solo tenían algunas vacas, gallinas, pavos y una perra que se llamaba Motica. El andén deshabitado y dos sillones en la terraza que daba hacia un cañaveral. El olor de las cosas que cocinaba Atlántida. Un río más o menos caudaloso (según la idea que se tiene en Cuba de lo que es un río caudaloso) y las visitas esporádicas de la tía Nellina, que llegaba de La Habana con un neceser y unos espejuelos oscuros.

Aquellos recuerdos se pueden ver, oír y hasta oler, pero todos tienen un único sonido: el de los trenes cuando pasaban por el cruzamiento. Aquel trac trac, trac trac, es lo que todavía se oye cada vez que Lérica dice: “Recuerdo que cuando vivíamos en San Fernando...”





IRLANDA ESTÁ DESPUÉS DEL PUENTE

Many times man lives and dies
Between his two eternities,
That of race and that of soul,
And ancient Ireland knew it all.

WILLIAM BUTLER YEATS

Gas car

—¿Y cuándo llegamos a Irlanda?

—Falta poco. Irlanda está después del puente.

El viejo gas car avanza a muy poca velocidad y dando bandazos, pero sin perder el rumbo, como si se supiera las curvas de memoria. Hace más de diez años que ninguna cuadrilla chapea la línea. El Negro Lois fue el último que revisó las cabeceras del puente y despejó los cruceros para que hubiera un poco más de visibilidad. Cocimiento, el maquinista, dice estar convencido de que hay tramos donde ya faltan los raíles. Pero el 837 avanza sobre el mar de vegetación sin que las zarzas, las hierbas de Guinea y los troncos de aroma puedan desviarlo de su destino.

—Si lord Ashfield ve esto se vuelve a morir —dice Cocimiento al rebasar un hierbazal impenetrable.

El cansado motor Perkins del 837 hizo un último esfuerzo por llegar hasta el fin de una cuesta que la manigua hace más alta de lo que es en realidad. Por momentos la velocidad disminuye tanto

que da la impresión de que nada se mueve. Los gajos más altos de las aromas alcanzan a darle al indicador de cola, un viejo farol sin cristales ni mecha que cuelga de lo último del gas car. La sucesión de campos de caña que antiguamente se podía apreciar desde aquí, ha sido cubierta por una maraña de bejucos y frondas. Un círculo de auras tiñosas avanza a la par del 837.

—Mira, ese es el río.

—Pero no es tan grande como tú decías.

—Lo fue. Era un río grandísimo. Se convirtió en un arroyo después que hicieron la presa.

El puente sobre el río Arimao no tiene barandas, pero casi alcanza los cien metros. Este es el único tramo del ramal donde aún se pueden ver los carriles. Faltan algunos travesaños y el color gris de la estructura de acero ha cedido ante el púrpura del óxido. Según el Negro Lois, el puente va a resistir hasta el final y se caerá justo el día en que el motor del 837 no arranque más.

—¡Señores pasajeros —voceó Cocimiento haciendo un altavoz con las manos—, hemos llegado a Cantabria!

En el 837 sólo venían siete pasajeros. Tres de ellos se bajaron en la estación de Cantabria. El enorme caserón de madera fue primero un almacén de café, luego un barracón y hacia 1919, cuando se trazó el ramal Pons, lo adaptaron a estación. Pero se nota que no se construyó con ese propósito. Las estaciones hechas por los ingleses son tres o cuatro modelos que se repiten de pueblo en pueblo por toda la isla, con ligeras variaciones, pero manteniendo unas fachadas uniformes, inalterables.

Cantabria, como todas, estaba pintada de azul, gris y amarillo; aunque los años de abandono la han ido dejando en el ocre sin regreso de un pino tea que ha opuesto resistencia a todos los vendavales que han pasado por aquí. En el extremo derecho, quedan los pilotes de lo que fue el muelle para descargar mercancías. Las hierbas que han crecido dentro de los gruesos troncos, se mueven como el agua, como si el andén estuviera a la orilla del mar y no rodeado de cañaverales por todas partes.

—Bueno señores —dijo Cocimiento y dio dos pitazos—, este viaje se está acabando.

Uno de los pasajeros que se bajó le hizo el favor al maquinista de mover el cambiavía. A muy poca velocidad el 837 avanzó hasta un viradero. Entre todos los hombres empujaron al gas car para que diera media vuelta y quedara de frente a la estación. Avanzó otra vez y el mismo individuo restableció las agujas de la línea; luego, cerró con candado la palanca del cambiavía. Después de tres pitazos, aquel vagón Brill construido en Chicago en el último día del siglo XIX y que durante diez años recorrió varios itinerarios de Mississippi, retrocedió hasta una nave de zinc donde siempre rinde viaje.

—Bienvenida a Irlanda.

—Nunca me lo imaginé así

—¿Cómo te suponías que era?

—No sé, pero no me lo imaginaba así.

—Eso pasa algunas veces.

—Sí, eso pasa algunas veces.

—Parece que va a llover.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una costumbre, en Irlanda llueve todos los días.

—Tengo hambre.

—Yo tengo sueño.

—Entonces vamos a dormir.

—No, no...

—Sí, sí...

Cocimiento estaba esperando por ellos para cerrar con candado la puerta de la nave. Se bajaron por la puerta del expreso, que es la única que no tiene estribo. Él se lanzó primero y luego la cargó a ella entre sus brazos. Cuando salieron ya estaba lloviznando.

—En este lugar no hay día en que no llueva —dijo Cocimiento.

Ella miró al cielo nublado, pero lo único que encontró fue una torre muy alta con un cartel a punto de borrarse: Central Irlanda Unida.

—¿Qué día es hoy?

—No sé.

—Pregúntale al maquinista del tren.

—Él tampoco va a saber. Aquí ya nadie lleva esas cuentas.

—Tengo hambre.

—Entonces... ¿comemos algo?

—No, vamos a dormir.

Layla

—¿Quién te puso ese nombre?

—Mi padre.

—¿Y de dónde lo sacó, de una película americana?

—Más o menos. Así se llama una canción que a él le gustaba mucho.

—¿Y él se murió?

—No, se fue cuando yo tenía meses de nacida.

—¿Abandonó a tu mamá?

—No, al país. Se fue en una balsa.

—¿Y qué edad tiene él ahora?

—La edad tuya más o menos.

—Ah, entonces no es tan viejo...

—¿Cuántos años tú tienes?

—¿Quién, yo?

—Creo que mi papá nació en 1944. ¿Y tú?

—Yo...

—No escondas la barriga y dime.

—Bueno... dos años después, en el 46.

—Según mi abuela mi papá siempre fue medio loco.

—En mi generación los locos se daban como la mala hierba.

Se acaban de conocer. Ella está apuntada en la lista de espera de La Habana y él tiene un número para Cruces, otro para Lajas y uno para San Fernando de Camarones por si las otras guaguas fallan. Él se llama Alejandro y ella tiene el mismo nombre de una canción de Eric Clapton.

—¿Nunca más has sabido de él?

—Una sola vez. Escribió diciendo que quería reclamarme.

—¿Y qué pasó?

—Oye... ¿tú eres policía?

—No... no... yo... trabajo en un central.

Hace más de dos horas que estaban sentados con un asiento

de por medio. La banqueta de Layla tenía el espaldar roto y cuando la que estaba entre ellos se desocupó, ella aprovechó para cambiarse. Durante un largo tiempo permanecieron en silencio, sin mirarse. En el lugar hay muy poca ventilación y la luz es escasa. Un enano pasó barriendo las colillas de cigarro y luego volvió pasándole Luz Brillante al piso. El enano le dijo a Layla que levantara los pies, luego hizo lo mismo con Alejandro. Una señora, comiéndose un pan con minuta, se sentó en la butaca del espaldar roto. La primera pregunta, aunque parezca extraño, la hizo ella:

—¿Usted va para La Habana?

—No, para Irlanda.

—Oiga, estoy hablando en serio.

—Y yo también.

—Entonces, ¿para dónde va?

—Ya te dije que para Irlanda.

—Sí, está bien, y yo voy para Australia.

—Bueno, si los dos estamos hablando de lo mismo, entonces puede ser.

—¿Qué me quiere decir con eso?

—Que si estás hablando del central Australia y yo del central Irlanda, ninguno de los dos está mintiendo.

—Ah, entiendo.

—Y tú, ¿vas para La Habana?

—Sí. Voy a ver si encuentro trabajo por allá o busco la manera de irme. Es que aquí en Cienfuegos ya no hay quien viva.

—¿Tienes pasaje?

—No, estoy en la lista de espera.

—¿Tienes familia allá?

—No.

—¿Y dónde vas a vivir?

—No sé.

Por los altavoces llamaron a un destino que casi nadie entendió. Durante unos minutos todos en el salón de espera se preguntaban unos a otros qué habían oído.

—Yo creo que es a Cumanayagua.

—No, señores, dijeron Aguada.

—Claro que no, es Palmira.

—Yo entendí Ciego Montero.

—Bueno, a mí me pareció oír Yaguaramas.

—Caballeros, yo creo que dijeron Abreus.

—Qué va, mijito, se oyó clarito que dijeron Lajas.

En una de las puertas de hierro, subido en un banco de madera, un señor alto y flaco lo aclaró todo de un grito:

—¡Vamos a ver, el 993 por la C para Rodas!

Un enorme tumulto se acumuló de inmediato en la estrecha salida. Nunca más se volvió a oír la voz del portero en el salón.

—Tengo un hambre que me estoy muriendo.

—Allá afuera están vendiendo pizzas.

—El dinero que me queda es para el pasaje y para llegar a La Habana.

—Yo te invito.

—No, gracias.

—En serio, yo te invito.

—No, no, gracias.

Él se levantó y ella sacó de la mochila una revista española. Estaba doblada en dos y en la portada tenía una foto de la princesa Diana. Pasó casi todas las páginas sin mirar, sólo se detuvo en la 58, donde había un reportaje sobre las auroras. Eso le hizo pensar en una película que vio hace poco en el cine: *Los amantes del Círculo Polar*. Mientras leía, recordaba circunstancias de la película. Por un momento, no pudo concentrarse ni en la lectura ni en los recuerdos.

Desde que vio la película, le ha dicho a más de una persona que quiere irse a vivir al Círculo Polar Ártico. Tiene anotados los nombres de los países por donde pasa la línea de puntos discontinuos: Noruega, Suecia, Finlandia, Rusia, Alaska, Canadá y Groenlandia. En el apunte también hay un lugar: Fort Yukon. No sabe cómo es, por el tamaño del punto en el mapa se imagina que es una ciudad pequeña, pero está segura de que si va a ser feliz en este mundo, la única posibilidad es Fort Yukon.

—Estoy cansada de vivir en este país —dijo en voz alta, mientras tocaba con el dedo índice la foto de una aurora boreal, a finales de la década de los ochenta, sobre Churchill, Manitoba.

Trató de leer la experiencia del físico Charles Deehr, quien

ha estudiado las auroras en una universidad de Alaska, pero no logró concentrarse en la lectura. Otra vez volvió a pensar en la película y en un aeroplano lleno de cartas de amor, sobrevolando una cabaña atravesada por la línea imaginaria del Círculo Polar.

—Ten cuidado no te embarres —le dijo él, mientras le extendía una pizza doblada dentro de un cartón.

—No, no, yo no quiero.

—Vamos, chica, cómetela, que yo sé que tienes hambre.

—¿Tú sabes algo del Círculo Polar?

—Muy poco.

—Me gustaría conocerlo, el calor de este país es muy aburrido.

—Los que viven allá piensan lo mismo del frío.

—A Charles Deehr le encanta el frío.

—Bueno, es que hay gente para todo.

Su hija debía tener dos años menos que ella, pero a juzgar por la última foto que le mandó, se parecen un poco. Al menos las dos tienen el pelo negro como un azabache y lacio, muy lacio. Si se peinaran de la misma manera se parecerían mucho más.

—¿Y tú no tienes familia? —Le preguntó ella, después de limpiarse la boca con el dorso de la mano.

—No... digo, sí.

—Por fin, ¿tienes o no tienes?

—Sí, pero no viven conmigo.

—¿Y dónde viven?

—En Florida.

—Ah.

—¿Cuántos números tienes por delante en la lista de espera?

—138.

—Eso es mucho.

—Demasiado, creo que no voy a salir de aquí nunca.

—¿Por qué no regresas a tu casa y vuelves otro día?

—No, no quiero volver. Ya dije que me iba.

Por los altavoces llamaron a otro destino y otra vez casi nadie entendió.

—¿Qué dijeron?

—Yo entendí San Fernando.

—¡Esa me sirve!

—Bueno, encantada.

—Bueno, encantado.

Se miraron por unos segundos. Ella trató del volver a leer sobre las auroras, en la página 58 de la revista, y él comprobó que, en efecto, en la puerta cuatro estaban llamando para la guagua de San Fernando de Camarones.

—¿Quieres ir a Irlanda?

—Ya te dije que yo no llego tan lejos, sólo quiero llegar hasta La Habana.

—Yo tengo un amigo en la terminal de Cumanayagua, con él podemos resolver el pasaje.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y cuántas guaguas salen de Cumanayagua para La Habana?

—Una. Una, un día sí y un día no.

Un tren con 37 vagones más la locomotora y el caboose

Se mantuvieron casi todo el viaje en silencio. En el Prado de Cienfuegos, el autobús tuvo que esperar que pasara un tren que parecía interminable. Una niña que iba sentada justo delante de ellos, sacó la cabeza por la ventanilla y contó los vagones.

—...35, 36, 37, 38 y 39. ¡39 trenes! —Concluyó la niña.

—No —dijo Alejandro echándose hacia delante para que la niña lo oyera—, no son 39 trenes, sino un tren con 37 vagones más la locomotora y el caboose.

La niña se volteó y sonrió algo molesta por la corrección que le habían hecho a su cálculo. Primero miró hacia Alejandro y él se encogió de hombros. Luego miró a Layla y ella se llevó el dedo índice al oído como si quisiera decirle que no le hiciera caso, que estaba loco.

—¿Él es tu papá? —preguntó la niña.

—No —respondió Layla.

—Sí —respondió Alejandro.

—Oye, pónganse de acuerdo.

—No, no —dijo Layla.

—Sí, sí —dijo Alejandro.

—Qué va, ustedes están locos —dijo la niña, haciendo el mismo gesto que hizo Layla, pero con ambas manos.

Al llegar a Palmira, el tránsito estaba obstruido por una grúa que trataba en ensartar una torre del tendido eléctrico en los cuatro anclajes de la base. Tuvieron que esperar unos quince minutos. En Hormiguero, el chofer del autobús no permitió que subiera ni siquiera una señora muy mayor y vestida de negro que llevaba consigo un ramo de flores amarillas.

—Si no baja nadie, no sube nadie —dijo el chofer y accionó el mecanismo que cierra la puerta.

Cuando pasaron por el Paradero de Camarones, un gordo al que todos le llamaban Chambón ofreció pizzas por las ventanillas. La niña despertó a su madre para que le comprara una, pero la madre le dijo que no con la cabeza y volvió a cerrar los ojos. Alejandro llamó al individuo con un silbido y le compró tres. Le dio una a Layla y otra a la niña.

—Ustedes están locos de verdad —dijo la niña y le dio una mordida a la masa —, ¡coño, qué caliente está!

Cuando el autobús dobló hacia San Fernando un tren comenzaba a pasar. La niña volvió a sacar la cabeza por la ventanilla y empezó a contar otra vez.

—Yo creo que es el mismo tren —dijo Layla.

—Es probable, esta guagua se ha demorado una eternidad.

—...35, 36, 37, 38 y 39. ¡39 trenes! —Dijo la niña.

—Oye —dijo Layla—, ya él te dijo que no son 39 trenes, sino un tren con 37 vagones más la locomotora y el caboose.

Esta vez la niña no respondió nada, sólo se rió a carcajadas, mientras se encogía de hombros y soplabla la pizza para poder morderla. Unos kilómetros más adelante, en un campo del que no supieron el nombre, el autobús estuvo a punto de chocar con un tractor que llevaba dos carretas llenas de vacas.

—Por poco —dijo Layla aliviada.

—Por poco —dijo Alejandro, tratándole de restar importancia al incidente.

En San Fernando él alquiló un auto hasta Manguito. El chofer le pidió 40 pesos, pero al final lo dejaron en 30 y salieron por un camino lleno de polvo.

—Irlanda está lejos de verdad.

—Ya estamos llegando. De Manguito sale un gas car que nos lleva hasta el mismo central.

—¿Un qué?

—Un gas car, un coche motor, un tren que tiene un solo vagón.

—¿Sin locomotora ni caboose?

—Sí, sin locomotora ni caboose.

—Ah.

—Es lo único que queda del viejo Irlanda.

—¿Tú vives sólo?

—Sí, pero en la casa hay tres cuartos, así que no te preocupes.

—No, yo no lo digo por eso.

El gas car acaba de arrancar. En su interior había cinco pasajeros más el maquinista, que es un señor muy gordo con una gorra casi deshecha de los Ferrocarriles Unidos de La Habana. Al parecer en el gas car, encima de las ventanillas, hubo un cartel idéntico al de la gorra del maquinista. Al menos la palabra Unidos es legible, ha resurgido después de cinco capas de pintura: una azul cobalto en 1959, una azul Prusia en 1970, una roja en 1975, una marrón en 1980 y una azul marino en 1987. En 1978 le pintaron, en los dos extremos, la flor del Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. En 1991, debajo de la ventanilla del maquinista, el Comité Municipal de la Unión de Jóvenes Comunistas de Cumanayagua puso “¡Cuba va!”

—Qué pasa, Alejandro.

—Qué pasa, Cocimiento.

—Por poco no salgo de Cienfuegos. Esa terminal es un infierno.

—Yo voy a ver qué va a pasar con ustedes el día en que el 837 no quiera arrancar más.

—Tendremos que quedarnos en Irlanda para siempre.

—¿Entonces no podremos ir a Cumanayagua?

Nadie había visto a Layla. Fue invisible hasta el momento en que pronunció la primera palabra.

—¿Y ella? —preguntó Cocimiento.

—No te preocupes, yo le pago el pasaje.

—No, pregunto si es familia.

—Ah, no, no, digo, sí, sí... Es de Cienfuegos y vino conmigo para ver si resolvemos un pasaje para La Habana con Armando Hernández.

—¿Te enteraste que la hija de Armando se dio candela?

—¡No! ¿Cuándo?

—Anoche. El hombre que descascara arroz en Manguito me lo dijo.

—Coño, tengo que ir a verlo.

—Magdalena era su única hija.

—El pobre, de esta se vuelve loco.

—¡Pasajeros al tren! —voceó Cocimiento haciendo un altavoz con las manos.

El 837 dio dos pitazos y avanzó sobre un monte de hierbas. Las ruedas rechinaron, como si les costara encontrar a los carriles entre la maleza. Layla bostezó y apoyó su cabeza en el hombro de Alejandro. Él la miró de reojo. El resto de los pasajeros lo miraron de reojo a él.

Kurt Cobain

—Si Kurt Cobain hubiera llegado a viejo se iba a parecer a ti.

—¿Quién es ése?

—Mi cantante preferido.

—Es americano, ¿no?

—Era del grupo Nirvana.

—¿Y qué le pasó?

—Se suicidó.

—Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Alejandro apagó la luz del antiguo cuarto de su madre, cerró la puerta y se fue al suyo. Antes de irse estuvo tentado a sacar una caja de bombones que hay en la puerta del medio del escaparate. Pero se arrepintió y decidió irse a dormir. Abrió los postigos de las ventanas de la sala y miró hacia la calle. Una llovizna finísima estaba cayendo y no se veía a nadie. Sólo se oía el croar de las ranas y una radio donde ahora cantaban una balada en inglés.

Encendió la luz del portal y fue a acostarse. No tenía sueño y por un momento pensó que debía leer, pero no quiso encender ninguna luz dentro de la casa. Dos o tres relámpagos seguidos alumbraron el techo de la habitación, formando esas viejas figuras donde él de niño, creía distinguir jirafas, rinocerontes y extraños animales de las profundidades marinas. Desde la cama pudo oír cuando se acabó la balada y empezó un bolero.

—¿Alejandro?

—¡Sí!

—Tengo miedo.

—Aquí no te pasará nada.

—En mi cuarto hay una rana.

Layla no le dio tiempo a encender la luz de la mesita de noche. Se acostó a su lado y se abrazó a su espalda. Estaba desnuda.

—¿Cómo se mató ese cantante que te gusta mucho?

—Dicen que se dio un tiro en la cabeza con una escopeta.

Bartolo

Las calles de Irlanda están inundadas en lodo y permanecen vacías. Las casas están abiertas y en todos sus portales hay sillones y columpios, pero no se oye ni una voz. El silencio es perfecto hasta que un trueno retumba después que un relámpago sacó chispas del antiguo tendido del telégrafo. El rojo de los framboyanes se confunde con el del cielo. Por el final de la calle aparece un hombre vestido de blanco y montado en un buey. Empieza a llover. El buey avanza, pero no se oyen sus pasos. El sonido se hunde con sus patas en el fango.

—¿Quién es ese que viene por ahí?
—Bartolo, un hombre de Ojo de Agua que tiene una promesa hecha.
—¿Cuál?
—No lo sé.
—¿Y qué hace?
—Andar por todos estos pueblos montado en un buey. Jamás se ha puesto zapatos ni se ha pelado.
El hombre detuvo a la res a una distancia prudencial.
—¿Qué pasa, Bartolo?
—Ah, Alejandro, ¿cómo estamos?
—Ya usted ve.
—¿Su hija volvió del Norte?
—No, no, no... es de la familia.
—Qué bueno, porque yo tenía entendido que hace muchos años su familia era usted nada más.
—Es que ella, ella es... una prima lejana.
—Layla, yo me llamo Layla.
—¿Cómo?
—Layla, La-y-la.
—Ave María, caballeros, tan fáciles que eran los nombres de las mujeres de antes.
—A mí me gusta Layla. Es que es el nombre de una canción.
—Si lo que tus padres querían era llamarte como una canción debieron elegir entonces entre Aurora o Longina. ¿No te parece?
—A mí no me disgustaría llamarme Aurora.
—Bueno, me tengo que ir. Este buey es muy lento y quiero llegar a Ojo de Agua antes de que me coja la noche.
—¿Y por qué no anda a caballo?
—No confío en los caballos, mijita, el caballo es una bestia traicionera.
—¿Y el buey?
—El buey sólo sabe obedecer.
—Bueno, Bartolo, dele saludos a la familia.
—Bueno, Alejandro, el día menos pensado nos volvemos a ver.
El buey reinició su lentísima marcha, pero el hombre lo detuvo de nuevo dándole una palmada entre los cuernos.

- Alejandro... lo noto feliz.
—La felicidad no existe, Bartolo.
—¿Usted cree?
—Estoy convencido.
—Si usted lo dice.

La res y su jinete avanzaron sobre el fango. Alejandro y Layla entraron en la casa. Ya la puerta de la sala estaba cerrada cuando le oyeron una última frase a Bartolo:

—Qué te parece, Comandante, aquí hasta los comunistas ya son infelices. Vamos, aprieta el paso que nos mojamos. ¡Tercia! ¡Tercia!

Charles Deehr

—¿Cuál caña se da mejor, la que se siembra en primavera o la que se siembra en época de frío?

—No sé.

—En los dos casos la falta de agua o el exceso de humedad son fatales.

—¿Anjá?

—Anjá.

—Mi padre decía que con la caña no se inventa, que ya todo estaba escrito.

—¿Y tu padre se dedicaba a sembrar caña?

—No, pero vivió toda su vida de ella, igual que yo.

—El pobre.

—A él le gustaba.

—Yo tuve que pasarme tres años recogiendo papas y sembrando cebollas en Yaguaramas. El único recuerdo que tengo del campo son mis manos llenas de ampollas.

—En este pueblo se vivía mejor que en Cienfuegos.

—No lo parece.

—Cuando el viejo O'Connor, el padre del que fue dueño del ingenio hasta que triunfó la Revolución, levantó las primeras casas, dijo que las quería idénticas a la de su pueblo natal, allá en Irlanda. Por eso tienen esas formas tan raras en los techos.

—Sí, parece que fueron bonitas.

—Todavía lo son, ¿no?

—Bueno...

—Hace más de cuarenta años que aquí no se da una mano de pintura. La última vez que pintamos las casas fue en la Navidad de 1957.

Alejandro y Layla están caminando por la antigua calle San Patricio, que es la que pasa entre las dos filas de casas donde vivían el personal ejecutivo y la administración del ingenio. El 1 de mayo de 1963 le cambiaron el nombre a la calle. Pero nadie se acostumbró a decirle Patricio Lumumba, aún hoy todos la siguen llamando San Patricio. En cada puerta hay un trébol grabado. Aunque algunos fueron cubiertos con una pequeña placa roja y negra que dice: “Esta es tu casa, Fidel”, la inmensa mayoría se conservan intactos.

Los 17 de marzo el ingenio daba el pitazo más largo del año. Ese día todo el batey era adornado y en la calle San Patricio se le regalaba a los empleados guiso y tortilla a la irlandesa. Aunque ya no se hacen procesiones ni fiestas, las señoras más viejas amanecen vestidas de verde ese día y aún encienden velas en los postes de las verjas. Las aceras prácticamente han desaparecido y muchas verjas apenas conservan postes aislados. Otras fueron reconstruidas con planchas de zinc o alambre de púas. Las casas más grandes aún tienen una alta chimenea de ladrillos que, antiguamente, humeaban durante los días de frialdad.

—Allí vivían los O'Connor. Luego la casa fue el Círculo Social del Central, pero un ciclón le llevó el techo y nunca más se pudo arreglar.

—¿Y en aquella de allá, esa que tampoco tiene techo?

—O'Donovan, el tesorero. Ese estuvo preso porque cuando se enteró de que iban a intervenir el central voló el almacén de azúcar con dinamita. Se salvó porque unos amigos irlandeses de Fidel le pidieron que lo soltaran. En el juicio le salió pena de muerte.

—¡Qué horror!

—Él era muy amigo de mi familia. Por él fue que empezaron las diferencias entre mi padre y yo.

—¿Y esa casa que tiene las ventanas tan grandes?

—Esa era la de Rovira, el jefe de fabricación. Hay una leyenda que dice que un negro empleado del ingenio subía todas las noches por ese algarrobo para acostarse con su mujer, porque ellos dormían separados.

—¿Y es verdad?

—No sé, hay muchos que dicen haberlo visto trepar y otros que juran haber oído el silbido que ella le hacía para que supiera que ya lo estaba esperando.

—Vamos para la casa, tengo frío.

Alejandro recogió un trébol de cuatro hojas del suelo y se lo puso en la mano a Layla.

—Cuando yo era niño se decía que el que se encontrara un trébol de cuatro hojas y lo guardaba, tendría suerte para el resto de su vida.

—¿Y tú nunca guardaste uno?

—Tenía docenas de ellos, pero nunca me sirvieron de mucho.

—¿Mañana vas a hablar con el hombre de Cumanayagua?

—Bueno, voy a ver si lo localizo. Tú sabes que él está pasando por una situación muy difícil.

—Alejandro, yo no puedo quedarme aquí.

—Yo lo sé.

—No es por ti, ni por el pueblo, ni por nada... bueno, en realidad es por todo. Yo no soporto más esto.

No hablaron más. Caminaron en silencio y guardando cierta distancia. Cuando llegaron a la casa, él entró y ella se quedó en el portal, luego fue hasta su mochila, sacó la revista española y, subida en la baranda del portal, retomó la lectura del artículo sobre las auroras. Alejandro regresó al portal con un turbio trago de ron entre las manos.

—Oye, ¿quién es ese tal Charles Deehr?

—¿Y de dónde tú lo conoces?

—De la terminal de Cienfuegos.

—¿Qué?

—Tú dijiste que a él le gustaba el frío. ¿De dónde lo conoces?

—Ah, ya, claro... Bueno... él estuvo en la universidad y estando allí lo conocí.

—¿Y qué hace?

Layla buscó en la revista a toda prisa y leyó uno de los pies de foto sin cambiar ni siquiera una palabra:

—Él es... físico del Instituto de Geofísica de la Universidad de Alaska en Fairbanks.

—¿Y qué hacía en Cienfuegos?

—Bueno... dio una conferencia, sí, eso, dio una conferencia.

—¿Qué edad tiene?

—¿Quién?

—Ese tal Charles.

Layla buscó de nuevo en la revista.

—¿Qué edad tiene?

—¿Él?

—Sí, él.

Layla sonrió satisfecha, después de leer una línea.

—Deehr, con más de 60 años de edad, conserva un deleite juvenil por los nuevos retos de la investigación.

—¿Qué?

—Que tiene más de 60 años.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—¿Por qué tú me haces esa pregunta?

—¿Salieron solos?

—Oye, cálmate.

—¿Salieron solos?

—Bueno... sí, una vez.

—¿Adónde fueron?

—Dimos una vuelta por ahí...

—¿Nada más eso?

Layla sonrió.

—Bueno... después a su habitación en el hotel Jagua.

—¿A qué?

—El me prometió que me llevaría a conocer las auroras.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me abracé desnuda a su espalda.

Tomás Femenías

Irlanda fue uno de los centrales más eficientes de la isla, por eso en una valla que aún hay en su portada se lee: “¡Aquí hacemos más con menos!”. Alejandro guarda en su cómoda la edición de 1954 del *Cuba Sugar Manual, The Gilmore*, donde consta que por esa fecha el ingenio estaba en capacidad de moler 140,000 arrobas de caña en 24 horas. La compañía, Ireland Sugar Company, mantenía sus oficinas en el edificio Western Union de La Habana, con el teléfono A—1908, a cargo de C. Weathers. Las ventas de azúcares y mieles, hasta 1959, se efectuaron por medio de Ireland Trading Co., S.A.

Tomás Femenías era el jefe de maquinaria del ingenio y más de una vez invitó a C. Weathers a comerse un puerco en púas en el patio de su casa, asado con brasas de los primeros travesaños, aquellos que vinieron de Tennessee. Alejandro aún recuerda a C. Weathers, vestido de blanco y con un sombrero de Panamá que tenía una pequeñísima herradura dorada. Siempre que entraba en su casa decía lo mismo: “¡Santo Dios, pero qué grande está este niño!”.

Su chofer dejaba en el piso del portal una caja de madera con vinos de Borgoña, que eran los únicos que bebía C. Weathers, y luego se iba con el cola de pato para la sombra de la mata de ataje. En el *Gilmore* aparecen detallados los trece kilómetros de vía ancha que tenía el ingenio —desde el enlace en Manguito con el subramal Cumanayagua, hasta el basculador—, las tres locomotoras Baldwin de 32,5 toneladas, la Porter de 18, los 386 carros American Steel de 30 toneladas y el Ford de línea.

El gas car que combinaba con el mixto, viraba en la estación de Cantabria y entraba retrocediendo al batey, pertenecía a los Ferrocarriles Unidos de La Habana. Desde el 26 de julio de 1969 hasta hoy, Alejandro fue el jefe de maquinaria del central. Por eso pudo aprenderse de memoria los ruidos de este armazón de hierro y siempre supo qué hacer con cada uno de ellos.

El día que lo eligieron por unanimidad en una asamblea donde él fue el único que no tuvo la palabra, el capitán Sosa dijo: “Alejandro hará al servicio de la revolución lo que su padre hizo

al servicio de los amos imperialistas. Él mejor que ninguno de nosotros conoce la maquinaria del central Irlanda Unida (aplausos), y él mejor que nosotros podrá hacerlo funcionar para que sea el más eficiente de América Latina y el mundo (ovación). Hoy seguramente se convertirá en un día histórico. ¡Patria o Muerte! (gritos de ¡Venceremos!)”.

En su cómoda, marcando la página 215 del *Gilmore*, Alejandro todavía guarda la carta de porte donde despachó dieciséis toneladas de crudo. El 1 de enero de 1970 fue el día que más azúcar se hizo en Irlanda, pero aquella gesta no fue suficiente y el central tampoco pudo cumplir su plan de producción en la Zafra de los Diez Millones.

El mismo día que Fidel anunció que los diez millones no iban, Tomás Femenías se murió de cáncer. Mientras en la pantalla gris del Westinghouse el líder levantaba su dedo índice para pedirle a los cubanos que convirtieran el revés en victoria, Tomás Femenías, hundido en una cama Fowler, gritaba “¡Loco de mierda!” y se iba de este mundo.

O’ Bourke

De no ser por el padre O’ Bourke, en Irlanda no hubiera cine. Él mismo se ocupó de ir a Cienfuegos a buscar la primera película cuando la vieja nave de madera fue convertida en una sala de proyecciones. En una funeraria de Santa Clara se compraron 150 sillas de tijera de uso y la pantalla fue la primera que tuvo el teatro Terry, por eso es que tiene seis zurcidos de los tiros que le atravesaron en una huelga del machadato.

Durante más de treinta años la administración del central hizo gestiones para que cambiaran las sillas de tijera por butacas. Pero nunca fue posible, siempre acabaron desviando las que le habían asignado. En 1989, lleno de goteras y con un proyector discontinuado por falta de piezas de repuesto, el cine fue clausurado oficialmente por la Distribuidora Nacional de Películas. Desde 1953 hasta 1963 aquella sala de proyecciones no tuvo nombre.

Pero el 1 de mayo de 1963 un teniente del Ejército Rebelde dio un discurso antes de que empezara un desfile y advirtió que el cine merecía tener un nombre.

—Vamos a ponerle Padre O’ Bourke —propuso una señora mayor vestida de verde olivo.

—¿Y quién es ese? —preguntó el militar.

—El sacerdote que construyó el cine.

—¡Compañera! ¿Cómo usted es capaz de proponer el nombre de un religioso para una obra de la revolución?

—Bueno, es que él fue el de la idea de ponerle películas a los empleados del ingenio.

—Pero para mantenerlos en la ignorancia, atados al pasado, en la enajenación absoluta. Seguro que las películas que les ponían representaban los intereses de la clase dominante. ¡Ya Cuba es libre, compañera, y jamás, jamás de los jamases, las cosas en este país volverán a tener un nombre en inglés!

—Póngale usted mismo el nombre, compañero —propuso alguien en la multitud.

El teniente apoyó su mano izquierda sobre la correa y con la derecha, después de reubicar los micrófonos, se frotó la barba. Hubo un silencio general que sólo fue interrumpido por la locomotora de patio.

—Se llamará Leningrado, como la invicta ciudad soviética.

—¡Hurraaa! —gritó la multitud y empezó a marchar.

Yuri Gagarin

En Irlanda no hay luz. Se fue desde por la mañana. Alejandro se despertó por el calor y los mosquitos. No encontró a Layla en la cama y de un salto salió a buscarla. Ella estaba en el portal, mojóndose los brazos en una llovizna finísima.

—Me despertaron los mosquitos.

—Yo no me pude dormir.

—Hace mucho calor ¿eh?

—Vamos a caminar.

—No podemos, está lloviznando.

—No importa.

Alejandro miró hacia el cielo encapotado y la tomó del brazo. Dos perros le salieron al paso, pero él les silbó y lo reconocieron. Caminaron por un estrecho callejón que antiguamente fue un apartadero de jaulas vacías. Cuando arrancaron la línea quedó el estrecho sendero, entre una cerca de piedras y unas casas que ahora están en ruinas. Alejandro recordó de un amigo de la infancia que vivía en la tercera, que es la única que aún conserva el portal en pie. Fue a decirle a Layla que Arturo tenía una bicicleta de dos plazas y que murió aplastado por un tranvía en Cienfuegos, pero al final pensó que a ella no le importaría y le preguntó que si quería conocer el cine.

—¿El cine?

—Sí, el cine Leningrado.

—¿Y dónde está?

—Del otro lado de aquellos pinos.

—Nunca me imaginé que este pueblo tan chiquito tuviera cine.

—Bueno, originalmente no era un cine. Fue el cura del pueblo, un viejo que casi no sabía hablar español, el que lo armó con unas sillas de tijera y dos proyectores viejos.

—¿Cómo se llamaba antes?

—No tenía nombre. Antes se llamaba El Cine, lo de Leningrado vino después.

—¿Y quién le puso ese nombre?

—Ya no recuerdo —mintió.

Alejandro estaba aquel Primero de Mayo en primera fila, con una ametralladora checa colgada del hombro y una boina que le quedaba grande y se le hundía hasta teparle los ojos. Él fue uno de los 353 milicianos que gritó “¡Hurra!” y uno de los que ondeó una bandera roja de casi cinco metros de largo. Dos meses después él mismo arrancó un cartel de “Tome Coca Cola” que había en el bar Dublín para que pintaran sobre él el del cine. Pero esas cosas le hacían pensar en Yolanda y por eso no hablaba de ellas nunca.

—Es aquí.

—Nunca me imaginé que pudiera haber un cine así.

Un bombillo se encendió en el poste de la luz de la esquina.

—¡Al fin! —dijeron los dos a coro y se rieron de la casualidad.

El caserón estaba casi en ruinas. El cartel de cine Leningrado era legible aún, pero detrás de él, un fondo rojo ganaba terreno con la inconfundible tipografía de la Coca Cola.

—Vamos a entrar.

—Tú estás loco.

—No pasa nada, yo mismo fui el que le puso esas tablas a las puertas para que no se abrieran.

Con apenas un codazo las maderas cedieron. El piso estaba lleno de agua. Apoyándose en la pared, Alejandro avanzó hasta una de las esquinas donde encontró el interruptor. Sólo se encendió un bombillo. Todas las sillas de tijera estaban amontonadas muy cerca de la pantalla. En el otro extremo, en una cabina de la que apenas quedaban los marcos, estaban los dos proyectores.

—Esto a lo mejor funciona todavía.

—Tú estás loco.

—Si los carbonos están buenos, lo enciendo.

Layla no se movió del lugar, le daba miedo caminar sobre el piso inundado. Pensó que podía estar lleno de ranas. Alejandro revisó uno de los proyectores, después le quitó algo al otro, montó un rollo que encontró en una caja de metal y lo conectó a la corriente.

—No se va a oír, pero se verá.

A trancos, avanzó sobre el agua hasta donde estaban las sillas de tijera y sacó dos que conservaban el fondo y el espaldar. Las abrió en el medio de la sala. Luego cargó a Layla y la llevó hasta el asiento. Otra vez a trancos fue hasta el interruptor y apagó la luz. Regresó a ciegas.

—¿Qué vamos a ver?

—No sé, el rollo no dice nada por fuera.

No se vieron créditos ni presentación. Un hombre vestido de cosmonauta camina por la nieve. Luego, en uniforme militar, le dice adiós a una multitud que grita y ondea banderas. Los gritos no se oyen, pero está claro que son de “¡Hurra!”.

—¿Quién es ese hombre?

—Yuri Gagarin, el primer hombre que subió al cosmos.

La perra Laika mira a la cámara aterrorizada. Está en el interior del Sputnik II y la nave está a punto de subir al espacio sideral. Luego Gagarin es el que mira a la cámara. También está a punto de volar a bordo del Vostok I. Son las siete y treinta de la mañana, hora de Moscú, del 12 de abril de 1961. La nave, con una potencia de 20 millones de caballos de fuerza, sale desde el cosmódromo de Baikonur, en Kazajastán, y tras 96 minutos de recorrido orbital, con apogeo de 302 y perigeo de 175 kilómetros, aterriza en paracaídas en Tajtarova, Siberia.

Yuri acaba de salir de la cápsula. No parece tener miedo, está mareado, pero sonrío constantemente. Ahora pronuncia una frase, si el audio del cine funcionara, Alejandro y Layla le oírían decir: “Desde las alturas del cosmos, la Tierra se ve nítidamente, se distinguen las islas y la costa, hasta las montañas se ven claramente”. Fidel, Leonid Breznev y Gagarin levantan los brazos. Los aplausos del pueblo no se escuchan, pero son unánimes.

Pavel Popovich, Yuri Gagarin, Valentina Tereshkova, Adrián Nikolayev, Valeri Bykovski y Gherman Titov posan con una sonrisa perfecta. Todos tienen puestos los trajes de gala del Ejército Rojo, salvo Valentina, cuyas medallas penden de un vestido de terciopelo negro. “El cielo se ve muy, muy oscuro, y la Tierra tiene un tono azul”, le hubieran oído decir ahora, mientras le habla a unos pioneros en La Habana.

—Siempre me gustó ir al cine.

—A mí también.

—¿Tú has ido al cine Luisa de Cienfuegos?

—No, sólo he entrado a este.

—Aquel es enorme, tiene dos pisos.

—¿Y qué es lo que más te gusta del cine?

—La oscuridad.

Layla metió una de sus manos en uno de los bolsillos del pantalón de Alejandro. Luego puso la otra en el mismo lugar, pero por fuera. Lo acarició con mucha lentitud, como si tratara de que él no sintiera nada. Con mucha habilidad desabotonó el pantalón y llevó su boca hasta las manos. Alejandro trató por todos los medios de no cerrar los ojos para no perderse el momento en

que Yuri Gagarin es condecorado por Fidel. Layla se sentó sobre él, a horcajadas, de espaldas a la pantalla. Empezó a gritar justo en el momento en que Yuri Gagarin caminaba sobre el Círculo Polar Ártico con unos esquís, siguiendo a unos perros que arrastraban un trineo.

Cocimiento

Las hojas de tilo se han quemado en el fondo del caldero. Las brasas aún arden en el fogón de leña. Radio Reloj acaba de dar las seis en punto de la mañana. Un denso humo flota en el estrecho interior. Los dos postigos están cerrados y la única puerta de la caseta está atravesada con una tranca.

—¡Cocimiento! —Llama alguien desde la línea— ¿Qué pasa que no has arrancado el gas car?

Delante de la nave hay doce pasajeros. Uno de ellos tiene dos pollos amarrados por las patas y atados al cinto que le sujeta el machete. Después de una larga discusión, deciden que el hombre de los pollos vaya hasta la casa de Alejandro a decirle lo de Cocimiento. Una señora que también espera el tren apagó el fuego donde se habían quemado las hojas de tilo y luego volvió a llamar a la puerta.

—Buenos días, ¿Alejandro está?

—¿Quién le busca?

—Los viajeros del gas car.

Layla se estaba meciendo en el columpio, tenía las piernas levantadas y el hombre pudo darse cuenta de que no tenía blúmer puesto. Ella advirtió que él la estaba mirando, pero no hizo nada por impedir que continuara haciéndolo. Dejó las piernas en el mismo lugar donde las tenía, aunque aumentó la velocidad del columpio.

—Él está echándole la comida a los puercos.

—Dígale que es urgente.

Lord Asfield era el presidente de los Ferrocarriles Unidos de La Habana en 1932, cuando Cocimiento fue nombrado mensajero en

la tripulación del 837. En el boletín de ese año aparece que José María Rodríguez salvó los pagos de una quincena de los empleados de las estaciones de Cumanayagua, Ojo de Agua y San Fernando de Camarones. Lo hizo porque tuvo un ataque de pánico, pero fue reconocido como un héroe. El bandido Emérito Gómez, alias La Fija, se montó en el 837 en la estación de Camarones. Una vez que el gas car se internó en el ramal Cumanayagua, La Fija entró en el compartimiento de expreso con el rostro cubierto y le puso una pistola en la cabeza a Cocimiento.

El joven obeso cerró los ojos y empezó a gritar. Gritó por más de cuatro minutos hasta que cayó desmayado. En la caída, su pesado cuerpo de más de 200 libras empujó al salteador por la puerta. Cuando la guardia rural lo encontró aún no tenía conocimiento. Camino del cuartel, La Fija logró recuperarse y escapar. Nunca se vengó de aquel hombre al que solía llamarle 'infeliz'.

—Ese infeliz no tiene la culpa de lo que pasó —dijo en el bar Arelita una de las tantas veces que contó la historia—. El pobre, cayó redondo como una paloma.

Los Ferrocarriles Unidos de La Habana decidieron aumentarle tres pesos y cincuenta centavos de salario a José María Rodríguez. El aumento estaba firmado por el propio Ashfield. Por eso es que Cocimiento se sabía el nombre de memoria y lo repetía, todas las mañanas del mundo, cada vez que el gas car llegaba a la cuesta que se ha perdido entre los troncos ya firmes de un monte de aromas.

Alejandro le dio una patada a la puerta. Cocimiento estaba desnudo, con la cabeza hundida en una palangana de agua jabonosa. A su lado, en una mesa de caoba, había una taza de infusión de tilo, una alcancía y una vieja revista porno donde los pasajeros del Oriental Express intercambian parejas y participan en grandes orgías. El médico de patología forense dijo que murió de un infarto. Hubo que enterrarlo en una envoltura de sábanas porque no cupo en ninguna de las cajas que había en las funerarias de la provincia.

Nadie consiguió arrancar el viejo motor Perkins del gas car. Al principio pensaron que era un problema de la batería.

Luego culparon al crank, pero todos sabían que era una cuestión de cogerle el truco y ese don sólo lo tenía Cocimiento. Una pequeña crecida que tuvo el río una semana más tarde, se llevó el puente.

Cat Stevens

Layla está sentada sobre el piso frío y con las piernas cruzadas, justo delante del mueble que tiene el tocadiscos encima. Es una mesa de hierro y cristales donde también están guardados unos treinta longplays. Todo está llenos de polvo, pero las carátulas de los discos se conservan en perfecto estado. En una de ellas, Benny Moré toca la guitarra en un platanal. En otra, la Orquesta Aragón dice adiós en el hotel Pasacaballos. La inmensa mayoría de los discos son de música cubana, pero también hay unos cuantos de antiguas jazz band y algunos pocos con los rótulos en ruso. Estos últimos ya no conservan las portadas y están intercalados dentro de una revista Mujer Soviética.

Sin ponerse de pie, Layla encendió el aparato y puso una de aquellas placas. Poco a poco, fue subiendo el volumen hasta que se oyó la voz de una mujer. El ritmo de la batería contrastaba con el tono de una balada muy lenta.

—¿A los rusos les gustará la música rusa? —pensó en voz alta.

Con el dedo índice, levantó con mucho cuidado el brazo del tocadiscos y lo dejó caer unos surcos más adentro. Se oyó otra balada mucho más lenta que la anterior, aunque la batería había acelerado el ritmo. La mujer tenía ahora una voz más grave y por momentos daba la impresión de que no podría terminar de cantar.

—¿Los rusos soportarán la música rusa? —volvió a pensar en voz alta.

Se puso de pie, se dobló hacia atrás y luego se estiró hacia arriba, subiendo los brazos y parándose en puntas de pie. Cambió el disco por otro de los que no tenían carátula y no se entendía nada de lo que estaba escrito. Esta vez sonó una música mucho más movida y se escuchó a un hombre que cantaba en inglés.

—¡Qué lindo! —dijo Layla confiada en que hablaba sola—
¿Quién será ese?

—Es Cat Stevens —respondió Alejandro.

—Ay, qué susto... No sabía que estabas ahí... ¿Quién dices tú que es?

—Cat Stevens... Era un ídolo en mi época.

—Yo nunca lo había oído.

—Yo sólo conozco de él esas canciones.

—¿Entiendes lo que dice esa?

—Habla de un tren, ¿no?

—Ajá.

—Creo que se llama "Peace Train".

—¿Tú crees o se llama así de verdad?

—No, no, me lo imagino. Oye bien para que veas que es lo que más repite.

—¿Y qué ha sido de Cat Stevens, yo nunca lo he oído mencionar?

—¡Qué sé yo!

—Esa es una de las peores cosas de este país, que uno sabe muchas cosas, pero nunca sabe de las cosas que quiere saber.

—Eso parece un trabalenguas.

—¿Vamos a bailar?

—¿Y esa música se baila?

—No sé, pero vamos a bailar.

Él extendió los brazos y ella se puso en puntas de pie, como la bailarina de plástico que siempre pierde la mano en los removedores de Tropicana. Dado vueltas y después de un largo suspiro, Layla se dejó caer encima de Alejandro. Justo en ese momento se acabó la canción. Después de unos pocos segundos, empezó otra donde un padre y un hijo dialogan sobre sus existencias.

—Esa sí que no se baila.

—Sí, esa no se baila.

Conchita

—¿Cuándo vas a llamar a tu amigo de Cumanayagua?

—No puedo llamarlo por teléfono, tengo que ir primero a darle el pésame por lo de la hija.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que no puedo decirle que acompañe su sentimiento y que me resuelva un pasaje para La Habana al mismo tiempo.

—Entonces yo no pinto nada aquí.

—Tú sabes que sí.

—Oye, no te confundas. El hecho de que yo me acostara contigo no quiere decir ni que tú me gustas ni que estoy dispuesta a vivir un día más con un viejo que puede ser mi abuelo en un lugar lleno de polvo y ranas.

—Yo no te he pedido que te quedes.

—Pero me pediste que viniera. Ay, si yo lo llego a saber...

—Yo sólo te quise ayudar. No sé por qué me recordaste a mi hija.

—Sí, claro. ¿Y a tu hija le hacías lo mismo que me haces a mí?

Alejandro salió para el patio dando patadas. Se oyó rechinar una puerta en el fondo, detrás del corral de los puercos. Layla empezó a caminar por un callejón. No sabía adónde ir, pero tampoco quería quedarse sola en la casa. Pasó por debajo de unos tubos que van desde unos tanques hasta el central. Caminó por encima de los carriles que llegaban hasta el basculador. Se encaramó en unas jaulas de caña cubiertas de maleza y, del otro lado, encontró una pequeña casa de zinc con techo de guano. En la cerca había una mata llena de guayabas del Perú maduras. Layla se paró encima de un alambre de púas para alcanzar una.

—¡Oye, muchacha!

Layla saltó aterrorizada. Fue a salir corriendo, pero los ladridos de un perro la inmovilizaron.

—¡Verdugo, entra pa' la casa!

—Yo sólo quería una guayaba madura...

—Tú eres la que está viviendo en casa de Alejandro Femenias, ¿no?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Ah, sí, soy yo.

—¿Y te vas a quedar a vivir en Irlanda?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No, no, claro que no.

—Él se ve de lo más embulladito.

—Oiga...

—No mi amor, no, yo no me meto en la vida de nadie. Lo mío es la mermelada de guayaba. Pero yo, que sé lo que ha pasado ese hombre, me alegro por él.

El perro pasó entre las piernas de la mujer y salió otra vez ladrando. Layla volvió a paralizarse.

—¡Verdugo, no te voy a volver a repetir que entres pa' la casa!

—Oiga... ¿ese perro muerde?

—Perro que ladra no muerde, mijita, ¿a ti nadie te ha contado ese dicho?

—Bueno, hasta luego.

—Dile a Alejandro que ya hice la mermelada, pero que los pomos de boca ancha ahora están a seis pesos. Es que el azúcar en este país no aparece ni en los centros espirituales.

—Yo se lo digo.

—Yo me llamo Conchita, ¿sabes?, Conchita, para servirte.

—Muchas gracias.

—Ah, niña, coge la guayaba y llévatela, mira que están riquísimas.

Eric

El jeep avanzaba a toda velocidad seguido de una nube de polvo. Dio una vuelta alrededor del central, luego fue hasta la romana abandonada de un chucho de caña y, de regreso, se detuvo en la nave donde están las ruinas de las locomotoras de vapor. Es un Vitara descapotable de los que se le rentan a los turistas. Layla siguió con la vista todo el recorrido. Sin abrir la puerta, con una cámara colgada del hombro, un joven de pelo largo y rubio se bajó del vehículo. Llamó desde la entrada de la nave y, al ver que nadie le respondía, buscó a alguien entre los portales contiguos de las

casas. Layla estaba sentada encima de la baranda de madera, con los pies descalzos colgando hacia el jardín.

—Hola.

—Hola.

—Yo soy Eric, Eric Casademunt.

—Mucho gusto, Layla.

—¿Layla?

—Sí, Layla

—¿Cómo la canción de Eric Clapton?

—Oyeee, tú eres rápido de mente. Sí, como esa misma.

—Mira qué casualidad, yo me llamo Eric.

—Ya me lo dijiste.

—Ah, sí, es cierto.

—¿Eres español?

—No, catalán.

—Ah.

—¿Vives aquí?

—No.

—¿Sabes dónde pueda encontrar a alguien del pueblo?

—Aquí vive uno, pero ahora no está.

—¿Y quién es, tu padre?

—No, un señor que me está resolviendo un pasaje para La Habana.

—¿Y desde aquí salen trenes para La Habana?

—De aquí no salen trenes ni para el infierno.

Eric sacó una botella de agua de uno de los bolsillos de su pantalón y bebió hasta que no quedó ni una gota dentro del envase plástico. Layla tenía puesto un short rosado y una blusa que apenas cubría lo indispensable. Sin decir nada más, Eric puso su mochila en el suelo y sacó una cámara Canon. En otro estuche buscó un lente y se separó unos cinco metros de Layla. Rodilla en tierra, empezó a enfocarla.

—Tú no me has pedido permiso para hacerme una foto.

—Yo no te estoy retratando a ti, la foto es de la casa.

—Pero yo estoy en el medio.

—No te muevas, por favor... Ya está.

Layla le dio la espalda y se subió en la baranda del portal,

durante todo ese tiempo Eric no dejó de disparar continuamente el obturador.

—Quiero hacerle fotos a las locomotoras de vapor, ¿me acompañas?

—Pero esas locomotoras ya no sirven, no son más que hierros viejos.

—Por eso es que las quiero retratar.

—Tú estás loco.

—No, hago un trabajo para la universidad.

—¿De trenes viejos?

—Más o menos. He partido de una frase de Sartre.

—¿De quién?

—De Jean Paul Sartre, el filósofo francés.

—Hum.

—Él estuvo en Cuba a principios de la Revolución y escribió un libro sobre su viaje. De él es que saqué la frase para mi ensayo.

—¿Y cuál es?

—La isla vivía del azúcar, pero un día advirtió que moría de ella.

—Hum. Mi abuela siempre decía otra cosa más o menos parecida.

—¿Qué decía tu abuela?

—Que sin azúcar no hay país.

Eric camina delante y Layla lo sigue unos cinco pasos detrás. Son cinco locomotoras y a dos de ellas les falta el alijo. Están muy despintadas y sólo una conserva su número original. Los tres alijos dicen lo mismo: “Central Irlanda Unida”.

—¿Tú estás sólo aquí?

—No, tú estás conmigo.

—No, chico, en Cuba.

—¿Que si me traje a alguien más conmigo?

—Sí, eso.

—No, vine solo.

—¿Tienes novia?

—Sí.

—¿Y cómo se llama?

—Edurne, es vasca.

—¿Y dónde está ella?

—En Estambul.

—¿Y te gustan las cubanas?

—Tú eres muy guapa.

—Oye, ten cuidado no te caigas, mira que ese hueco está lleno de grasa.

—Descuida, ya está.

Salieron por el otro lado de la nave, donde hay una línea que se pierde en un monte de hierbas. Más allá, se ven decenas de jaulas de caña abandonadas.

—¿Qué es aquello?

—Yo qué sé, me imagino que trenes también ¿no?

—¿Vamos hasta allá?

—Bueno.

Eric empezó a retratar los carros. Hay tres largas filas que en algún momento se separan y luego se vuelven a unir. En esos apartaderos antiguamente se situaban las jaulas cargadas, en espera de que la locomotora de patio las llevara al basculador. El fotógrafo hizo verdaderos ejercicios de malabarismo para aprovechar las formas geométricas que los carros de acero y la luz de la tarde le ofrecían. Estaba mirando por el lente cuando aparecieron delante de él tres vacas. Dio una vuelta enorme alrededor de una caseta y un caboose en ruinas para incorporar las reses a sus composiciones.

—¿Son trenes o vacas lo que tú buscas?

—Se ven bellísimas, mira.

Layla se inclinó para ver el paisaje a través de la cámara. Es la primera vez que Eric la mira de cerca. Primero observó con detenimiento la piel de su espalda. Luego, de reojo, le miro a los senos.

—¿Me dejas hacerte una foto junto a las vacas?

—¡Tú estás loco!

—No temas, no te van hacer nada.

—¿Cómo?

—Allí, junto a ellas, para que la luz les dé por ese costado.

Layla se acercó con mucho cuidado a las reses. Una de las vacas hizo el ademán de dar un paso hacia delante pero ella se alejó otro.

—¿Así está bien?

—Sí, estupendo.

—¿Quieres que me quite la blusa?

Yolanda

—Me voy con Eric.

—¿Con quién?

—Con el fotógrafo. Él está allá afuera esperándome.

—¿Para dónde?

—Para La Habana.

—Oye, si tú quieres mañana voy a Cumanayagua y hablo con Armando Hernández.

—No, ya no hace falta. Eric se va ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Bueno... recoge todas tus cosas, ¿no?

—Ya están en el carro.

—¿Todo?

—Tú sabes que no es casi nada.

—Sí, pero...

Alejandro está preparando la comida de los puercos. Las moscas se le posan en los brazos y en la cara. Cuando trata de espantarlas, se embarra de salcocho. Todo huele a podrido. Uno de los puercos voltea el comedero y Alejandro cruza sobre la cerca del corral y le da dos patadas.

—¿Puerco de mierda, coño, mira que ya no hay comida!

Layla se acerca y hace como si las moscas no le importaran. Disimula el asco que le produce el mal olor.

—Te voy a extrañar.

—Yo también.

—Lo que te dije ayer es mentira, sí me gustó.

—¿Te puedo llamar por teléfono?

—Si tú quieres.

—¿A dónde te llamo?

—Cuando llegue te digo.

—¿Cuándo llegues a dónde?

—Al Círculo Polar.

El jeep se fue a toda velocidad seguido de una nube de polvo. Hacía muchos años que Alejandro no se despedía de nadie.

Fue incapaz de moverse hasta que supuso que el vehículo se había perdido de vista. Entró a la casa y cerró la puerta. Fue hasta la cocina, se asomó al patio, regresó a la sala y entró en su cuarto. La cama estaba muy desordenada. Se acostó bocabajo, luego se dio la vuelta y se cubrió el rostro con la almohada que Layla había usado. Permaneció así hasta que alguien pasó a caballo por el frente de la casa. Se levantó y fue hasta el escaparate del antiguo cuarto de su madre. Abrió la puerta del medio y sacó una escopeta de caza. La puso con mucho cuidado sobre la cama y buscó de nuevo dentro del escaparate hasta que halló una caja de bombones. Le quitó la tapa muy despacio, como si temiera de lo que tenía adentro. Estaba llena de fotos.

La primera comunión de Yolanda. Yolanda y sus padres en la playa de Rancho Luna. Yolanda graduándose del colegio de las Dominicanas. Yolanda echándose fresco con un abanico, mientras baila danzón con su hermano Robertico. Yolanda cayendo a toda velocidad por la montaña rusa del Coney Island, la playa de Marianao. Yolanda entregándole una donación de las Damas del Ingenio Irlanda al padre O'Bourke. Yolanda pasando por entre las piernas de su hermano Robertico, es probable que estén bailando alguna canción de Elvis Presley. Yolanda y él en el Salto del Hanabanilla. Yolanda y él firmando el acta matrimonial delante del padre O'Bourke. Yolanda y él de luna de miel en el hotel Nacional, en La Habana. Yolanda y él en la estrella del Coney Island, en la playa de Marianao. Yolanda y él en un juego de pelota entre Cienfuegos y el Almendares. Yolanda y él izando una bandera del Movimiento 26 de Julio en enero del 59. Yolanda embarazada de Yolandita. Yolanda llorando y él vestido de miliciano, la misma tarde en que llegó de Playa Girón. Yolanda con Yolandita en los brazos. Yolanda, Yolandita y él en el Castillo del Jagua. Yolanda y él vestido de miliciano, el mismo día en que bajó de la Limpia del Escambray. Yolanda embarazada de Alejandrito. Yolanda embarazada de Alejandrito mientras Yolandita le besa la barriga. Yolanda con Alejandrito en los brazos. Yolanda, Yolandita, Alejandrito y él en un estudio fotográfico de la calle San Carlos, en Cienfuegos. Yolandita y Alejandrito en un colegio de Miami, a la

foto le falta un pedazo a la izquierda. Yolandita y Alejandrino en el Central Park de Nueva York, a la foto le falta un pedazo a la derecha. Yolandita y Alejandrino en Cayo Hueso, en el punto donde están marcadas las 90 millas, la foto está completa.

Cerró la caja de bombones, le puso precinta y la guardó en la última gaveta de abajo. Tomó la escopeta de cazar con mucho cuidado y la puso en la misma posición que la encontró. Cerró el escaparate con llaves. Fue hasta la cocina y se sirvió un vaso de ron. Abrió la puerta de la calle y se sentó en la baranda del portal, con los pies colgando para el jardín.

—Bienvenido otra vez a Irlanda —dijo en voz alta y se tragó el ron de un golpe.

Alejandro

Caminó despacio y con los brazos abiertos para no perder el equilibrio. El mediodía se había trabado encima del pueblo y los rieles parecían hervir debajo de la hierba reseca. Alejandro no pasaba por aquí desde hacía más de veinte años. Cuando era niño, sus amigos y él jugaban por esta carrilera que en tiempo muerto servía para depósito de las jaulas de caña. Luego subían a bañarse al tanque de agua del ingenio. Jamás los sorprendieron. El inmenso depósito era su guarida, el secreto que mejor supieron guardar. Allí, en silencio, aprendieron a nadar por debajo del agua y se masturbaron por primera vez, mientras miraban por un hoyo a las mujeres que pasaban.

Caminó sobre los rieles, como si lo hiciera por una cuerda tensada. Unos pocos metros más adelante hay más de doscientas jaulas que la maleza se ha ido tragando. Muy pocas están intactas, algunas han perdido las ruedas y otras las paredes. Pero en todas queda alguna huella de las zafras que hicieron. Los pedazos de caña ya no huelen, el denso hedor de la miel fermentada ya no flota sobre el aire de Irlanda.

Alejandro lleva en una mano una bandera de papel que le dieron mientras veía el acto inaugural del Curso de Superación

para Trabajadores Azucareros y ni él mismo se explica por qué no se ha deshecho de ella. De lejos, cada vez que levanta el brazo de la bandera para hacer equilibrio, parece que hace una extraña señal, como las que utilizan los marineros para anunciar tempestades o pedir auxilio. Cuando llegó a la sombra del tanque de agua, miró hacia arriba y sin pensarlo dos veces decidió trepar la inmensa armazón de hierro.

La escalera originalmente tuvo cerca de cien peldaños, pero ahora faltan más de veinte y la mitad de esos justo en el medio, por lo que será muy peligroso pasar por ese tramo. Se escupió las manos, se las embarró de tierra, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo estaba mirando y comenzó el ascenso. En el trecho donde faltaban los escalones sintió mareos, pero empezó a silbar y logró recuperarse. Cada vez que estaba en una situación difícil solía silbar. Eso se lo enseñó su padre, Tomás Femenías, que fue masón y supersticioso.

Desde lo alto el mediodía no parece tan abrasador, una brisa muy ligera y la humedad que suda el inmenso tanque hacen que el sol sea más soportable. En Irlanda hay un silencio más grande que las extensiones que la vista de Alejandro alcanza. Nunca se imaginó que tantos lugares estuvieran tan cerca: la represa de Breñas, el centro de acopio, la vaquería, la estación de Cantabria y el punto donde hasta hace apenas unos días estuvo el puente sobre el río Arimao.

Entre los zines descubrió un nido con unos pequeños huevos. Debía suponer que las posturas eran de palomas o totíes, pero pensó en las cigüeñas y por su cabeza pasaron volando dos, en blanco y negro, como en las películas. A rastras, pero sin miedo, avanzó sobre el techo para llegar hasta la compuerta. Estuvo a punto de clavarse un pedazo del pararrayos en el estómago y un alacrán por poco le alcanza la mano derecha. El agua estaba más fría de lo que supuso. Primero se mojó la frente y la nuca, luego se hundió de cabeza, con los ojos cerrados. Se mantuvo sin respirar todo el tiempo que pudo, tocando el fondo, revolviendo el musgo acumulado por casi un siglo.

—¿Qué día es hoy? —Se preguntó a sí mismo, mientras flotaba

con los pulmones llenos de aire inservible. —21 de octubre de 2002 —dijo después de la exhalación.

En la pantalla todavía gris del Krim 218, durante el discurso de hoy, se dijo algo que aún le da vueltas en la cabeza: “Lo que debemos hacer es clarísimo”. “Lo que debemos hacer es clarísimo —repite Alejandro una y otra vez—. Lo que debemos hacer es clarísimo”. Vio la tribuna de Artemisa por el televisor que hay dentro de la caja de cemento, en el parquecito del central. Después del grito de “¡Viva el socialismo!”, hubo exclamaciones de “¡Viva!”. Luego del grito de “¡Patria o Muerte!”, todos levantaron la banderita de papel y gritaron “¡Venceremos!”. La ovación sonó al unísono, pero cada cual dio la espalda de inmediato para llegar a sus casas lo más rápido posible. Alejandro apagó el televisor, le puso el candado a la puerta de la caja y salió caminando rumbo al tanque de agua del ingenio.

—Lo que debemos hacer es clarísimo —repitió otra vez, antes de sacar la cabeza y respirar—. Vamos a empezar por el principio, para ganar tiempo.

Apoyándose en los codos, pudo levantarse por la compuerta y mirar los campos a la redonda. El silencio se había multiplicado, no se oía ni el canto de las aves. Empezando por el destruido basculador, podía seguir con la vista el antiguo recorrido de la línea hasta la estación de Cantabria. Debajo de un monte de ateje está el virador del gas car, que ahora es un círculo de agua verde. Puede contar cuatro chuchos de caña con sus cuatro casetas para las básculas.

En el año en que se publicó el Gilmore que él guarda, en el batey había más de cien casas, en la década del ochenta llegaron a ser cerca de trescientas, pero cuando cerraron el central la gente las fue arrancando y se las llevaron para Guaos o Cumanayagua. Ahora no quedan más de cincuenta y diez de ellas están prácticamente en ruinas. “Vamos a empezar por el principio”, repitió Alejandro y empezó a llorar. Se hundió de nuevo y esta vez parecía que no saldría a flote, abrió los brazos y se mantuvo encorvado, como un cuerpo que se ha empezado a pudrir. Abrió los ojos y volvió a ver a las cigüeñas en blanco y negro que volaban por el agua, levantando las paredes de musgo con sus alas enormes.

Tito el Bobo

Cuando la luz del día alcanzó el techo destruido del central, ya Alejandro tenía casi terminado su invento. Empatando mangueras logró conectar el compresor del taller de locomotoras con el silbato del ingenio. Para él no era difícil conseguirlo, lo que más tiempo le tomó fue poder moverse dentro de aquella mole de zinc y óxido. Le resultaba imposible dar un paso sin recordar algo. Cada pedazo de esa maquinaria ya inservible tuvo un sonido propio y estuvo ligado a la vida de alguien. Por eso hundió la cabeza en todos los agujeros que pudo, haciendo una detallada inspección de las ruinas.

Salvo el arrullo de algunas palomas que habían anidado en lo más alto, no oyó nada. Lo que antes era un zumbido infernal de vapores y hierros, se había convertido en un silencio ensordecedor. Subiendo escaleras, haciendo equilibrio por pasarelas a punto de derrumbarse y pasando las manos por aquellos demoledores engranajes que ya no representan ningún peligro, recordó nombres, voces y rostros que ya creía haber olvidado. Sin darse cuenta, empezó a decir palabras en voz alta: maza, guarapo, caldera, melaza, tachos, centrífuga, miel de purga, bagazo, molienda...

El largo pitazo se escuchó con la misma nitidez de siempre y fue promoviendo los mismos ecos de siempre. Sonó como lo había hecho por más de un siglo. Era el silbato que anunciaba las acciones más importantes del ingenio, desde los cambios de turno, hasta el comienzo y el fin de las zafras. Sonaba más que una locomotora y menos que un barco, lo suficiente para que llegara a los oídos de todo el que tenía que escucharlo. Tres horas después sólo había dos hombres en el parquecito: el viejo Pascal y Tito el Bobo.

—¡El lunes empieza la zafra! ¡El martes por la madrugada ya estaremos moliendo!

—¿Y dónde están los que faltan?

—Ya vendrán, Tito, ya vendrán. Me imagino que irán llegando poco a poco.

Larga distancia

—¿Oigo?

—Oye, oye...

—¿Oigo?

—Alejandro, soy yo.

—¿Oigo?

—Alejandro, soy yo, Layla.

—Ah, dime.

—Te llamo para despedirme.

—¿Y para dónde vas?

—Para Barcelona.

—¿Para dónde?

—Para Barcelona.

—¿Barcelona?

—Sí, con Eric.

—Ah, ya me imagino.

—¿Qué te imaginas?

—No, es un decir.

—Ah.

—Ah.

—Él me va a llevar al Círculo Polar, como en la película que te dije que vi.

—Ah, bueno.

—Sí.

—Bueno.

—Pero antes vamos a pasar por Irlanda.

—¿Van a venir por aquí?

—No, viejo, por Irlanda de verdad, por el país, por eso te estoy llamando.

—¿Y qué tengo que ver yo con Irlanda?

—Nada, pero sé que cuando llegue voy a pensar en ti.

—Ah, bueno.

—Lo difícil son los papeles.

—¿Qué papeles?

—Los míos. El pasaporte, el permiso de salida, la carta blanca, la visa y no sé cuántas cosas más.

—Ah.

—Eric puso tremenda cara cuando le dijeron todo lo que costaba.

—¿Sí?

—Sí.

—Un hombre que trabaja en Relaciones Exteriores le dijo que él le podía resolver todo por fuera, pero según Eric le pidió una fortuna.

—¿Y en qué paró todo?

—Nada, en eso estamos... ojalá que el trébol de cuatro hojas me siga dando buena suerte.

—Hasta luego.

—¡Oye! Se me olvidaba. Cochita te mandó a decir que hizo mermelada de guayaba, pero que el pomo de boca ancha subió a seis pesos, por lo del azúcar.

—¿Y dónde tú viste a Conchita?

—En Irlanda.

—¿Dónde?

—En Irlanda, bueno, en Irlanda de mentira.

—¡Ah! ¿Y cuándo?

—El día que discutimos.

—Bueno...

—Bueno...

—Adiós.

—Oye...

—Dime.

—Oye. ¿Oigo, oigo?

—Dime, dime.

—Alejandro

—Dime, dime. Te estoy oyendo.

—¿Por fin que caña se da mejor, la que se siembra en primavera o la que se siembra en época de frío?

Pascal

El golpe seco de la mocha se hundió en el plantón de caña. El viejo Pascal se mantuvo derecho como una vela y esperó paciente a que las cañas cayeran. Parecía respetar una especie de coreografía. Entonces levantó los dos brazos y luego bajó el derecho como si accionara un silbato.

—¡Fuuuuuuuuu! ¡Empezó la zafra, caballero, empezó la zafra! ¡Fuuuuuuuuu!

El campo de caña estaba perdido en hierbas y en él sólo había dos macheteros: el viejo Pascal y Tito el Bobo.

—Este trabajo es de animales —dijo el viejo Pascal antes de doblarse y dar el segundo mochazo—, por eso es el único que aprendí en mi vida.

—Viejo, ¿usted no cree que Alejandro se volvió loco?

—Mijo, ese hombre es la única persona de todas las que yo he conocido en este mundo que siempre sabe lo que está haciendo. Si él dice que habrá zafra, es que habrá zafra.

Los dos hombres siguieron cortando caña hasta que el sol se trabó encima del pueblo. A esa hora empezaron a llenar una carreta de bueyes. Camino del ingenio, mientras cantaba en una lengua que Tito el Bobo desconocía, el viejo Pascal dijo estar feliz y con eso solamente parecieron remediarse todos los dolores de su espalda.

—Al menos la caña está en el suelo, tumbamos a esa hija de puta.

—Sí, ¿pero qué haremos con ella?

—No te preocupes, Alejandro sabrá.

Un disparo de escopeta sonó seco y atravesó el cañaveral en todas direcciones. Su eco siguió resonando en la distancia. Pascal, Tito el Bobo y la yunta de bueyes se detuvieron. Permanecieron inmóviles hasta que una bandada de garzas voló sobre sus cabezas y empezó a dar vueltas en círculos, como si el cielo de Irlanda, al igual que su ferrocarril, ya no tuviera salida.

Pepe el Sordo

—¡Es aquí!

—¿Qué?

—¡Que es aquí! ¡Pare!

—¿Paro?

—¡Sí, pare!

El desecho Ford color naranja se detuvo en el medio de la nube de polvo que le perseguía. El chofer empujó la puerta con el hombro y con el impulso por poco se cae de costado. Con mucho trabajo logró enderezarse. Con una mano en la cintura y sin poder cambiar una rara expresión de dolor en el rostro, empezó a limpiar con un periódico los vidrios llenos de lodo.

—¡Caballero... quien vio al batey Irlanda y ve esto no cree que son el mismo lugar! —vociferó como si hablara con una multitud.

Layla no se atreve a bajarse. La casa de Alejandro tiene un candado en la puerta y ni siquiera los postigos de las ventanas están abiertos. En la radio del carro acaba de empezar el Noticiero Nacional y un reportero anuncia desde el basculador del central Ciudad Caracas que "...los complejos agroindustriales de la provincia de Cienfuegos que harán zafra en el 2003 ya están moliendo. Aunque la lluvias que afectan a la región han dificultado las operaciones de corte y tiro...".

—Bueno, mijita, ¿es aquí o no es aquí?

—¡Sí, sí, es aquí mismo!

Layla trató de abrir la puerta pero no lo logró.

—Oiga, ayúdeme, ¿no?

—¿Qué?

—¡Que me abra la puerta!

—¡Ah!

Tratando de vencer los límites de la artrosis, el viejo trotó alrededor de su vehículo. Con las dos manos se aferró a la manija de la puerta, luego apoyó el pie derecho en el guardafangos y tiró duro. Estuvo a punto de quedar aplastado entre la pesada puerta y el vehículo.

—Mire, aquí tiene.

El chofer contó el dinero y lo guardó en el bolsillo de la camisa. Luego hundió la mano de nuevo, sacó el dinero y el aparato del que sale un cable hasta uno de sus oídos. Guardó el dinero primero y el aparato después, para asegurarse de que los billetes no se le salieran.

—Oiga, jovencita, ¿su familia sabe que usted venía?

—No, pero no se preocupe.

—¿Qué?

—¡Que no se preocupe!

—¡Espérate un momento!

El viejo volvió a hurgar en el bolsillo de la camisa, sacó el aparato y movió un botón semejante al control del volumen de un radio.

—¡Dígame ahora!

—¡Qué sí, que claro que él me espera!

—¡Ah, bueno, entonces no hay problema!

Una nube negra salió por la parte trasera del carro. Con una habilidad desconcertante, el viejo dio un giro en “u” en el estrecho callejón y se alejó rápido, llevándose consigo la nube de polvo en la que había llegado.

Layla tiene puesta la misma ropa con la que se fue. El silencio del pueblo es el mismo de siempre. Miró a todas partes y no encontró a nadie. Puso el maletín en la puerta de la casa. Hizo el ademán de tocar pero se contuvo. Levantó los brazos y se dobló hacía atrás en medio de un largo bostezó. Luego se subió en la baranda del portal con los pies colgando hacia fuera.

—Bienvenida otra vez a Irlanda —dijo en voz baja y tragó en seco.





SUGAR CANE FIELDS FOREVER

Sin azúcar no hay país...
Un coro del **DÚO LOS COMPADRES**

No sé escribir sin cuatro paredes de música a mí alrededor. No es que tenga que estar oyendo algo, es que tiene que haber una correspondencia entre las palabras que pongo y los acordes de alguien en alguna parte. Empecé a escribir estos cuentos durante un viaje por el Este de República Dominicana, después que un largo tren de caña me pasara por delante.

El azar quiso que Lorenzo Hierrezuelo y Francisco Repilado estuvieran cantando en ese instante “Caña quemá”. En algún momento del son, Hierrezuelo imita las voces de los haitianos que hacían zafra en Cuba antes de 1959. Muchos de aquellos hombres eran, muy probablemente, parientes lejanos de los que veía cortando caña delante de mí, en los interminables campos de San Pedro de Macorís y La Romana.

Pero una vez que se acabó la recopilación de Los Compadres, nunca más volví a oír música cubana alrededor de estas historias. Las voces y las guitarras del blues, sobre todo, fueron más que suficientes. A través de ellos, seguí escuchando los sonidos de la zafra.

Sus melodías sustituyeron a las maquinarias de los ingenios, los silbatos de vapor, la lentísima velocidad de los trenes y el viento, el constante viento de las llanuras sobre las pajas secas y las cañas que siempre quedan en pie.

Creo que debo hacer aquí una precisión. Generalicé demasiado cuando me referí a la música cubana y hubo dos excepciones: el saxofón de Paquito D’Rivera y el piano de Gonzalo Rubalcaba. Uno de esos dos instrumentos casi siempre está delante de mí, sonando sin parar. Si he podido estar diez años sin pisar Cuba, se lo debo en gran medida a lo que ese saxofón y ese piano han podido tender bajo mis pies.

No sé escribir sin cuatro paredes de música a mí alrededor. Aquí, desde la primera palabra hasta la última, todo suena. Eso lo entendí cuando cayó en mis manos un concierto donde Caetano Veloso se para delante de no sé cuántos tambores y canta. Es algo muy breve, una letanía, un ruido que se asemeja demasiado a lo que han sido siglos de zafra para mi país. “Sugar Cane Fields Forever”, dice Caetano aún después de hacer silencio.





CUANDO PASAN LOS TRENES

—¿Por qué decimos adiós cuando pasan los trenes?

—Para advertirles a los que se alejan que nos estamos quedando solos.



LA PALABRA FIN SE ESCRIBE CON TIZA

El tiempo, hasta entonces tan sereno,
se echó a perder de pronto.

JULIO VERNE

Tengo en mis manos el *Atlas de Cuba*. Es la edición más reciente que conozco. Un pesado libro en forma de rectángulo del que no me separo desde 1978. Tiene mapas geológicos, tectónicos, físicos y políticos. Cuba está desglosada en él con bastante exactitud, pero ninguna de las cifras que constan en él son reales.

Sólo el trayecto de los huracanes que atravesaron la isla, entre 1800 y 1975, no ha tenido variación. El resto del *Atlas*, como yo, habla de un lugar que ya no existe. Han desaparecido ferrocarriles, carreteras, bateyes y el curso de buena parte de los ríos. Ni un solo buque ha vuelto a navegar por las rutas que hay trazadas entre La Habana y Odesa, Leningrado o Gdynia.

Muchos caseríos y hasta una isla entera han perdido su verdadero nombre. Extensos caminos de piedra ya no permiten los flujos y reflujos que hay marcados entre algunos cayos de la costa norte. Miro el punto donde coinciden el ramal Cumanayagua y la línea de Cienfuegos a Santa Clara. Es ahí donde está el Paradero

de Camarones. Lo pongo con tinta negra, imitando la tipografía que se usó para denominar a los lugares. Algo semejante hago con los antiguos nombres de los centrales azucareros.

Escribo Andreíta donde dice Mal Tiempo, Portugaleta por Elpidio Gómez, Hormiguero por Espartaco, San Agustín por Ramón Balboa, San Francisco por Martha Abreu, Santa María por Ifraín Alfonso, Santa Catalina por Carlos Caraballo, Santa Rosa por Diez de Octubre, Pastora por Osvaldo Herrera... Corrijo bateyes y distancias a lo largo de toda la isla, pongo el pasado sobre el presente, sobre eso que hace ya un buen tiempo ha empezado a ser también parte de lo remoto, de lo improbable.

He revisado con regularidad los partes meteorológicos y hace meses que no llueve. El curso de la cañada debe haberse borrado con la hierba y algunos pozos ya no deben dar agua ni siquiera con ceba. Algunos campesinos, los que siempre se adelantaban, estarán a punto de perder todo el arroz que sembraron.

Cualquier brisa que llegue de pronto se convertirá en un remolino y, si no se corta a tiempo, acabará convirtiéndose en una manga de viento. Aurelio, Atlántida, Roberto, Helemania, Chena, Felo López, Haydée, Efraín, Quico, Aleida Píz, Benigno, Anebe, Bolito, Lalo, Santico, Luzbel, La Negra, El Cura, Gabi, Leopoldo, Bombón y Bella están muertos. Ya no me imagino aquellos 0,80 kilómetros cuadrados sin esa gente.

La certeza de que el regreso no sería factible, llegó con la noticia de la muerte de mi tío Rao. Durante diez años, todas las mañanas, Rao Yero atravesó la calle 11, en El Vedado, desde su casa hasta la mía. Día tras día me contó muchas de las cosas que ahora yo he recordado aquí. Rao repetía cada una de las palabras que decía antes de pronunciar otra.

Así mismo, con esa extraña letanía, lo sigo escuchando. Por eso no puedo olvidar cómo la tropa de Antonio Maceo y Máximo Gómez atravesó la colonia de mi bisabuelo después de degollar a decenas de españoles en la batalla de Mal Tiempo. Rao describía aquel aguacero de invierno con una precisión incontable. Luego, sin que viniera al caso, decía una misma frase: “Ya en Cuba no hay

caña, cará, ya en Cuba no hay caña”.

Vuelvo al Atlas. Pongo la palma de la mano sobre la página que tiene a mi provincia. Es sólo un mapa, pero si entrecierro los ojos puedo ver las claras sombras de Aurelio y Atlántida diciéndome adiós desde la punta del andén. Ninguno de los dos deja de agitar un pañuelo en el aire mientras yo me alejo.

Voy montado en un viejo vagón hecho con los restos de un autobús Camberra. Estoy vestido de pionero. Colgando del estribo, ebrio y sin camisa, Luis Gómez recita. Lo hace de cara al viento, como si en él estuvieran las guitarras que siempre lo acompañaban en la radio:

*Ya le arrancaron la vía
a nuestro pueblo adorado,
que era el transporte atrasado
que en otro tiempo tenía.
Sufre la melancolía
que muchos ojos no ven.
Y mi pueblo en su vaivén,
que tanto quiero y admiro,
en el puente del Guajiro
está esperando el tren.*

Acabo de perder mi lugar en el mundo. Apenas puedo verlo a través de un mapa que tiene más de treinta años de omisiones y olvido. Todas las cosas que recuerdo pertenecen al siglo pasado. Escribo por última vez la palabra fin, lo hago con tiza, procurando que se borre lo antes posible. Busco en The Weather Channel el parte meteorológico de hoy. Sigue sin llover.

Piantini, 27 de abril de 2008



Un viejo tren avanza, tal vez por última vez, hacia el que por décadas fue su destino. El viaje físico de la vetusta máquina, testigo de tiempos mejores, es también un recorrido hacia el pasado, hacia un doblez perdido de la historia donde todavía palpita la Cuba profunda de la caña, el ron y el azúcar.

Camilo Venegas, que alguna vez hizo este trayecto hacia la nada o hacia el todo, nos lleva con él y nos hace testigos de una agonía. A diferencia de la mayoría de los autores de su generación, él no busca las frustraciones y negaciones de una sociedad en los universos exultantes de la prostitución, los balseros o los jóvenes rockeros: va hacia las esencias de una nación construida en ese doloroso y refulgente contrapunteo del tabaco y el azúcar.

Buscando el mundo perdido de los viejos ingenios y de la humanidad que vivía en ellos y por ellos, encuentra esa Nada, agreste y elemental, donde todavía palpitan unas vidas extraviadas, también condenadas a desaparecer, como tantos de esos sitios emblemáticos de una nación.

¿Por qué decimos adiós cuando pasan los trenes? es la necrológica de una realidad cubana y, a la vez, un canto de amor a la historia de lo que fuimos.

LEONARDO PADURA

ISBN: 978-9945-471-27-4

